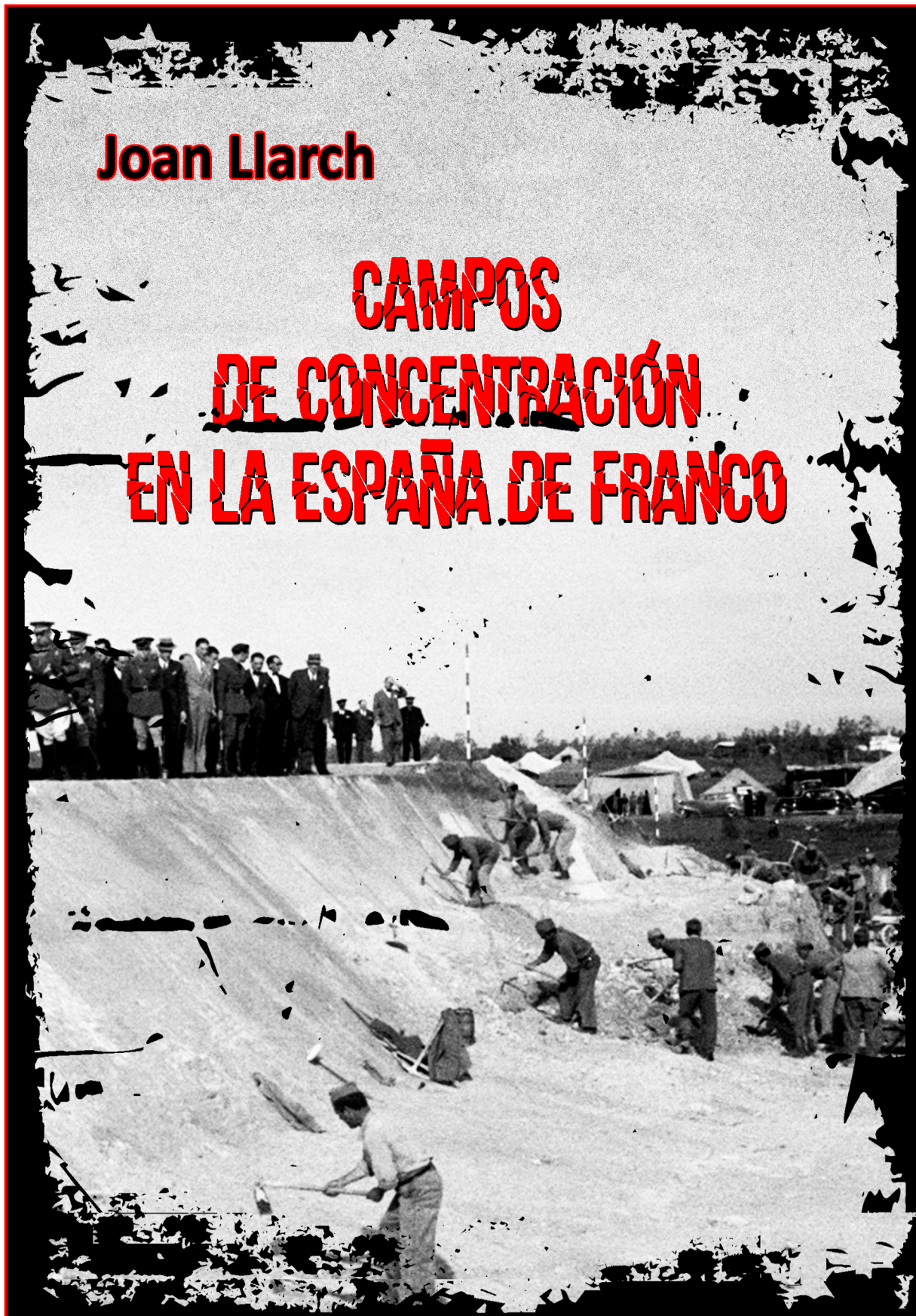


Joan Llarch

**CAMPOS
DE CONCENTRACIÓN
EN LA ESPAÑA DE FRANCO**



Con objetividad y precisión, características en las obras de Joan Llach, desfilan por las siguientes páginas, los tristemente famosos campos de concentración creados por el franquismo durante la contienda y existentes todavía en la inmediata postguerra, así como los numerosos Batallones de Trabajadores que se crearon, expresión de las nuevas formas de esclavitud moderna.

**CAMPOS DE
CONCENTRACIÓN EN LA
ESPAÑA DE FRANCO**



**JOAN
LLARCH**

DIBUJO ORIGINAL DE PICASSO



Joan Llarch

Campos de concentración en la España de Franco

ePub r1.0
Titivillus 07.06.2020

Título original: *Campos de concentración en la España de Franco*
Joan Llach, 1978

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



A mis hijos:

Cada vez que escribo un libro planto un árbol. Entre todos cubriremos la Tierra de árboles-libros, para que los hombres lean en sus hojas la verde esperanza de un mundo mejor.

JUAN LLARCH

PRÓLOGO

En el año 1938 fui uno de los 19 000 combatientes del ejército republicano hechos prisioneros en la Batalla del Ebro. Desde aquella jornada del mes de agosto, hasta que me devolvieron la libertad, permanecí dos años cautivo en un Batallón de Trabajadores. Cuando salí libre, la Guerra Española llevaba más de un año terminada.

Al caer prisionero, unos soldados nacionales me dijeron, para confortarme: «Para ti la guerra ha terminado». Pero no era cierto, pues recuerdo que, cuando desarmado, con el uniforme y el calzado rotos por las duras jornadas de los combates que precedieron a mi captura, mientras descendía en fila de a uno con otros prisioneros, vi por la vaguada que conducía a Villalba de los Arcos a unos soldados caídos en combate. Piadosamente se les había reunido a la sombra de un árbol, para librar sus mortales despojos del calor de aquellos días de agosto. Los cuatro soldados muertos yacían en tierra con la quieta palidez de la muerte. Los ojos abiertos sin odio ni rencor, como con las pupilas encantadas, vestidos con las ropas caquis, sin los correaes ni las armas con las que matar.

Entonces pensé que la guerra sólo había terminado para los que habían perdido la vida, pero sin embargo continuaba para los de un lado y otro de la España dividida. También proseguía para nosotros, los prisioneros del Ebro y de todos los frentes, así como para las familias de cuantos combatían, o de aquellos otros que estaban desarmados y cautivos y de los cuales, en la parte de la España de donde procedíamos, nada se volvería a saber mientras durase la guerra.

Para aquellos que en la retaguardia esperaban sin noticias la esperanza del retorno de los que amaban, no bastaría la escueta referencia con la que les respondería el Mando del batallón de la unidad respectiva, con la nota «desaparecido el día..., durante el combate».

La lucha, la pasión, el entusiasmo, el valor y el miedo habían desaparecido para aquellos que habían muerto, como los muchachos que yacían a la sombra del árbol, igual que si estuvieran sumidos en un sueño tranquilo, ajenos a todo, acariciados por la luz eterna de su quebrada juventud. Lo mismo que si soñaran sin asombros, con los ojos abiertos e inmóviles, y a los que la muerte había sorprendido en su vida en flor.

Para aquéllos, y aquellos otros que posiblemente habían, quedado olvidados entre unos arbustos o en las márgenes del río, durante el avance o en la retirada, deteniéndose para siempre, parecía como si hubiesen exclamado con horror un adiós a las armas.

La guerra había terminado para los que morían, mas para los demás, hombres, mujeres, niños y ancianos, para todo cuanto en España tenía vida, para los campos roturados con las explosiones de las bombas, los bosques quemados, los campos sin cosechas, las ciudades bombardeadas, las noches acuchilladas por los focos de los reflectores persiguiendo bombarderos extranjeros fabricados en países que no sufrían el horror bélico y cainítico como nuestra patria, la guerra proseguía con todas sus tragedias.

En aquella época lejana, contaba yo, como otros tantos muchachos, 18 años. Lo mismo que tantos jóvenes convertidos en soldados, unos habían abandonado el colegio, y otros, las naves de las fábricas, los talleres o los despachos, para transformarse en combatientes. Yo no dejaba a nadie a mis espaldas que sufriera por cuál fuese mi destino, mi ausencia, mi desaparición o muerte. Ya era huérfano cuando apenas la guerra había comenzado. Y sin embargo, jamás la soledad me había abrumado tanto. Todo me entraba por los ojos, que parecían alimentarse de la visión de los colores de la tierra madre, de los pueblos los hombres, que la guerra me había dado a conocer.

Al encontrarme solo a tan jóvenes años, cuando en las largas marchas nocturnas caminaba junto al capitán de la Compañía, en el doble cordón de soldados, siempre me acompañaba la presencia invisible del que fue mi padre. Él marchaba a mi lado, grave y mesurado el paso. Silencioso, en la noche de las veredas y los caminos desconocidos del frente. Sereno y pausado, como yo siempre le había conocido; alto, erguido por su natural hombría, pero sin jactancias. Y cuando en la fatiga de la larga marcha las tinieblas de la noche me envolvían, en el cordón de soldados que avanzaba por cada orilla de la carretera, entonces la presencia inmaterial de mi padre, caminando junto a mí, me daba ánimo, con su compañía sosegada, sin despegar los labios ni reflejar pena ni contento pero irradiándome el afecto que su muerte me había quitado. Entonces, su cercanía me infundía un renovado vigor y yo proseguía caminando junto al capitán, sin desfallecer en el cumplimiento del deber, mientras mi padre, a mi lado, andaba con el paso seguro y sin flaquezas, compartiendo mi esfuerzo como un sufrido e incansable camarada de toda la vida.

Cuando desde Villalba de los Arcos nos trasladaron a Batea, se reunió en un encierro provisional a gran número de prisioneros hechos en aquellos últimos días. Después se nos trasladó a Caspe. Estuvimos encerrados en lo que había sido una almazara y almacén, en una de cuyas amplias y destartaladas naves se hallaban grandes toneles llenos de aceitunas negras. Los prisioneros ofrecíamos una lamentable estampa. Llevábamos la cara sucia y sin afeitado, las ropas desgarradas, y la suciedad propia de la vida en las trincheras. Para calmar el hambre cogíamos algunas

aceitunas de los grandes barriles. El suelo del recinto se fue cubriendo de huesos. Desde Caspe se nos condujo a San Gregorio, en Zaragoza, y desde la capital aragonesa a Bilbao pasando por Miranda de Ebro.

Cuando el tren de prisioneros llegó a la estación de Bilbao, desde las galerías abiertas de las casas que daban a la vía del ferrocarril, muchas mujeres nos dieron la bienvenida agitando silenciosamente los brazos en el aire. Jamás he olvidado a aquellas mujeres anónimas que, en nuestro infortunio de soldados vencidos, nos recibían con sus gestos silenciosos, pero altamente expresivos por su elocuente humanidad. Ni tampoco a aquella otra mujer de Bilbao que, apiadada sin duda por el triste aspecto que ofrecíamos desembarcados del tren de prisioneros y conducidos por las calles, camino del Campo de Concentración de Deusto, surgió de pronto entre nosotros y, de repente, entregó al prisionero que caminaba delante de mí, un pan que indudablemente hacía poco lo había comprado en la tahona para su familia. Ni siquiera ahora me sería posible explicar cómo era la cara de aquella buena mujer. Sólo recuerdo su gesto generoso, el pan entre sus manos adelantadas, como si en el pan y en la ofrenda estuviera estuchado su corazón. Poco importa que no me sea posible recordar sus facciones, porque no hay duda de que su cara como su alma eran las de una madre española y también español el prisionero que recibía de sus manos la humanitaria ofrenda.

Como aquélla eran otras mujeres de Quinto, La Azada, Alagón, Casetas, Alcañiz, Valdetornos, Salinas de Medinaceli. También las había en la castellana Soria o en Jubera y en todos los puntos de esa España trágicamente enfrentada en aquellos dolorosos años. Con gesto silencioso y mirada que reflejaba elevadamente su callado afecto, socorrieron a los prisioneros de guerra con una hogaza de pan, un racimo de uvas o unas manzanas, comportándose, por encima de los odios y las pasiones propias de todas las guerras, como mujeres sabedoras de que eran mujeres del pueblo, propagadoras de simiente de vida y no de muerte, y viendo siempre en cada soldado, prisionero o no, independientemente del uniforme que vistiera, a un hijo de nuestro pueblo, al hijo de otra mujer, de otra madre que lo mismo que cada una de ellas, sufría por el suyo, ausente y en peligro.

Este libro, pues, está dedicado a aquella mujer bilbaína, desconocida, y ya seguramente inexistente en la vida, que dio un pan a un prisionero de guerra, así como a aquellas otras, también ignoradas y anónimas, que mostraron en toda ocasión su sentido de humanidad cuando desde las galerías de sus casas humildes de Bilbao agitaban sus manos con afecto, saludando a los prisioneros que llegaban vencidos. Desde el frente de Cataluña, casi el otro confín de España, desarmados y cautivos, extraños pero nacidos en la misma patria común, recibían, a su llegada, por encima de las arrebatadas pasiones, el saludo de afectuosa acogida de aquellas mujeres anónimas que fueron, en su sacrificio cotidiano, mujeres de la guerra de España.

1

Batallón de trabajadores n.º 69

Cuando me dicen de un hombre que habla como un libro, contesto siempre que prefiero los libros que hablan como los hombres.

MIGUEL DE UNAMUNO
(Contra eso y aquello)

LA AZAÏLA, 1938

La máquina, después de maniobrar, acabó dejando los vagones de transporte en la vía muerta.

En pocos minutos los vagones fueron desenganchados de la locomotora y ésta otra vez se puso en movimiento deslizándose en dirección opuesta al desvío. Después, echando sincopadas bocanadas de vapor, pitó dos veces, y aceleró la marcha alejándose definitivamente. Los vagones quedaron enganchados, uno a otro, en el ramal de vía, al otro lado de la pequeña estación, en las afueras del pueblo. Las puertas correderas de los vagones de transporte se abrieron en dirección hacia las casas del pueblo.

Los prisioneros asomaron sus cabezas por encima de cada uno de los soldados que los escoltaban. Estos estaban de pie, a un lado de la puerta abierta de cada vagón. Los escoltas saltaron a tierra y empezaron a flexionar piernas y brazos sin soltar el fusil.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó desde abajo uno de ellos, a los pordioseros que se apiñaban con curiosidad silenciosa a la puerta del transporte.

No era necesario el mandato del soldado. Los prisioneros miraban con las cejas levantadas hacia el pueblo y las tierras que lo rodeaban. Uno, desde arriba, le preguntó al soldado:

—¿Qué pueblo es éste?

—¡La Azaila! —contestó el escolta. Se arreglaba el correa que, por el peso de la munición en las cartucheras que no se había quitado en todo el viaje desde Miranda de Ebro, le pesaban, doliéndole las clavículas.

El cabo de la escuadra de vigilancia, que había saltado el primero al suelo desde uno de los cuatro vagones, se recompuso rápidamente el atuendo, y se dirigió al encuentro de un sargento que, desde el pueblo, acudía cruzando las vías del ferrocarril.

Desde los vagones, los prisioneros clavaron inmediatamente los ojos en el galón plateado que el sargento llevaba en el pecho, a la altura del corazón. Así como también en el gorro, de dos puntas, color azul oscuro, y con borla y ribetes plateados.

El militar que se aproximaba era de mediana estatura, de figura maciza y recia, ancho de hombros y andares medidos. Era un hombre cuarentón de faz colorada, casi encendida de sangre. Su uniforme consistía en un mono azul claro, muy limpio y de tela fuerte. Encima, llevaba el correa con la pistola enfundada a un lado. Era un obrero. Se le advertía el origen a pesar de su atuendo militar. Se trataba de un obrero de la Compañía del Ferrocarril, que había sido militarizado. En la mano derecha empuñaba un bastón con el que se acompañaba mientras andaba.

El cabo, saliendo a su encuentro, se detuvo, y le saludó con espíritu y encaro. El sargento de Ferrocarriles le correspondió con sencilla gravedad.

A su indicación, el cabo dejó su posición de firmes y durante unos minutos hablaron los dos sin apenas mover las manos y mirándose cara a cara. Después se acercaron a los vagones.

El cabo se le adelantó ordenando a los prisioneros de los vagones que se apearan y formasen en seguida de tres en fondo.

Inmediatamente formaron la compañía a lo largo de los vagones de carga, dando la espalda a éstos. Los escoltas, con las culatas de los fusiles apoyadas en tierra, estaban atentos al cumplimiento de la orden y, con voces broncas, al estilo castrense, apremiaban a los rezagados o más remolones.

El sargento, mientras tanto, se había plantado con las piernas abiertas y el bastón a un lado, a la vez que apoyaba el pulgar en el cinto, a la altura de la pistolera.

Miraba pensativo el conjunto que formaba la Compañía de Trabajadores de que iba a hacerse cargo, según las órdenes que había recibido de la superioridad del Batallón.

Avanzó unos pasos, y de nuevo se detuvo. En aquel instante el cabo ordenó enérgicamente a los trabajadores:

—¡Fir... mes!

Los prisioneros, que antes habían sido soldados, unieron con firmeza los pies calzados con botas destrozadas, de cordones rotos y sueltos. Se irguieron, engallando sus cabezas rapadas cubiertas con el gorro circular de tela caqui, que llevaba estampada en negro, en la parte frontal, la mayúscula «T» de los prisioneros de guerra convertidos en trabajadores. Al fin y al cabo, lo que muchos habían sido siempre desde que abandonaron la escuela. Aquélla era la letra inicial de la grandeza de su destino en la vida: «Trabajadores».

Allí estaban, con las caras sucias, sin afeitar durante muchos días, los ojos clavados en la figura azul del sargento, cuyo carácter todavía desconocían lo mismo que su criterio personal respecto a los prisioneros de guerra, y el trato que en su opinión merecían, ya que desde aquel momento quedaban bajo su responsabilidad y mando.

El cabo, una vez que hubo contado a todos los prisioneros formados, se cuadró de nuevo ante el sargento, pegando el «Máuser» a un costado con el cuerpo tenso y erguido, y saludó a su inmediato superior. Este correspondió al saludo, y esbozó un ademán indicando al cabo que abandonara la posición de firmes.

El sargento avanzó unos pasos hacia los prisioneros, examinándolos en una larga y pensativa mirada, sin despegar los labios. Se detuvo guardando silencio, observando sus uniformes convertidos en ropas haraposas. Los miraba, y ellos a él. Fue entonces cuando en el corazón de cada uno de los trabajadores nació una callada alegría de segura esperanza, porque en los ojos del sargento de Ferrocarriles, en su rostro de rastros vulgares pero de nobleza sencilla, asomaban los sentimientos del hijo del pueblo, del obrero del tren que conocía el dolor de la existencia humana, y del cruel y al mismo tiempo grandioso destino reservado a todos los pobres de la

Tierra. El sargento, al ver a los soldados vencidos, de aspecto miserable, profundizó su mirada más adentro de las ropas desgarradas, llegando hasta el corazón de esos hombres infortunados que se habían visto obligados a dejar la herramienta del trabajo para empuñar la herramienta de la destrucción, el odio y la muerte.

En aquel breve intervalo de silencio, alineados al pie de los vagones de transporte de ganado, los prisioneros se dieron cuenta de que el sargento era un hombre bueno y, éste, a su vez, de que aquellos soldados vencidos en la guerra y cautivos, no eran enemigos sino seres humanos, lo mismo que él. Hijos de la misma patria, españoles siempre, por encima y a despecho de todo. Hijos de un mismo pueblo.

Los escoltas esperaban órdenes. El cabo también aguardaba a que el sargento terminara de examinar a los prisioneros que componían la Compañía de Trabajadores. En los ojos del sargento se detuvo un fugaz destello de compasión y humanidad. Despegó la boca, se humedeció los labios con la lengua, como si pensara lo que iba a decirles, movió el bastón, y metió el pulgar de la otra mano en el borde del cinto, junto a la gruesa hebilla de metal dorado, y dijo, con voz pausada y carácter entero:

—Voy a hacerme cargo de vosotros. Quiero trataros bien; como se debe. No me defraudéis.

En cada frase se abría el intermedio de una pausa, cuyo silencio era el margen ofrecido a una respuesta sin palabras por parte de los prisioneros. Una contestación inaudible, pero correspondida mentalmente a lo dicho por el sargento, y el vacío de palabras quedaba lleno por las miradas de amistad, asentimiento y deseos de buenos tratos por parte de los prisioneros.

Las palabras, pronunciadas con rotunda sencillez por el sargento, eran como un cordial apretón dado por una mano luda, ancha, fuerte, pero de una cálida carnosidad humana. Eran palabras de carne sin hueso. No como otras, muchas, veces oídas en ocasiones anteriores, pronunciadas por Pedros Ermitaños de lustrosas carnes. Palabras injuriosas, humillantes y despreciativas, nacidas de la torpeza y la ciega pasión, el odio o el ensañamiento, de algunos otros que, salvaguardados en la seguridad muelle de las retaguardias, jamás habían combatido en los frentes sintiendo en sus carnes el dolor y viendo cercana la muerte, siendo su única demostración de valor personal y firmeza de carácter el ensañamiento con el débil, con el vencido. El sargento concluyó:

—Hoy descansaréis del largo viaje. Mañana por la mañana dará comienzo vuestro trabajo en la vía del tren.

Se volvió hacia el cabo y le hizo una indicación. El cabo se cuadró rápido, saludando. El sargento volvió la espalda y empezó a andar con el bastón en la mano. Luego se detuvo a cierta distancia, esperando.

El cabo, a voces, ordenó a la compañía:

—¡Firmes! ¡Derecha...! ¡En marcha...! ¡Paso de maniobras!

Los prisioneros comenzaron a marchar detrás del cabo que iba en cabeza, a un lado de la formación, los escoltas, con el fusil colgado al hombro, marchaban dos a

cada lado de la compañía y otro, a unos pasos de la cola, cerrándola.

Cuando llegó la compañía adonde el sargento estaba esperando, éste se puso en cabeza y moviendo el bastón al compás de su mismo paso entraron por la primera calle del pueblo, como si él fuera el pastor de aquel rebaño de ovejas sucias a las que debía cuidar y tratar según consideraba que merecían: humanamente.

Los vecinos del pueblo se asomaron tímidamente a las puertas de sus casas, mirando, con curiosidad, el paso del andrajoso cortejo.

Los trabajadores fueron conducidos a un gran caserón vacío y abandonado, donde cada uno escogió su parte de pavimento donde dormir o tomar asiento. Se improvisó la cocina en el patio central del caserón, y se dispusieron los utensilios para preparar el rancho diario. La cazuela, el cazo y la espumadera, eran nuevos.

Al día siguiente se les entregaron las herramientas y se les condujo a la vía del tren, colocándolos por parejas de pico y pala, respectivamente, en el tajo que les correspondía. Debían ampliar la anchura del paso, disponiéndolo para el futuro tendido de una doble vía. Desde aquella mañana aquél fue, en lo sucesivo, su cometido.

Al mediodía, de regreso para el rancho, formaron en el patio del caserón y se les sirvió, en abundancia, garbanzos con rodajas de chorizo riojano.

A un lado de la perola, el sargento estaba atento a la distribución y observaba a los prisioneros cómo comían con avidez el plato caliente. De pronto, levantó el bastón, pidiendo con su gesto la atención de los prisioneros que estaban de pie, por todas partes del patio. A su indicación, todos inmovilizaron el movimiento de la cuchara, mientras en la otra retenían el plato de aluminio. El sargento dijo:

—Si os parece que la comida no ha sido bastante, decidlo sin reparos. No quiero que sufráis hambre.

Los prisioneros se miraban entre sí, alegres de verse bien tratados. Miraban al sargento y sonreían con el plato de garbanzos rubios y dorados asomando en la salsa roja de pimentón y de las rodajas de chorizo.

La cara rojiza del sargento de Ferrocarriles irradió satisfacción y legítimo orgullo.

—¡Buen provecho! —deseó. Con el bastón en la mano, el gorro azul de dos puntas ribeteado de cordoncillo plateado ladeado sobre el mono azul claro, salió del patio con paso vivo y firme, considerando en su fuero interno que había cumplido a la perfección una de las partes más importantes en el cumplimiento de su deber.

Cuando los prisioneros se hallaban trabajando en la vía del tren, de cuando en cuando interrumpían su labor en la trinchera lateral al oír en el aire el trepidante ruido de los trenes de paso.

El tren se aproximaba repitiendo sus impulsos jadeantes en la infatigable carrera sobre los raíles. Parecía echarse sobre ellos y de repente pasaba ensordecedor con su desfile de vagones.

Por las ventanillas abiertas asomaban los soldados que regresaban de los frentes, con permiso. Veían la fila de prisioneros, con sus herramientas formando cordón, a un lado de la vía, y echada unos pasos atrás. Muchos de los soldados saludaban con voces cordiales, otros les arrojaban cigarrillos, alguno, excepcionalmente, tiraba algún casco de botella. Era un instante, como una ráfaga de vigor y libertad. El convoy se alejaba raudamente, hasta desaparecer y perderse en la lejanía, prosiguiendo su ininterrumpido viaje. Los prisioneros miraban los cigarrillos que habían podido recoger. Les prendían fuego y los fumaban, con un gesto que era de muda reconciliación con los soldados vencedores, combatientes bajo distinta bandera pero, también, hijos del pueblo como eran todos ellos.

En el pueblo nadie les dirigía la palabra, unos por desafecto, y los otros por temor de que su simpatía les comprometiera. Algunas mujeres deambulaban por la noche ensimismadas y extrañadas, entre sus convecinos, con la cabeza cubierta con el pañolón, disimulando la vejación del pelo cortado al rape. La gente se limitaba a mirar a los prisioneros, unos compasivamente, otros como a seres malditos, ahijados del diablo, por proceder de una parte de España que les era hostil.

Alguna que otra vez, cuando alguno de los prisioneros iba con el botijo de madera a por agua para sus compañeros que estaban trabajando en el tajo, y se cruzaba en el camino de la fuente con algún campesino, entonces, en la discreta soledad del campo, huérfana de malévolas miradas y erróneas interpretaciones, el labriego, con rápido gesto sacaba de la cesta, el capazo de esparto, o de la albarda del rocín, unas manzanas, un melón, o cualquier otro fruto, y con ademán abierto y generoso se lo entregaba al prisionero como muestra de su estima y humana solidaridad.

—Toma, muchacho.

—Gracias.

Eran las únicas palabras cruzadas apenas, sin detenerse ni el uno ni el otro. Cada cual seguía su camino, pero cada uno se sentía en las siguientes horas del día menos en soledad, y más en comunión con el orden universal que rige lo mismo el movimiento de los astros que la oscura existencia de la diminuta hormiga. Cada uno se sentía con distinta alegría: la de la ayuda dada, y la de la solicitud recibida.

A veces, por las polvorientas callejas del pueblo pasaban algunas mujeres enlutadas de pies a cabeza. Andaban con el paso recogido y el gesto entristecido. Las largas faldas, la toquilla negra, y el pañuelo en la cabeza enmarcando la palidez del rostro, en el que una profunda e inconsolable tristeza se habían esculpado con el implacable cincel del sufrimiento. Eran negras figuras de mujeres españolas que llevaban por la calle el luto profundo de sus corazones, lacerados por la muerte de algún ser amado. Eran manchas enlutadas de las páginas escritas a puntadas de bayoneta y de balazos. Un trágico capítulo de la historia patria. Figuras enlutadas en las que sólo destacaban la palidez de sus caras y de las manos, y el fulgor de los ojos llameantes como lamparillas de aceite consumiendo la cera de los rostros.

Los domingos por la mañana, los trabajadores eran conducidos a la iglesia. No se les dejaba entrar en el pequeño templo del pueblo. Formaban en el exterior, ante la puerta abierta, mientras se celebraba la misa. Desde la calle se oían las voces del sacerdote que hablaba a los fieles, haciendo hincapié en que los del exterior, según sus expresiones, representaban a la barbarie, al ejército del crimen y de la negación de Dios. Pero eran las palabras de la Iglesia, en una época en que muchos de sus miembros sentían revivir el ánimo luchador de las antiguas Cruzadas contra la Media Luna, y hostigaban a los sencillos contra sus propios compatriotas. Eran, hasta cierto punto, como el «Comisariado» de la Iglesia española. Sin embargo, a pesar de los denuestos y los insultos, algunas veces, cuando el pueblo acudía para asistir al sacrificio de la misa, la mano de una mujer se acercaba a los trabajadores que formaban aquel grupo de andrajosos, y entregaba caritativa y compasivamente, a algunos de ellos, una chaqueta vieja, unos pantalones, o alguna otra prenda de vestir que podía sustituir los restos de lo que había sido un uniforme convertido en harapos.

Ciertamente, los prisioneros, en su mayoría, eran simpatizantes, cuando no firmemente adictos, al ejército republicano en cuyas filas habían combatido.

Unas semanas después, el sargento Gregorio, de Ferrocarriles, fue relevado en el mando de la compañía de trabajadores por otro del mismo cuerpo.

El cambio se notó inmediatamente en el rancho diario que comenzó a escasear, así como también en el empeoramiento en el trato.

A los pocos días del relevo, algunos de los trabajadores comenzaron a mordisquear, para aplacar el hambre, las dulzonas remolachas de las plantaciones que se extendían junto a la vía del ferrocarril y con las que se suministraba a las fábricas azucareras.

CANTERA DE PUIGMORENO (ALCAÑIZ), 1938

La cantera sobresalía en el llano como un puño rocoso, recomido por las explosiones de los barrenos. A un lado, en un repliegue formado por una estrecha peana de tierra apisonada, se encontraba la casita blanca del alférez que mandaba la compañía de trabajadores.

El alférez era catalán, de Manresa, y estaba secundado en el mando por un hercúleo sargento de Ferrocarriles quien, a pesar de sus grandes bigotes negros, tenía cara de niño y era fácil a la sonrisa. Se llamaba Villar. Además del sargento, convivía en la casita blanca del alférez catalán, el capataz de la cantera, cuya familia residía en Alcañiz, adonde se trasladaba cada sábado regresando el lunes para reincorporarse al trabajo. El capataz estaba a las órdenes de don Víctor, al que los prisioneros llamaban «el ingeniero». Este era vasco, se tocaba con una boina negra, vestía pantalones de montar y arrollaba las piernas con bandas caqui. Era de elevada estatura, seco de carnes, cara enjuta, tez pálida, pero con las cejas negras, pobladas y sedeñas, debajo

de las que relumbraban unos ojos encendidos. Don Víctor se cubría con un amplio capote color marrón, y empuñaba un cayado rústico. Iba siempre bien afeitado, y su mirada era penetrante y reflexiva. Estaba al servicio de la Compañía del ferrocarril y cuando deambulaba por la cantera para tomar el cubicaje de la piedra, trataba con naturalidad y respeto a los trabajadores, que le correspondían de igual modo porque le consideraban hombre de carácter reservado pero de natural bondad.

Formando una prolongación, a la izquierda de la casita blanca del alférez, un largo chamizo de cañizos cobijaba de la lluvia a la cocina donde se guisaba el rancho para los trabajadores de la cantera y la comida del oficial y sus inmediatos colaboradores. Más abajo, ya en el llano, se levantaba el barracón hecho de encañizados, en el que, cada noche, terminada la tarea de la jornada, se guardaban las herramientas utilizadas en el trabajo.

A causa del tránsito frecuente entre la cocina, la casita blanca y el barracón de las herramientas, se había formado con las múltiples pisadas de los trabajadores un caminillo y, en el mismo sendero, a un lado, en una especie de chabola que penetraba en el ladero, se guardaban las cajas que contenían los cartuchos de dinamita, los rollos de media negra y las cajitas de cartón, donde estaban los fulminantes que se necesitaban, para provocar las explosiones de los barrenos.

Al mismo pie de la cantera se extendía, en toda su longitud, un muelle de carga, orillado por la vía del ferrocarril que moría, en su prolongación final, en la cantera. Se trataba de un empalme que enlazaba con la estación, o apeadero de Puigmoreno, y al mismo tiempo conectaba, en otro lugar invisible desde la cantera, con el campo de aviación donde había un destacamento de legionarios italianos, y en el que se procedía al cargamento de bombarderos. Semanalmente se conducían al muelle de carga de la cantera los vagones plataforma cuyas bandejas eran rellenas con la piedra desmenuzada extraída de las rocas voladas, y que servían para alfombrar el tendido del tren, sirviendo de descanso y apoyo a los durmientes de madera calafateada, en los que los raíles eran atornillados.

Por la mañana temprano, los soldados de la escolta despertaban con fuertes y broncas voces a los prisioneros. Estos se levantaban del suelo en el que dormían con las mantas extendidas sobre matas de yerbajos secos. Iban saliendo al exterior de las parideras y se alineaban en tres filas para ser contados. Se cubrían con las mismas mantas con las que se habían abrigado durante la noche, protegiéndose del frío y del viento que soplaba por la mañana.

Aun antes de comenzar la jornada del trabajo diario, tenían aspecto fatigado. Los párpados pegados y el gesto malhumorado, en todos sus ademanes se reflejaba la rutina y la forzada resignación a lo inevitable, la indiferencia, y un triste estoicismo ante el infortunio de su vida cotidiana.

Después de ser contados, sin haberse lavado la cara ni las manos, ya que el agua estaba lejos de donde dormían, en una charca maloliente, se restregaban el rostro con las palmas de las manos y después de prender fuego al cigarrillo aquellos que tenían

tabaco, emprendían la marcha formando pelotón, camino de la cantera. Hasta que había oscurecido no regresaban al grupo de casonas abandonadas y perdidas en la gran llanura, en las que tenían que dormir.

Andaban con la manta doblada sobre la cabeza y echada sobre los hombros, resguardándose, en lo posible, del frío y del fuerte e incesante viento que barría la llanura desolada. El viento soplaba poderoso y libre, como señor absoluto del páramo. Los escasos matorrales de hierbas secas se doblaban ante su enfurecido resoplar, y las piedras se pulían, relamidas y vacías de todo polvo refugiado en ellas.

El centenar de prisioneros formaba un pelotón irregular y compacto, avanzando en punta de lanza contra el viento, en dirección a la distante cantera.

Desde lejos parecían un extraño grupo de insectos zigzagueantes. Una mancha parda y móvil recorriendo los tres kilómetros que separaban las casonas abandonadas que les servían de cobijo por las noches. Las únicas que había en la llanura.

El viento azotaba las puntas de las raídas mantas, las pegaba a las piernas, y acartonaba y endurecía la piel de los pies calzados con abarcas, o con botas viejas de soldado.

Lo que habían sido uniformes de combate se habían convertido, con el paso del tiempo en cautiverio, en harapos de vencidos, con añadidos de otras prendas no militares.

Algunos se protegían del frío con cazadoras de invierno pero, los más, vestían todavía sus antiguas guerreras, y otros calzaban pantalones de paisano. Llevaban todos la cabeza tocada con un gorro circular de tela caqui, en cuya parte frontal estaba estampada en tinta negra una «T» mayúscula correspondiente a la inicial de la palabra «Trabajadores».

La compañía de prisioneros-trabajadores parecía una caravana de trashumantes, de extraños mendigos andrajosos, prosiguiendo una ruta perdida de antemano, que no conducía a objetivo alguno, en marcha un día y otro por la llanura infinita.

El sol empezaba a levantarse, y en la tierra llana retrocedían los largos velos de niebla, desgajándose sus flecos grises y vaporosos. En la escasa hierba rala que sobrevivía entre los pedriscos y en los escasos arbustos esqueléticos, la humedad de la noche muerta lagrimeaba diminutas gotas de rocío. La luz del sol iba cobrando todo el impresionante poderío de su esplendor naciente. Se cubría el espacio de áureos y rojos cendales y bajo tanto resplandor y magnificencia natural, avanzaba la miserable compañía de soldados cautivos que habían perdido su bandera.

Al llegar a la cantera, el café del desayuno ya estaba dispuesto en la gran perola. Alineados, como vagabundos que aguardaran la caridad de su ración líquida, bebían afanosos el cálido y negro brebaje. Encendían los cigarrillos, en muchas ocasiones liados con un papel cualquiera, y se encaminaban en busca de las herramientas. Ya estaban todas dispuestas por el almacenero en el exterior del barracón de encañizado: porrillas para desmenuzar la piedra, rastrillos, mazos, barrenas de distintas

longitudes, capazos de mimbre, martillos y tenazas. Cada cual cogía la suya y con paso rutinario se dirigía a la cantera.

Entonces daba comienzo el trabajo, reanudando la tarea del día anterior. Un día y otro, una semana, un mes y todos los meses. La guerra, lejos de allí, continuaba su sangriento curso, como múltiples ríos regando toda España. La lucha, para los prisioneros, había terminado, pero otros hombres seguían luchando entre sí y muriendo. Ellos ya no combatían, no contaban. Eran cadáveres vivientes. Las mantas estaban abandonadas en el suelo. Los brazos y las manos se movían activamente en el trabajo, para que el cuerpo entrara en calor y no estuviera tan muerto.

Entre tanto, el sol iba remontándose en su camino. Iba cubriendo toda la llanura de estandartes luminosos, de vahos que se difuminaban. Sus rayos chocaban como espadas de oro en las rocas de la cantera abierta, arrancándole destellos minerales. Relumbraba toda. Era un anfiteatro ciclópeo, esculpido a mano en la montaña rocosa. El sol iluminaba el incesante movimiento de las vagonetas grises, metálicas, corriendo como cangilones, transportando su carga de pedruscos por los estrechos carriles, exhibiéndose en prodigios de equilibrios.

El aire se llenaba de ruidos con el golpeteo incesante de las porrillas triturando las piedras, desmenuzándolas hasta reducirías a pequeños fragmentos.

En la parte de arriba de la cantera, encaramados en los riscos, los mazos golpeaban las escarpas abriendo el agujero para luego introducir la barrena. Los barrenadores levantaban y dejaban caer una y otra vez la barrena de corte de lanza, perforando lentamente la roca. De cuando en cuando se detenían y sacaban con la larga cucharilla el polvillo macerado que se había formado en el fondo de la perforación. Luego proseguían. Cuando habían alcanzado la profundidad precisa, introducían los cartuchos de dinamita. Al último unían el fulminante a la mecha taponando perfectamente la carga explosiva para evitar posibles escapes de gases al efectuarse la explosión. Extendían metros y metros de mecha impregnada en pólvora, desde la altura del peñasco perforado en sus entrañas, que debía volar los pedazos de roca, para llegar rodando hasta la cantera.

El capataz civil, que vivía en Alcañiz, daba la voz de alarma. Los prisioneros corrían alejándose en busca de protección. Todo quedaba abandonado. La cantera, solitaria, bajo el dominio exclusivo de la dinamita que habían colocado en sus entrañas.

Los prisioneros, unos se cobijaban bajo el porche de la fragua, otros se parapetaban detrás de algunas piedras con los ojos alumbrados de una fugitiva alegría infantil, esperando el espectáculo que ofrecería la explosión en la montaña.

La mecha, a la que se había prendido fuego, quedaba dueña absoluta de la cantera. Su fuego vivo, pequeño y rabioso, corría como una larga serpiente saltando de un lugar a otro. Desaparecía y volvía a reaparecer, remordiéndose con su humeante penacho, yendo, alocada, hacia la boca del barreno.

Y de pronto, en un solo instante, todo retumbaba. El montículo rocoso parecía venirse abajo. Las enormes rocas se desgarraban saltando despedidas en el aire, mezclados los fragmentos con el polvo y el humo. Se derrumbaban los pedruscos, rodaban desde lo alto, rebotando luego, en su caída, con los salientes inferiores. Se proyectaban dando enormes brincos, hasta rodar pesadamente en el pavimento de la cantera, golpeando a veces en los estrechos carriles de las basculantes vagonetas, incluso derribando algunas de ellas, hasta que los peñascos quedaban inmóviles, sumisos, vencidos y muertos, entregados a su propia densidad mineral.

El viento barría de nuevo la atmósfera y el sol devolvía nitidez a las aristas de las rocas grises y fulgores acerados, con rebordes acuchillados. Los prisioneros volvían a sus puestos de trabajo. La tarea se reanudaba.

Encaramado allá arriba, Diego Monleón, el barrenador, miraba el sol en lo alto, abombaba el pecho poderoso, y se pasaba el dorso de la mano por la frente sudorosa.

Cuando amainaba el viento y calentaba el sol, Monleón se quitaba su vieja guerrera. Debajo de su camisa caqui se advertían en toda su fortaleza su amplio tórax y los bíceps nudosos como ramas de árbol. Situado en la parte superior de la cantera recordaba a un titán que, a diario, luchaba contra las rocas hasta desmoronarlas.

Desde abajo de la cantera, los más jóvenes, al verle, fijaban en él los ojos con un brillo risueño, admirados ante su potencialidad y hombría. Cuando Monleón se daba cuenta, les envolvía a todos en una mirada de superioridad física y de reciedumbre moral. Apretaba las mandíbulas, y fruncía las cejas bajo la frente estrecha. Entonces, cogía el pesado mazo y dirigía la vista hacia su compañero de pareja que, casi de rodillas, sujetaba la barrena con las manos. Este, levantaba los ojos hacia el coloso que, seguro, empuñaba el mango de la herramienta. Monleón levantaba el mazo, y descargaba un certero golpe en la cabeza del pistolete que su compañero, sin pestañear, mantenía vertical. Un golpe, otro y otro. La piedra gemía. La herramienta cantaba vibrante, sonora y brevemente a cada mazazo. El diente del corte se abría camino en la piedra viva que se resquebrajaba interiormente, desgarrándose. A cada golpe, Diego Monleón tomaba aire, y emitía un jadeo. Detenido, con el mazo descansando sobre una piedra, con el gesto de un hombre primitivo, desde su altura miraba a todos sus demás compañeros que trabajaban en la cantera, como si él fuese el rey de los Nibelungos. Después, dirigía su mirada hacia la casita blanca del alférez. Sabía que la explosión del barreno le habría despertado. Como de costumbre, abría las contraventanas y echaba un vistazo hacia la cantera. Monleón presentía que el alférez clavaba las pupilas en él, mirándole con curiosidad indefinible. Entonces, Diego Monleón comenzaba a cantar. Poco a poco, su voz grave y profunda se elevaba pausada, poderosa y firme por encima de las cabezas de sus compañeros de trabajo.

Su canto volaba sobre la cantera con las alas extendidas como un ave majestuosa y milenaria. Alcanzaba hasta los más recónditos lugares. Llegaba hasta el barracón de las herramientas, sobrevolaba la endeble techumbre de la fragua donde el hierro

enrojecía entre las ascuas o chisporroteaba al ser sumergido dentro del agua del barril. Y el herrero de pelo entrecano y cara enjuta, cuyos ojos miraban siempre socarrones, que estaba templando el filo de la barrena o golpeaba con el martillo el hierro sobre el yunque, dejaba de golpear y volvía los ojos hacia lo alto de la cantera, donde Monleón cantaba soltando el poderoso chorro de su voz.

Era un canto lento, grave, arrastrado y profundo, que rodaba desde las rocas, pasaba por encima de las vagonetas detenidas, mientras todos los prisioneros y hasta los escoltas de vigilancia escuchaban. De pronto, la voz de Monleón se crecía en una arrancada. Era un grito bestial, indómito y salvaje, triunfante ante su tristeza. Luego se callaba inesperadamente, como truncado, en el alarido de aquel último grito.

Durante unos segundos, Diego Monleón paseaba triunfante su mirada soberbia sobre los prisioneros. Refulgían orgullosamente sus pupilas azules y aceradas. Erguía su cuello musculoso, y el pelo crespo y corto semejaba una llama negra, enhiesta, coronando su frente replegada con indomable obstinación. De súbito, abría la boca y prorrumpía en una rotunda y sonora carcajada de victoria, que recorría toda la cantera y llegaba hasta la ventana abierta del oficial, que asomado al alféizar, mantenía los ojos clavados en la figura de Diego Monleón.

Luego, el trabajo continuaba.

Monleón era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de carácter rudo y determinado y que además, por su fuerte temperamento, destacaba entre tanto jóvenes. Había sido voluntario desde los comienzos de la guerra.

Un día, en el Campo de Concentración de Miranda de Ebro, donde se formaban Batallones de Trabajadores, se anunció a todos los prisioneros que aquellos que desearan regresar a la zona republicana, serían canjeados por prisioneros hechos al ejército nacional, y que los que estuvieran dispuestos para el canje se pusieran a un lado. A Monleón se le alumbraron los ojos de entusiasmo, y fue uno de los primeros en dar un paso adelante, sin titubeos ni vacilaciones. Un compañero de armas que se encontraba a su lado, le susurró receloso, deseando prevenirle:

—¡Cuidado, Monleón! ¡Es una trampa! Lo único que quieren es saber quiénes de entre nosotros, todavía prefieren el otro lado. ¡Retrocede!

Diego Monleón le clavó las aceradas pupilas con orgullo herido. Replicó, rápido y enardecido:

—¡Jamás negué lo que soy y he sido! ¡Republicano!

Avanzó de entre la masa de prisioneros y se colocó al lado de los que a su vez querían regresar a la zona republicana. Como él, hubo más de un centenar. No pretendían volver a las trincheras a seguir combatiendo. No querían guerrear. Sólo deseaban, ardientemente volver al otro lado, porque en la zona republicana la mayoría de ellos había dejado a sus familiares. La madre, la esposa y los hijos. Los lazos más poderosos y añorados de la vida.

En las horas de soledad, en el interior de los miserables barracones de cautivos, cuando aparentemente todo el mundo dormía, cada hombre recordaba a la esposa

distante, al hijo que echaba de menos, a la madre que padecía su ausencia e ignoraba si había muerto o estaba cautivo. Nada se sabía de los prisioneros en sus hogares, y esta falta de noticias sobre su destino era una media muerte en cada hogar donde faltaba uno de los soldados cautivos.

A todos los que como Monleón se aprestaron para volver a la zona republicana, se les tomó el nombre con objeto de, llegado el momento, efectuar el canje. Aquí acabó todo. Jamás se volvió a saber nada de aquel proyecto anunciado.

Monleón, al recordarlo, a veces sonreía silencioso.

Por las noches, en algunas ocasiones, terminado el trabajo en la cantera, y a la luz cambiante de las ramas que ardían, se reunían alrededor de las llamas y hablaban desalentados sobre la marcha de la guerra. Monleón intervenía conteniendo su amargura, y confesaba con la voz crispada, rotunda y grave, preñada de tristeza:

—Si la República pierde la guerra, de nada servirán nuestras lamentaciones. De nada servirán las lágrimas para llorar la libertad perdida. Los que murieron por la República, no tienen por qué llorar, ya que vivieron y lucharon como hombres. Si nosotros hubiésemos sido auténticos combatientes, estaríamos donde quedaron los compañeros que murieron defendiendo las trincheras, como verdaderos soldados. ¡Callaos, pues! ¡Hemos de resignarnos a nuestra suerte, como hago yo! Sólo soy un combatiente que fue vencido. Cuando debí morir no supe hacerlo, aunque tampoco se nos había educado para la guerra, y sí para la paz. Tampoco tuve la suerte de otros que conocí, a los que les entró una bala en la cabeza. De nada sirve lamentarse. Cuando no se sabe triunfar, hay que resignarse con la derrota. Pero, aún así, yo llevaré conmigo hasta la muerte la tristeza imborrable y la frustración de haber perdido nuestra guerra.

Cada mañana, Monleón, con la manta echada sobre los hombros como si fuera una capa, marchaba entre el cortejo de harapientos prisioneros, camino de la cantera.

A veces, mientras trabajaba, interrumpía su tarea y se quedaba abstraído mirando el espacio, las nubes blancas que casi rozaban los lejanos montes, azulados, en sus acentuados perfiles. Alguno, al sorprenderle, alejado en sus pensamientos, le voceaba bromeando:

—¡Monleón...! ¿Crees que mañana lloverá?

Diego Monleón parecía sufrir el efecto de un rudo manotazo dado en la espalda, se giraba rápidamente, los ojos centelleantes y clavando las pupilas airadas en el que le había chillado, le disparaba su vozarrón con fiereza y olímpica soberbia:

—¡Cierra la boca, esclavo! ¡Levanta los ojos y deslúmbrate! ¡Deja que la luz del sol entre en tu cerebro lleno de telarañas, y lo alumbre!

El escolta que con el fusil dispuesto montaba la guardia en lo alto de la cantera, prestaba atención hacia Monleón, que gesticulaba y daba voces. El escolta, sorprendido, fruncía ligeramente el ceño y después, sin dar importancia a lo sucedido, sonreía para sus adentros.

Los escoltas ni siquiera dirigían la palabra a los prisioneros a no ser para darles órdenes. Ellos eran soldados y también españoles, pero separados de los prisioneros a los que debían custodiar, según los signos de la guerra.

Cada noche regresaban a las casonas solitarias y destartaladas donde dormían. Se echaban en el suelo recubierto de hierbajos secos. Se envolvían con la manta entregándose a sus pensamientos, mientras aguardaban el sueño que no tardaba en vencerlos. En el santuario de su intimidad, cada hombre, cada muchacho prisionero, acariciaba el bello sueño del fin de la guerra. Una realidad fervientemente deseada por todos que, algún día, todavía desconocido pero cierto, se realizaría. Y cuando ello ocurriera, todos volverían al trabajo, a los despachos, a las fábricas y talleres, al campo, a las casas en construcción, al quehacer respectivo de cada uno y de todos los días. De nuevo serían reclutados para el gran ejército del trabajo y de la paz.

Cada noche se dormían con el deseo de la realización de aquel sueño. Pero, a la mañana del día siguiente, volvían a despertar en su condición de prisioneros, de hombres sometidos a cautividad, a su condición de exhombres.

La guerra seguía en los campos de batalla. Luchaban y morían los españoles bajo distintas banderas. Mientras el dolor y el llanto poblaban la patria, los trabajadores arañaban con sus herramientas las rocas de la cantera, picando piedra para el tendido de la línea del ferrocarril. Cada mañana, lo mismo que la anterior, recorrían igual itinerario como un rebaño de haraposos mendigos. Cada nuevo día sobrellevaban igual adversidad que el día anterior. Todas las noches soñaban, también, con el advenimiento de la paz, y la recuperación de la libertad física perdida.

De los frentes de combate llegaban noticias. Las tropas nacionales iban logrando numerosas victorias. El fin de la guerra se iba decidiendo y precipitando. ¿Cuántas vidas serían necesarias todavía sacrificar para alcanzar el final de la contienda? ¿Cuántos seres humanos, cuántas madres eran necesarias todavía que perdieran a sus hijos? ¿Cuántos hijos debían quedar sin padre? ¿Cuántos padres sin sus hijos?

Diego Monleón, a cada nuevo día, cantaba con voz más opaca y profunda, más subterránea y entristecida.

También el alférez catalán, en el interior de su casita blanca pensaba en el fin de la guerra y proyectaba con optimismo su vida futura. Lo mismo hacía el sargento Villar de Ferrocarriles y don Víctor, «el ingeniero».

Alguna que otra vez el oficial se acercaba a la cantera y se entretenía observando a los trabajadores en su tarea. Pero pronto se apoderaba de él el aburrimiento. No estaba interesado en aquel trabajo, se hastiaba ante el aislamiento a que el mando de la compañía de trabajadores le obligaba, en aquel paraje solitario, cuya población más cercana era Alcañiz. En alguna ocasión se vestía con su uniforme de paseo y se trasladaba a Alcañiz para divertirse.

Una vez, el prisionero que le atendía como asistente, se hizo con su uniforme, y vestido de oficial se marchó por su cuenta a Alcañiz, donde los soldados nacionales

que encontraba a su paso le saludaban al ver su estrella de alférez provisional. A su regreso, el oficial, encolerizado por la osadía del prisionero, hizo llamar al barbero de la compañía, y como castigo le hizo cortar el pelo al cero, cuando ya le había crecido, abundante y ensortijado. Mientras los rizos caían segados por la maquinilla del barbero, el cautivo, sintiéndose vejado, lloraba a lágrima viva, y el alférez apretaba los dientes y, como tenía por costumbre, levantaba la ceja izquierda mirando con desdén y despecho al prisionero. El oficial sentía un complejo sentimiento de culpabilidad que no se permitía reconocer y por esto aumentaba su irritación a causa de lo ocurrido. Se sobreponía pensando que en modo alguno podía tolerar aquella falta de respeto que era, al mismo tiempo, una evidente indisciplina y también una intolerable suplantación de personalidad. El alférez, a su manera era también otro prisionero de sí mismo, aislado en aquel páramo solitario, donde estaba enclavada la cantera. Igual que los soldados que montaban las guardias, y ejercían la vigilancia, todos pensaban en el fin de la guerra y en el regreso a su tierra gallega. Todos pensaban en lo mismo; vigilantes y vigilados. Todos deseaban la llegada de la paz, y el definitivo alejamiento de la furia, y la rotura del dogal.

De cuando en cuando, Diego Monleón expresaba este sentimiento cantando con su chorro de voz la implacable servidumbre de los hombres a los otros hombres. La sumisión desde siglos al más fuerte, a la ira, a la violencia y hasta al odio ciego que jamás libera, y siempre autodestruye.

Se corrió la noticia de que las tropas nacionales habían alcanzado una victoria que iba a ser el epílogo de la contienda. Con tal motivo el alférez invitó a los prisioneros a un rancho extraordinario. Se obsequió con una cajetilla de tabaco, coñac y café. Cuando llegó el anochecer, se autorizó a quien quisiera hacerlo, que cantase algo de su tierra. Algunos así lo hicieron, ya que nunca faltó en España, en los momentos más aciagos, quien cantara, por aquello quizá de que «cuando el español canta su mal espanta».

Todos formaban corro, algo distanciados, por respeto del alférez, que enarcaba según su manera peculiar una de las cejas. Estaban el sargento Villar, el capataz de Alcañiz y don Víctor, «el ingeniero», tocado con su boina negra, y un pliegue socarrón en una de las comisuras de la boca. Se hallaban a la puerta de la casita blanca. La luz de la bombilla que alumbraba la pieza interior se vertía por la puerta abierta iluminando parcialmente las caras del grupo.

Diego Monleón, que había guardado silencio, adelantó la mano hacia el alférez, y pidió con cox pastosa:

—Si se me permite... Me agradecería recitar unos versos.

Don Víctor, «el ingeniero», achicó los ojos con atención. El capataz de Alcañiz, sonrió maliciosamente. El joven y atlético sargento de Ferrocarriles que se apellidaba Villar y lucía los grandes bigotes en su cara aniñada, le miró sorprendido. El alférez asintió, con un gesto de cabeza, a la demanda.

Todos centraron su atención en Diego Monleón. Adelantó un paso hacia el alférez, se plantó y encarándose rectamente hacia el oficial, comenzó a recitar el famoso pasaje en el que el desdichado Segismundo, dama el porqué de su esclavitud en *La vida es sueño*. La voz rotunda y plena de hombría de Monleón, se creció brava en esa noche callada, en que se encendían las estrellas. La voz corajuda clamó con calderoniano acento:

*Nace el pez que no respira
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira
cuando a todas partes gira
midiendo la inmensidad
como le da el centro frío
¿y yo, con más albedrío
tengo menos libertad?*

*Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad
que le da la majestad
del campo abierto a su huida
y teniendo yo más vida
¿tengo menos libertad?*

A cada pausa de Diego Monleón, seguía un profundo y expectante silencio. Los prisioneros pensaban que había elegido un tema delicado y atrevido, a causa de su condición de cautivos. El alférez escuchaba sin dejar de mirar al recitador, que volcaba sinceramente su sentir en aquellas estrofas y que, al pronunciarlas, clamaba varonilmente con el vibrante nervio de la raza a la que pertenecía. Don Víctor miraba al prisionero con los ojos entrecerrados y contenida simpatía. El capataz le observaba con un fulgor de respeto humano en sus maliciosos ojos. El joven y atlético sargento de Ferrocarriles con expresión noble y aniñada hacia aquel prisionero que indirectamente pedía con ardor su libertad de hombre.

Aquella noche, los prisioneros tumbados en su suelo oyeron resonar en su pecho las preguntas de Diego Monleón, proferidas a través de los calderonianos versos.

Los días y las semanas fueron transcurriendo, iguales los unos y las otras. La voz de Diego Monleón cuando cantaba desde lo alto de la cantera, estaba más impregnada

de amarga tristeza.

Uno de los días, no recuerdo cuál, llegó un oficio de la comandancia del Batallón de Trabajadores dirigido al alférez de la compañía. Inmediatamente dos soldados de la escolta armados fueron a por Monleón y lo encerraron totalmente incomunicado de sus compañeros, en una de las habitaciones de la casona. Un soldado montaba la guardia en la puerta del improvisado encierro. A la habitación, lo mismo que a las demás, le faltaba la puerta de madera, pues eran casas que habían sido abandonadas desde los comienzos de la guerra. Cuando alguno de los prisioneros pasaba frente a la puerta de la habitación en que Monleón estaba incomunicado y echaba una mirada al interior, le veía sentado en el piso, ya que nadie tenía camastro. Permanecía con las espaldas pegadas al muro, dobladas y recogidas las piernas, cruzando los antebrazos sobre las rodillas, y la cabeza acogotada en el cojín de los brazos. Cabizbajo y pensativo, sin despegar los labios.

En dos días que Diego Monleón permaneció incomunicado, enflaqueció, perdiendo todo su anterior vigor. Su cuerpo robusto pareció fundirse como la cera de un blandón.

Una mañana, desde la cantera, los prisioneros le vieron, alejarse para siempre custodiado por un cabo y dos soldados armados, camino de la estación Puigmoreno. Llevaba la manta doblada, echada sobre uno de los hombros, y el macuto vacío a un lado.

Más tarde se corrió el rumor de que había llegado una denuncia procedente de su pueblo.

Jamás se volvió a saber nada de él. Los prisioneros ignoraron cuál había sido el destino de Diego Monleón.

La cantera, sin su recia voz, quedose muda.

2

Los prisioneros y los campos de concentración en la España nacional

Los ricos y los pobres, la barbarie ibérica es unánime

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN
(*Luces de bohemia*)

Para el ejército que, gradual y progresivamente, iba perfilando sus posibilidades reales de una victoria por las armas, la ingente absorción de soldados hechos prisioneros al ejército republicano supuso, por su creciente número, una rémora económica de elevado coste, y un paradójico, al parecer, contrasentido. Puesto que con las victorias conseguidas se obligaba, al mismo tiempo, a la manutención de los efectivos humanos del ejército oponente caídos prisioneros, a los que se debía alimentar a diario con las mismas intendencias que suministraban a sus tropas en los frentes.

El ejército vencedor, por tanto, se vio ante el hecho de sustentar a sus soldados y a los del enemigo que capturaba. Este problema, que desbordó los cálculos previstos, fue tomando desmedidas proporciones y ampliándose a los cuatro puntos cardinales de la península, abarcó la total extensión del territorio español, comprendiendo a todo el ejército republicano, tal como quedó expresado escueta y gráficamente en el texto del último parte de guerra, en el que se anunciaba el fin de la contienda declarándose al ejército enemigo: «... vencido, cautivo y desarmado». A excepción de cuantos combatientes, negándose a la rendición, emprendieron el doloroso camino del exilio, siendo confinados en peores condiciones que los prisioneros de guerra, en los campos de Francia, donde fueron acogidos como «refugiados».

Las masas de prisioneros fueron proporcionales a la progresiva ocupación del país por el ejército nacional que, al mismo tiempo que avanzaba, iba dejando tras de sí muchos Campos de Concentración, donde quedaban ubicados los contingentes de tropas apresadas al enemigo.

El constante aumento de prisioneros condujo, irremediablemente, al planteamiento de un grave problema, decidiéndose el proyecto de desarrollar y poner en práctica todo un complejo aparato administrativo de clasificación y vigilancia, de cuantos vencidos pasaban a aumentar el censo demográfico de la superficie nacional, recuperada poco a poco en las diversas operaciones de los tres interminables y atroces años de guerra.

Los últimos meses de la contienda española, entre el mes de enero y abril del mismo año 1939, en el que la lucha tocó a su fin con el derrumbamiento del ejército republicano, desencadenó verdaderas oleadas de tropas, que bien eran apresadas o se entregaban a las fuerzas nacionales.

La presencia real de todo ese ejército cautivo y desarmado, obligó a la concentración de importantes núcleos de prisioneros, destinándoseles a unas áreas previamente elegidas para su ubicación que permitiera llevar a cabo un control eficaz de seguridad y vigilancia de los mismos. Ya que se consideraba que, por la misma condición de apresados en combate y el carácter ideológico de la zona republicana de que procedían, entrañaban, por lo menos hipotéticamente, un índice de peligrosidad en estado latente.

El establecimiento de Campos de Concentración para prisioneros de guerra, fue aplicado por el ejército victorioso como una necesidad nacida de la ineludible

realidad de los acontecimientos. Se designó para la dirección de todo el complejo aparato burocrático a don Luis de Martín de Pinillos y Blanco de Bustamante, Coronel Inspector Jefe de Batallones Disciplinarios de Trabajadores y Campos de Concentración.

De las exigencias y pasiones desencadenadas por la guerra española, nació, desgraciadamente, la creación de los llamados «Campos de Concentración y Batallones de Trabajadores» en la zona nacional, y otros denominados «Campos de Trabajo», en la republicana, creados, estos últimos, especialmente para presos políticos, simpatizantes o comprometidos con el Movimiento Nacional, pero a los que posteriormente fueron destinados los contingentes de prófugos, desertores y prisioneros de guerra capturados al ejército del general Franco. También durante el año 1937, fueron enviados a estos Campos de Trabajo como consecuencia de los «hechos de mayo», numerosos anarquistas, sindicalistas, y cuantos fueron acusados de trotskistas.

La creación de los Campos de Concentración en la España nacional reunió en su puesta en marcha numerosas deficiencias de habitabilidad e higiene. Condiciones indispensables que se requerían para la concentración de grandes contingentes humanos que, en algunos casos, superaban la cifra de mil.

Los prisioneros fueron ubicados en edificaciones o superficies cerradas, cuya provisionalidad inicial se convirtió en definitiva. Se eligieron áreas que, por su considerable aforo, permitían cobijarles holgadamente bajo techado o en barracones pero que al poco tiempo ya estaban completamente llenos, empeorando a causa del número las ya deficientes disponibilidades de higiene y habitabilidad.

Será preciso puntualizar que las condiciones de hacinamiento, sometidas a los cambios y rigores de temperatura ambiente, trato y deficiencias en los confinamientos, eran considerados por muchos de aquellos que sostenían un trato más directo con los prisioneros, como más tolerables a las incomodidades de lo que estaban obligados a soportar los que estaban luchando en los frentes, tales como los rigores de la vida de combate en las trincheras, y el riesgo permanente de perder la vida, mientras que para los prisioneros «clasificados» la guerra había terminado y no corrían peligro.

No estará de más observar que quienes así opinaban, eran, generalmente, algunos de aquellos que permanecían sin riesgos en las retaguardias desempeñando funciones burocráticas y no los combatientes del frente nacional que, en su calidad de soldados, conocían de una manera directa la suerte variable, y la posibilidad, de caer, a su vez, prisioneros del enemigo. Con la llegada a la frontera francesa, en El Perthús, el 9 de febrero de 1939 y en Puigcerdá el día 10, las fuerzas nacionales dieron por terminada la campaña en Cataluña, la última unidad republicana que pasó la frontera por Cerbère el mismo día 10 de febrero, fue la División 26, conocida popularmente por «Columna Durruti» con su jefe, el general Ricardo Sanz, originario de las milicias anarcosindicalistas, a la cabeza de la misma. La División 26, considerados sus

componentes por las autoridades francesas como altamente peligrosos a causa de su ideología ácrata, fue internada provisionalmente en el tristemente famoso castillo de Mont-Louis. El día 28 de marzo, el ejército nacional entraba en la capital de España, indicándose en el parte oficial de querrá que el número de prisioneros en el sector centro superaba los 40 000.

Las tropas vencedoras habían ocupado el embalse de Lozoya, así como El Escorial, Aranjuez, Los Molinos, Tarancón, Buitrago, Morazarzal, Collado de Villalba, Tembleque, Lillo, Santa Cruz de la Zarza, Marjaliza y Navahermosa.

En el Sur, las fuerzas habían realizado una labor de rastrillo terminando con las postreras y ya esporádicas resistencias habidas en toda la zona minera de Almadén, en cuyas minas se obtuvo estimable botín, lográndose grandes cantidades de mercurio. Se ocupó también Adamuz, Chillón, San Benito, Almademejos, Conquista, Andújar, Capilla, Marmolero y Guadalmez lo que supuso la captura de millares de prisioneros del ejército republicano.

En Levante fueron tomados Castillo de Castro, Barriopedro, Cifuentes, Valderrobles, Torre del Burgo, Torre de Leña, Alcudia de Veo, entregándose tres batallones completos además de capturar importantes contingentes de fuerzas republicanas en número superior a los 8000 hombres que quedaron como cautivos del ejército vencedor.

En los días que siguieron a la toma de Madrid, 29, 30 y 31 de marzo del año 1939, últimos de la guerra española, a lo largo de la costa valenciana, desde Sagunto a Alfara, el número de prisioneros alcanzó cantidades superiores a la cifra de 15 000 hombres, añadiéndose algunas brigadas completas y batallones que habían quedado desarticulados.

En el frente Sur, el desmoronamiento del ejército republicano había sido total, alcanzando hasta 60 000 el número de prisioneros. También en el frente de Valencia se hicieron otros 35 000 prisioneros. Las cifras que anteceden son simples indicios de lo que fue el final del Ejército de la República.

José Ángel Delgado-Iribarren (S. J.) en su libro *Jesuitas en campaña*, Editorial Studium, 1956, Madrid, relata en una de sus páginas su visión personal, como testigo, de una de las múltiples escenas del ejército republicano derrotado, reflejando al mismo tiempo la característica común del espíritu que animaba a los sacerdotes españoles de aquellos años, en los que su celo apostólico y adhesión de todos sus miembros al Movimiento Nacional era unánime.

A continuación, lo que hemos anunciado queda claramente reflejado en la página 253 de la obra citada, del jesuita Delgado-Iribarren:

Eran impresionantes las largas caravanas de prisioneros que, conducidas por escasos centinelas, marchaban hacia los campos de concentración. Este solo espectáculo daba idea del desastre republicano, acentuado en los meses de febrero y

marzo del 39. Miles y miles de cautivos por las carreteras, con modernísimo armamento extranjero, apenas sin estrenar.

En esos campos se les sometía a un régimen de vigilancia y reeducación, con la esperanza de reincorporarles un día a la vida social. La siembra, a gran escala, de ideas disolventes en sus almas rudas había producido verdaderos estragos. Después de sacarles la ficha clasificadora se les encuadraba en los Batallones de Trabajadores, donde se prolongaba esta labor, que podríamos llamar de desinfección, en el orden político y religioso. Los campos de prisioneros, y las cárceles, creaban problemas delicados, después de una guerra civil tan prolongada. Entre La Granjuela, Valsequillo y Los Blázquez había más de 21 000 hombres concentrados. El Mando superior tenía otro campo proyectado en Cerro Muriano para más de 13 000 excombatientes.

No puede negársele en esta labor de reconquista de las almas —prosigue—, un puesto de responsabilidad a los capellanes, por ser los que estaban más capacitados para influir en ellas. El padre José Luis Diez, fue tal vez el primer sembrador en este hermoso latifundio del apostolado. Fue destinado al Batallón de Trabajadores n.º 130, compuesto de cuatro compañías.

Las Compañías del Batallón de Trabajadores n.º 130, estaban, distribuidas, una de ellas en Peñarroya, la otra en las proximidades de Espiel. Las dos restantes en las cercanías de las sierras de Megara y Monterrubio. El Mando del Batallón de Trabajadores estaba emplazado en Peñarroya.

Los Batallones de Trabajadores procedían de las formaciones que se llevaban a cabo anteriormente, en los Campos de Concentración nacionales. En estas unidades se encuadraba a los prisioneros, cuyos batallones tenían como misión dedicarse a los trabajos de reconstrucción de los daños materiales ocasionados por la guerra, en la economía del país.

La enumeración de todos los campos de internamiento que se fueron estableciendo en el curso de la contienda sería muy dilatada, pero algunos fueron muy conocidos, por el gran número de excombatientes que desfilaron, por ellos, hasta su encuadramiento en los Batallones de Trabajadores.

Como una de las excepciones figuró el *Campo de Castigo de Burgo de Osma* (Burgos), en el que, además de prisioneros de guerra republicanos, procedentes de otros campos en los que habían sido seleccionados por haber incurrido en responsabilidades penales, ingresaban asimismo soldados del ejército nacional, por causas que justificaban su ingreso y destino en dicho campo de castigo.

Entre otros tantos, figuraron el *Campo de Concentración de Corbán* (Santander); el del monasterio de Irache, en la falda del Montejurra, así como también el de Estella, edificio que había sido de los Padres Salesianos.

EL Cortijo de Cáceres, campo rodeado de alambradas y vigilado por fuego de ametralladoras, ya que algunos de los prisioneros intentaban la huida con el propósito

de alcanzar la línea fronteriza de Portugal, aunque ellos ignoraban que si alguno lo conseguía, era devuelto por las de aquel país vecino a las autoridades españolas.

Campo de Concentración de San Marcos (León), actualmente transformado en hermoso parador de turismo. *Campo de San Lucas La Mayor*, en Andalucía. *Campo de Concentración del Sanatorio de Portacoeli* (Puerta del Cielo), situado cerca de Moncada (Valencia), donde fueron confinados muchos de los prisioneros hechos en el desastre sufrido por el ejército republicano y acorralados en el puerto de Alicante, donde se habían refugiado, con la esperanza de poder escapar de España en barcos de socorro, que jamás llegaron a recogerlos.

Muchos de los jefes y oficiales aprisionados frente al mar por las fuerzas legionarias italianas al considerarse traicionados en su esperanza de ser puestos a salvo por los barcos que aguardaban, viéndose perdidos, prefirieron suicidarse. Eduardo de Guzmán, en su libro *La Muerte de la esperanza*, testigo de tales acontecimientos, narra magistralmente la ansiosa espera de los barcos, durante cinco interminables días, por los restos de un ejército deshecho. Sin embargo, lo que fue por tantos excombatientes republicanos interpretado como un abandono debido a la traición y el engaño, no fue tal. Desde el muelle alicantino veían a los barcos acercarse, pero por alguna razón que ellos ignoraban, se volvían sin llegar al puerto.

La verdad queda reflejada en las *Memorias de Guerra* del Almirante Juan Cervera:

En tanto, como era del todo necesario apurar hasta el fin al enemigo, el Generalísimo Franco dispuso que la Escuadra cruzara frente a Cartagena y lanzara un avurnave, decretando el bloqueo de la costa todavía no ocupada. Fue fechado el avurnave con fecha 8 de marzo y en él se declaraba absolutamente cerrada para la navegación a toda clase de embarcaciones, cualquiera que fuese su bandera mercante, por toda la costa de España del Mediterráneo, comprendiéndose la zona entre Sagunto y Adra, sin que pudiera acercarse barco alguno sin la autorización del Almirante de las Fuerzas del bloqueo del Mediterráneo a menos de tres millas de la costa. Cualquier barco que no obedeciera tales órdenes sería apresado. También en su artículo 2.º se prevenía que frente a la plaza de Cartagena, y a lo largo de una extensión de costa que comprendía desde la Farola Torre de la Mesa hasta Cabo Palos, habría submarinos nacionales con la orden de hundir a todo barco que intentara aproximarse a la costa, dentro del límite de tres millas, fuese cual fuese su bandera.

Las esperanzas, para la mayoría de cuantos habían escapado a Levante con el deseo de huir en barcos extranjeros que les socorrieran, resultaron totalmente frustradas. Los acontecimientos, desde la declaración del bloqueo, hasta fines del mes de marzo del año 1939, se habían desencadenado con el total derrumbamiento del ejército republicano. En Gandía se encontraban dos barcos británicos, el *Sussex* y el

Calatea, que podían amparar a unos centenares de excombatientes y políticos más destacados y aquéllos se mostraron dispuestos a prestar el socorro que se pedía con la condición de que se eximían de toda responsabilidad, dado el caso de que, interceptados por barcos nacionales, fuesen conminados a que entregaran a quienes habían socorrido, ya que no se negarían a ello. Consideradas las condiciones expuestas por los comandantes de los barcos británicos, las listas en las que figuraban el personal seleccionado para la huida resultaron inútiles, y aquellos que habían abrigado la esperanza de salvarse, se dispusieron a correr idéntica suerte que la que estaba reservada a los millares de soldados atrapados en el puerto de Alicante.

Era el fin. El día 29, el general Miaja huía de Valencia en avión hacia Orán. Al amanecer del día 30 entraba en el puerto de Alicante el *Júpiter*; a las tres de la tarde el crucero *Canarias* y poco después los minadores *Vulcano* y *Marte*.

El día 1.º de abril de 1939, el general italiano Gámbara resumía la situación final, comunicando al Cuartel General del Generalísimo que aproximadamente unos 10 000 soldados republicanos concentrados en el puerto alicantino, se habían entregado. Quedaban unos 2000 sin decidirse a la rendición, a los que se había dado un plazo de tiempo, hasta las nueve de la mañana del siguiente día 2 para su rendición, sin resistencia.

La custodia de los prisioneros corría, hasta aquel momento, a cargo de los legionarios italianos. A las nueve de la mañana del día siguiente se entregaron los últimos dos mil combatientes, entre los que se hallaban numerosos brigadistas internacionales. Millares de prisioneros fueron conducidos a las marismas del que fue llamado Campo de Concentración de Albatera y también Campo de los Almendros.

La guerra, prácticamente, había tocado a su fin. El telón de luto y sangre había descendido acabando la tragedia. Sin embargo, aquel último mes de marzo, la zona de Levante, que había sido la última tierra española donde el ejército republicano se había visto acorralado en la general desbandada, había sido rica en cruciales acontecimientos. La Marina nacionalista había perdido el *María Regente*, desaparecido sin dejar rastro alguno. También había sucumbido el *Baleares*. El levantamiento en Cartagena del general Barrionuevo contra el comunista Galán, nombrado por Juan Negrín Comandante Militar de la plaza, el cual hizo encarcelar a todo el grupo sospechoso de simpatizar con el ejército nacional entre los que figuraba el comandante Basilio Fuentes, tuvo sus consecuencias. El levantamiento del general Barrionuevo contra Galán conminó a la escuadra republicana a que abandonase el puerto de Cartagena ya que, a su entender, no se podía contar con su adhesión, dándole garantías de que no dispararían las baterías contra los navíos si abandonaban el puerto en el plazo de un cuarto de hora. El convoy formado por catorce unidades y un submarino, salió de Cartagena el día 5 de marzo. Un día después se declaraba el bloqueo de la costa. La Escuadra republicana fugitiva iba bajo el mando del almirante Buiza, llevando además de sus dotaciones, unos 500 fugitivos, entre hombres y mujeres.

Cuando la escuadra abandonó el puerto, desde Cartagena se cursó, por orden del jefe del levantamiento, el primer radio oficial al Generalísimo Franco, comunicándole que Cartagena se había unido al Ejército nacional. Sin embargo, el comunicado ofrecía dudas sobre el éxito total del levantamiento del general Barrionuevo y en el Cuartel General del Generalísimo comprobaron al día siguiente, por sus fuentes de información, que los comunistas de Cartagena ofrecían cada vez más una enconada resistencia, atacando la Capitanía General, situada en la muralla. Así como también hostigando con disparos a la antigua jefatura de la base. La situación era incierta todavía respecto a los resultados. La suerte fue variable, hasta que la intervención de la División 206 republicana, que acudió a marchas forzadas desde Murcia, decidió la lucha sofocando la rebelión. Desde el Cuartel General del Generalísimo, se estaba pendiente del destino que le estaba reservado a Cartagena, pero las comunicaciones eran deficientes, y la incertidumbre obligaba a tomar medidas de prudencia en cuanto a la ayuda militar nacional, para decidir en su favor la situación creada en Cartagena. Sin embargo, ya se habían cursado órdenes para prestar ayuda, colocando frente a Cartagena a las tropas, siendo desplazadas las divisiones acampadas en Castellón y Málaga. Tres minadores fueron dispuestos para embarcarlas. Para llevar a cabo la operación de transporte de tropas, fueron utilizados 16 barcos que transportaron un total de 19 154 hombres, de los cuales 5654 procedían de Málaga. Los barcos se dirigían a Cabo Palos y no hasta Cartagena, pues se les había advertido que la suerte del levantamiento nacionalista en Cartagena todavía se desconocía, y requería permanecer a la espera antes de actuar decididamente. La advertencia escapó a dos de los barcos que no la recibieron. Fueron el *Castillo Peñafiel* y *Castillo Olite*. El primero fue hostilizado por la aviación republicana pero alcanzó Cartagena, mas cuando arrumbaba hacia ésta, las baterías de tierra situadas en la parte alta y baja de Portman, abrieron fuego contra el buque. El *Castillo Peñafiel* volvió popa, al mismo tiempo que, inopinadamente era sobrevolado por siete aviones republicanos haciéndole fuego de ametralladoras y bombardeándolo, mientras las baterías de tierra seguían lanzando andanadas. Un impacto en estribor abrió un enorme boquete en el *Peñafiel* hasta que, escapando del peligro, quedó fuera de alcance del fuego. Tres de los aviones habían sido alcanzados; dos de ellas cayeron abatidos. El tercero huyó echando mucho humo. El *Castillo Peñafiel* se había salvado así como los tres Batallones que transportaba. No tuvo la misma suerte el *Castillo Olite*. Llegó a entrar entre malecones, pero cuando advirtió que ondeaba en Galeras la bandera republicana, giró hacia afuera para escapar del peligro punto en que se había metido. Pero le dispararon a quemarropa, alcanzándole gravemente. El *Castillo Olite* llevaba abundante carga de municiones de artillería, que hizo explosiones parciales al pretender embarrancar, y se hundió a la entrada de Escombreras quedando sobre el agua sus palos. Fue el destructor francés *Busquet*, que había fondeado unas horas en Cartagena, el que indicó el lugar del drama.

El *Castillo Olite* transportaba 2200 hombres. Los supervivientes, en número de 1048, quedaron prisioneros de las tropas republicanas siendo concentrados en el pueblo murciano de Fuente Álamo, donde, a causa del desmembramiento del ejército republicano, los prisioneros observaron la negligencia con que eran vigilados por los centinelas, lo que les daba seguridad para decidir una rebelión.

Así, el 29 de marzo, los 1048 prisioneros procedentes del naufragio del *Castillo Olite*, mandados por el comandante Fernando López Canti Félez, se sublevaron y después de recobrar su libertad, se encaminaron a Murcia ocupando la ciudad sin resistencia, donde se armaron. Tal era el estado de descomposición del ejército enemigo, que conminaron la entrega de Cartagena. El mismo comandante López Canti se presentó, sin acompañamiento, nombrando jefe militar al capitán de Asalto, Millán Moreno, y seguidamente dio aviso para que se lo comunicaran a las autoridades nacionales.

En el mismo día, el cañonero *Cánovas del Castillo*, al mando del capitán don Fernando de Alvear, cuando cruzaba frente a Almería, entró en el puerto y se apoderó de la población. Simultáneamente, las tropas del Ejército de Levante, ocupaban Valencia, sin resistencia alguna.

El Almirante don Juan Cervera, refiere en sus *Memorias de Guerra* cuál era la situación de Cartagena, cuando se hizo cargo de la plaza por orden expresa del Generalísimo Franco, con objeto de que resolviera los múltiples problemas que la ciudad tenía pendientes:

Tuve una conferencia con el Gobernador Civil para suprimir el penal, absurdamente instalado en medio del arsenal, y casi en la parte más importante del puerto. Destruir el Molinete, barrio inmoral que aboca a las calles principales por donde necesariamente han de pasar marineros y soldados (pág. 402), y organizar un Campo de Concentración en Cabo Palos, que evitara el espectáculo de clases y auxiliares rojos, en la calle Mayor, con gesto de desafío a los dolores del martirio.

Para desescombrar (pág. 403), limpiar, sanear y conocer la importancia del daño, solicité Batallones de prisioneros mandados por un jefe de carácter. Urgía la limpieza moral para reanudar la vida y, una vez afianzado el poder, podían instalarse en los edificios menos lastimados, haciendo las reparaciones indispensables, volver a ocupar el hospital y cuarteles, utilizar el gran aljibe que, con poca discreción, habían convertido los rojos en tanques de combustible, perdiendo la población unas 8000 toneladas de agua que fácilmente recogía las cañadas de Atalaya.

En la página 398 de la obra citada, el autor refiere sucesos anteriormente vividos, y las medidas que decidió adoptar para impedir la fuga de quienes querían salvarse de las responsabilidades que por su actuación durante la guerra podían imputárseles:

Desde que comenzaron los movimientos precursores de la liquidación, ordené que vigilasen la huida por mar de dirigentes que debían, en justicia, responder de la

tragedia.

En efecto, multitud de embarcaciones de todas clases, escapaban de los puertos republicanos con objeto de alcanzar Orán para salvarse.

La Escuadra republicana había partido de Cartagena rumbo a Argel el día 5 de marzo, a las ocho de la mañana, domingo, sobrecargada de fugitivos, adonde llegó el lunes 6 de marzo, bajo el mando del almirante Buiza. Fue enviada a Bizerta donde fondeó el martes, día 7 por la tarde, siendo, tanto las dotaciones de los barcos como los fugitivos, acogidos por las autoridades francesas, trasladados a unos 800 kilómetros, en dirección a Gadhmas, cerca de la frontera Tripolitania. Solamente quedó un pequeño núcleo de marineros, con el exteniente de navío García Berreiro al cuidado de los barcos. Hasta el día 30 de marzo de 1939, los barcos no fueron recobrados por el nuevo Estado español.

Las dotaciones de los barcos de la Escuadra republicana, así como los 500 fugitivos que habían huido con ella de Cartagena, fueron concentrados en una mina de fosfato de cal, en Túnez.

El escritor E. Pons Prades, en el consultorio de la revista *Historia y Vida* del mes de agosto del año 1971, número 41, dando respuesta a la consulta número 515, formulada por don José R. Sánchez Domingo, de Madrid, el cual pedía pormenores de la vida, durante su exilio, del almirante don Miguel Buiza, expuso los siguientes datos biográficos sobre el almirante de la Escuadra republicana, que transcribimos para dar, al mismo tiempo, testimonio del destino que corrieron los marinos españoles que se exiliaron:

El día 5 de marzo de 1939, zarparon de Cartagena tres cruceros: Cervantes — buque insignia—, Libertad y Méndez Núñez; ocho destructores: Lepanto, Almirante Valdés, Gravina, Almirante Antequera, Escaño, Almirante Miranda, Jorge Juan y Ulloa, así como el submarino C-4. Este convoy, bajo el mando del almirante Buiza, llegó a aguas de Argel el 6 de marzo y a la base francesa de Bizerta, el día 7, fondeando en el lago, al caer la tarde. Un mes más tarde, estos barcos con dotaciones llegadas de España, zarpaban hacia Cádiz y Algeciras, mientras los marineros republicanos —con el almirante Buiza entre ellos, puesto que se había negado a recibir el menor trato de favor— eran internados en una antigua mina abandonada, de fosfato de cal, cerca de Mak-nassy, en el Túnez central, a la altura del puerto de Sfax, que había sido preparada al efecto. Un grupo de estos marinos, con el capitán de fragata David Gasea, excomandante del destructor Almirante Miranda, era enviado dos meses más tarde a la región Kasserina, donde se acababa de crear un centro de experimentación agrícola.

Por aquellas fechas —mayo de 1939—, y cuando todos sus hombres estuvieron más o menos acomodados, el almirante Buiza pidió el ingreso en la Legión Extranjera francesa, donde se le confirió, de entrada, el grado de capitán, distinción

excepcional, no única como usted dice, puesto que había un precedente: el de un miembro de la familia real de Dinamarca.

La declaración de guerra —2 de septiembre de 1939— lo encuentra de comandante de armas de la guarnición de Turenne, al sur de Oran. Cuando se firma el armisticio en junio de 1940, su unidad está en la zona de combate de Rethel, donde la resistencia al invasor fue de las más tenaces. Al cesar las hostilidades dimite, y fija su residencia en Orán, donde trabajará como tenedor de libros en una fábrica de jabones primero, y en uno de los más importantes hoteles de la ciudad, después.

En noviembre de 1942, tras el desembarco de las fuerzas aliadas en África del Norte, se alista en el «Corps Franc» (unidad de choque), y al mando de una compañía, participa en la campaña de Túnez, siendo citado en la Orden del Ejército y recibiendo la Cruz de Guerra con palmas. Dicha citación decía así:

«Comandante en Jefe Civil y Militar. Mayor General Argel, 15 de junio de 1943. Orden número 141 D. El general-comandante en jefe concede las citaciones siguientes a los militares del Cuerpo Franco de África, cuyos nombres siguen: en la orden del Ejército, Suiza, Miguel. Capitán. Oficial de elevado ideal, comandante de la Compañía Extranjera del Cuerpo Franco, ha obtenido de ella un rendimiento incomparable, conduciéndola en asaltos irresistibles, inspirado por un alto espíritu de sacrificio. En Djebel Driss, en marzo de 1943, ha mantenido la integridad, del terreno que le fue confiado, bajo, los violentos ataques del enemigo. Los 23 y 24 de abril de 1943 tras durísimos combates, se apoderó de las avanzadillas alemanas de la cota 84, abriendo así la ruta a la ofensiva que debía provocar la caída de Bizerta. La presente mención comporta la atribución de la Cruz de Guerra con Palmas. Dado en el Cuartel General, el 4 de junio de 1943. Firmado: Henri Giraud».

(Como dato curioso señalaremos que en la liberación de París —agosto de 1944— uno de los primeros blindados, un half-trak de la Segunda División Blindada del general Leclerc, que entraron en la Villa, llevaba el nombre de Almirante Buiza).

Poco después, gravemente enfermo, causaba baja del Ejército. Su compañía sí que participó en el desembarco a Italia, pero no él. Esta compañía combatió como usted dice en la batalla de Montecassino.

En 1947, sintiendo la llamada del mar otra vez, y teniendo noticia de que las organizaciones de resistencia judías (Irgun Zvai Leuri Haganah y Stern) habían creado en Marsella un organismo coordinador encargado de reclutar marinos y fletar barcos para transportar judíos a Israel, el almirante Buiza les ofreció sus servicios. Le retiraron su documentación y le entregaron un pasaporte judío apátrida, oriundo de Europa Central, ya que, cuando los barcos eran interceptados por la flota británica, todos sus ocupantes declaraban ser judíos. Para que su nuevo nombre coincidiera con las iniciales de sus camisas, Miguel Buiza se hacía llamar Moisés Blum.

El 4 de julio de 1947, en Burdeos, embarca como primer oficial del mercante Paducah, de bandera panameña. Tras una breve escala en Túnez, se presentan en un

puerto del Mar Negro, donde embarcarán el doble del pasaje previsto. Esto facilitará su captura, cuando el Paducah avistaba ya las costas de Palestina. El almirante Buiza, con sus compañeros de aventuras, es internado en un campo de concentración de la región de Haiffa, en el que permanece hasta febrero de 1948, en vísperas de que la Organización de las Naciones Unidas reconozca al Estado de Israel. Entonces, el marino español declara su verdadera identidad, y es conducido en avión hasta Marsella, desde donde se reúne con su esposa e hija, en Oran.

Renuncia a cualquier retiro o privilegio por su condición de excombatiente, y vuelve a trabajar de tenedor de libros. A principios de 1962, cae enfermo de nuevo y en el hospital de Orán le diagnostican un tumor grave. Conociendo su enfermedad, el almirante Buiza se traslada a París, con su esposa, gestionando su ingreso en la Residencia Beausejour, en Hyères, en la costa del Mediterráneo, no lejos de Tolón, que entonces dependía del Alto Comisario de las Naciones Unidas y que luego pasó a ser administrado por el Gobierno francés. Dicha dependencia se beneficiaba de los discretos donativos del eminente violoncelista Pau Casals. Esto ocurría en septiembre de 1963. Al empeorar su estado, en el hospital de Marsella confirmaban la gravedad de su dolencia: cáncer de pulmón. Falleció en la citada residencia, al lado de su esposa, el día 23 de junio de 1963.

El contraalmirante Fuentes y el capitán de fragata David Gasea, compañeros en la guerra y en el exilio del almirante Buiza, a quienes debemos la mayor parte de los datos aquí reseñados, reconocen, sin la mayor restricción, que fue generoso hasta la desmesura, de una gran nobleza, fiel a sus ideas y que conservó siempre el temperamento alegre y dicharachero propio de un buen sevillano.

La suerte que corrieron los marinos españoles en el exilio, concentrados previamente en una mina de fosfato de cal y luego, lo mismo que millares de españoles, confinados en Francia en los Campos de Concentración o enrolados en las Compañías de Trabajo, su destino fue en muchas ocasiones peor que el de la mayoría de prisioneros del ejército republicano en la misma Patria.

A la caída de Valencia, en Moncófar, cerca de Sagunto, como en la capital su plaza de toros estaba totalmente llena, fueron ubicadas en el Campo de Concentración de Moncófar veintisiete compañías de infantería que se habían rendido. Como en la plaza se habían reunido unos elevados contingentes de excombatientes, entre el mar y las líneas de naranjales las veintisiete compañías fueron, cercadas con triple cerca de alambradas, entre cuyos pasillos intermedios estaba montada la centinela del Campo de Moncófar. El mar formaba la otra barrera impidiendo toda posibilidad de huida.

Hasta que se establecieron los servicios de cocina más indispensables, la comida en tan duras condiciones en los últimos estertores de la guerra se redujo a la entrega de un pan y una lata de sardinas en aceite por prisionero.

La agobiante sed, el calor del sol, las dificultades para el abastecimiento de agua potable a tan gran número de hombres concentrados, ya que entre otras circunstancias

negativas se sumaban en aquellos años la falta de coches aljibes necesarios para suministrar agua a tan crecido número de prisioneros, reunidos, a la orilla del mar, en cifra aproximada a los cuatro mil, constituyeron obstáculos insuperables.

En tan penosas y excepcionales circunstancias, los prisioneros de guerra del improvisado Campo de Concentración de Moncófar, cambiaban con los soldados que los custodiaban prendas de su uso y objetos personales por naranjas de los naranjos que se alineaban más allá del límite, del alambre espinoso imposible de franquear. El zumo les liberaba momentáneamente de la sed insaciable que les aquejaba bajo los ardientes rayos solares.

Entre tanto, y sin duda hubo otros muchos más, dos de los prisioneros consiguieron salir del Campo de Moncófar, a cambio de entregar, como precio, a un cabo de oficinas, uno una medalla de plata con su correspondiente cadena y el otro su pluma estilográfica de acreditada marca.

El cabo, perteneciente a la tradicional picaresca española, dispuso la documentación preparada ya de antemano que fue firmada confiadamente por el oficial entre otros salvoconductos.

Es imprescindible observar que las arbitrariedades así como los malos tratos sufridos por los prisioneros de guerra, en su condición de vencidos, dependió en muchas ocasiones de la calidad humana de los que a diario, en el desempeño de sus funciones, estaban en contacto con ellos.

Las brutalidades, cuando se llevaron a cabo, jamás, en modo alguno, fueron debidas al espíritu por lo común generoso de los Combatientes en los frentes, conocedores por experiencia personal y directa de los infortunios de la guerra y del respeto que merece el soldado que ha sido, vencido peleando noblemente.

Tan inadmisibles comportamientos se dio solamente en aquellos en que la guerra les brindó la ocasión para manifestar sus crueles instintos y dar, a conocer impunemente con sus malos tratos, su desprecio hacia la persona al someterla a toda clase de humillaciones, hechos lamentables que ocurrieron en abundancia, tanto en una como en otra zona de la España enfrentada y dividida.

En Santoña (Santander), aparte de su famoso penal, hubo dos campos de concentración. Uno en el *Seminario de los Padres Escolapios* y otro en el que había sido el viejo cuartel de infantería.

Dos de los sargentos del último campo sobresalieron por su forma humana de tratar a los confinados en él.

El Comandante jefe del Campo de Deusto, advertido del mal comportamiento del sargento Juan Campanario de la Santísima Trinidad le llamó severamente la atención pero a pesar de ello, en adelante, el sargento citaba al prisionero de su elección al cuarto de sargentos situado en uno de los cuatro lados del mismo patio, donde le aplicaba impunemente la corrección del castigo físico.

En Valencia se hallaba el *Campo de Concentración de Albaterra*, llamado también de los Almendros, que con anterioridad había sido utilizado para prisioneros y

detenidos nacionales.

La zona de Albufera estaba formada por saladares y lagunajos arenosos donde se cuajaba la sal en las marismas, formando superficies de terrenos salobres, que quedaban fácilmente inundados por las aguas del mar, causantes de la esterilización de las tierras. Con anterioridad, los presos nacionales confinados en esta zona, habían de llevar a cabo un plan de mejora por disposición de las autoridades republicanas con objeto de volver fértiles 30 000 hectáreas de terreno. El fin de la guerra de España que concentró a los restos del ejército republicano en Levante, tuvo la dramática ironía de que millares de los excombatientes apresados en Alicante fueran destinados a la zona de Albufera, sustituyendo a los anteriormente confinados en tan ingratos terrenos arenosos.

Al finalizar la guerra, España entera entraba en un proceso de identificación personal a escala nacional y todos los que habían sido combatientes en la zona republicana ocuparon su puesto en la extensa gama de Campos de Concentración de todo el territorio hasta quedar toda la población española «avalada» o no, según los antecedentes recogidos por los informes facilitados por quienes merecían, como adictos, crédito al extenderlos y firmarlos bajo su responsabilidad. El almirante don Juan Cervera, en su obra citada, escribe en la página 90 y en la 403:

Las cárceles estaban llenas. Se habilitó el viejo carbonero Contramaestre Casado para prisión en El Ferrol. Hicieron obras en el antiguo penal de la Casería de Osio, en San Fernando. Obtuve que habitaran para Campo de Concentración el Cuartel de Figueirido, en Pontevedra, que tardaron mucho en utilizar.

... era para mí (pág. 403), la única fórmula salvadora: TRABAJAR DOBLE Y GASTAR LA MITAD (en mayúsculas en la obra), o sea, demostrar, con hechos, que los españoles de la posguerra eran sinceramente patriotas, tanto para ofrendar la vida, cuando fue necesario, como para sufrir las privaciones a que, indudablemente, nos obligaba una situación fatalmente ruinosa.

El Campo de Concentración de Miranda de Ebro (Burgos), ocupaba una gran superficie de terreno, cercado y con puestos de guardia y vigilancia armada en todos los puntos determinados por el Mando de dicho Campo de Concentración.

Estaba destinado a la recepción de prisioneros y a la subsiguiente distribución de los mismos, formándose en él Batallones de Trabajadores destinados a diversos puntos de la geografía de la España Nacional para dedicarlos a la reconstrucción de lo que había sido destruido durante la guerra.

En su lado extremo, opuesto a la entrada principal del Campo de Miranda de Ebro, se encontraban los evacuadores suspendidos sobre el río que, en aquel punto y en su curso, partía en dos la superficie del Campo. Se trataba de unas letrinas ideadas y dispuestas para ser utilizadas para más de dos mil prisioneros ubicados con frecuencia en aquel punto de concentración.

Todo el que estuvo en el Campo de Miranda, recuerda aquel andamiaje colosal que formaba una estructura construida con maderos de desecho, claveteados los unos a continuación de los otros sin más objeto que alcanzar su límite final, lo bastante alejado de la baja orilla y donde en el remate y final del estrecho corredor voladizo, al que sostenía un armazón o nervadura de puntales hundidos y apoyados en el lecho del río, sostenía con perfecta seguridad aquellas letrinas. Estaban situadas en el mismo centro del río con el único objeto de que los excrementos fueran llevados río abajo, solucionando de manera un sencilla un grave problema de higiene y previniendo de posibles brotes epidémicos y enfermedades derivadas de la concentración masiva.

El Campo de Miranda de Ebro estaba compuesto, además de las dependencias administrativas, por numerosos barracones alineados y bien contruidos y en perfecto estado todavía, durante el mes de agosto del año 1938 en que el autor permaneció internado hasta ser enrolado en un Batallón de Trabajadores. En el espacio que mediaba entre los barracones quedaba la anchura de una calle cubierta, parcialmente por la sombra proyectada por el barracón contiguo y que permitía protegerse del sol, cuando la permanencia y promiscuidad en el interior del barracón se le hacían insoportables al prisionero.

El piso de los barracones era de tierra y, en ambos lados, atravesándolos longitudinalmente desde la entrada a la salida posterior, se levantaba un piso entablado de unos veinticinco centímetros de altura, con la finalidad de librar al prisionero de la humedad del pavimento. Unos recios puntales de madera a ambos lados, sostenían en toda su longitud en cada uno de los barracones, un altillo superior de las mismas dimensiones que los inferiores laterales, permitiendo doblar la capacidad del barracón con los pisos de cada uno de los lados. Estos barracones podían alojar entre los dos pasillos de maderamen inferiores y los dos superiores a unos cuatrocientos prisioneros aproximadamente, teniendo en cuenta que dormían echados sobre la madera. Los mismos puntales que sostenían el entarimado superior disponían de cuñas adosadas a los lados, que servían de peldaños para subir al altillo.

En los Campos de Concentración, la ociosidad era la norma de la vida cotidiana. Los prisioneros, a excepción de aquellos que por su oficio eran requeridos o se prestaban para realizar trabajos necesarios para la organización interna del Campo, tales como trabajos de carpintería, oficinas, servicios de desinfección, albañilería, barbería o cocina, todos los demás internados permanecían en total inactividad bien paseando o hablando en reducidos corrillos cuando no dormitando en el interior de los barracones.

En el Campo de Miranda de Ebro estuvieron también concentrados prisioneros de las Brigadas Internacionales.

Se le permitía al prisionero que se desenvolviera libremente en el interior del recinto, con tal de que no cometiera la imprudencia o temeridad de hablar mal del ejército que le había capturado o elogiar al ejército republicano al que halda pertenecido. Sin embargo, el prisionero pronto cobraba conciencia de su situación y

de la responsabilidad de sus posibles comentarios, por lo que se volvía más precavido, incluso entre sus propios compañeros de cautiverio a excepción de los de más inmediato trato, ya que con frecuencia ignoraba quién podía oír sus palabras y comprometerle por ellas.

En el Campo de Miranda de Ebro, así como en algunos otros, el prisionero solía recibir malos tratos físicos, precisamente de otros prisioneros que habían aceptado el empleo de «cabos de vara». Eran bastante numerosos en una población de internado de tan elevada cifra y se distinguían entre los que habían sido sus compañeros de armas, por sus largos blusones acampanados y con dibujo de rayadillo. Empuñaban siempre un rebenque con el que a golpes disolvían, los grupos que sorprendían y cuando no, irrumpían en los barracones golpeando a los rezagados cuando sonaba la cometa del campo tocando llamada para izar o arriar bandera. El asta de la enseña se hallaba plantado en el centro de un entarimado y, por las tardes, una vez arriada la bandera, el comandante del Campo arengaba a la multitud de prisioneros finalizando su discurso con vivas a España y al Caudillo. Luego se cantaba a coro los himnos patrióticos, dando los vítores de rigor.

Los prisioneros despreciaban a los que habían aceptado a cambio de su propia seguridad y más abundante comida servicio tan opuesto a la propia estimación como ése al que se prestaban a diario. Los prisioneros pensaban, no sin cierto fundamento y con independencia de la bandera a la que habían servido con las armas que, hombres como aquéllos, debían ser la escoria inevitable que acompaña a todos los ejércitos, la canalla de todas las legiones que fueron derrotadas, sirviendo bajo cualquier bandera sin jamás honrar a ninguna, porque la maldad y la dureza de corazón no poseen otros estandartes que los de manifestarse como la expresión de la más indigna condición humana.

El *Campo de Concentración de Miranda de Ebro*, fue un centro de recepción de prisioneros de otros campos y al mismo tiempo de distribución de los contingentes creados de Batallones de Trabajadores, que desde ese Campo eran enviados a las canteras, al levantamiento de puentes volados durante la contienda y a la construcción de vías de ferrocarriles.

Desde el momento en que un soldado del ejército republicano era hecho prisionero y se le tomaba su filiación personal, todo un complejo y laborioso mecanismo entraba en movimiento hasta conseguir que la personalidad del prisionero, tanto en su comportamiento como combatiente igual que su conducta durante su vida civil anterior al comienzo de la guerra española, quedara perfectamente definida y quizás, exenta de responsabilidades en las que podía haber incurrido, hasta que recobrase la libertad.

Fueron muchos los que por diversos motivos, como consecuencia de su conducta como combatientes de graduación o bien por su cualificación ideológica y política, no recobraron la libertad más que con la muerte o después de cumplir la pena que en la sentencia se les impuso. Aunque muchos de éstos ni siquiera llegaron a ser

encuadrados en Batallones de Trabajadores, hubo un elevado número que consiguieron pasar inadvertidos en la criba purificadora de los Campos de Concentración y durante largo tiempo creyeron quedar a salvo de toda represalia confundidos en el anonimato entre los demás. Pero, con el curso del tiempo, a medida que muchos pueblos y ciudades iban siendo ocupados por el Ejército nacional, los servicios de información en sus averiguaciones y pesquisas incansables terminaban por localizarles.

La determinación de utilizar a los prisioneros de guerra ocupándoles en trabajos que justificaran su manutención fue, entre otras varias causas, una consecuencia casi automática de la secreta defensa instintiva y primaria de la condición humana que, desde siempre, estableció semejanza entre la inactividad y la muerte. El ser humano, por característica de su propia inteligencia operante, no puede sufrir la iniciativa ajena, Al hombre le irrita y hostiliza la aparente pasividad del hombre «quieto»; la inmovilidad de todo lo que tiene vida le desazona, pues advierte en el inmovilismo algo que se le oculta, desconoce, y no queda extrovertido por el movimiento físico o corporal que es el lenguaje de la actividad. La ociosidad del hombre inoperante despierta el recelo del dinámico que presupone, «al otro», maleado, enfermo y preso por algo que le recome y deteriora. El ocioso suele ser hierático, enigmático y por tanto inquietante. Se presiente que su quietud es aparente, pues su actividad es mental y perteneciente al área de lo misterioso y sorpresivo.

El hombre sin una actividad exteriorizada, piensa, es decir, desenvuelve una clase de acción interna, de concentración acumulativa y, por tanto, de energía secreta que, de un modo u otro, será convertida finalmente en acto visible pero todavía imprevisible y que pone en alerta al observador. Este, a la vez, en tanto le observa se ve obligado a desarrollar la misma función de quietismo pero expectativo y receloso de parecida actividad interna. Aquí el quietismo tiene un efecto reflectante y mimético como el objeto ante el espejo. Rebrotan, en este instante, algo de primitivo que vuelve al observador a los principios de la humanidad cazadora y le hace otear al otro hombre como si se tratara de un animal cuyas reacciones inmediatas desconoce y que, a su juicio, entraña una peligrosidad latente. Al mismo tiempo, uno de los factores más importantes y decisivos de la existencia entra en juego desencadenando a veces consecuencias enajenantes, desde el comienzo del planeamiento del fenómeno: el miedo; causa de comportamientos alucinantes. Ese miedo conduce a los humanos a cometer los mayores desatinos y desmanes, oscureciendo y negando sus facultades superiores en ese caos de aniquilamiento al que el mismo miedo, impulsador de otros miedos, le desenfrena extendiendo epidemias psicológicas multitudinarias o de grupos minoritarios. A veces empujando al hombre a iniquidades que son ocasionadas, no por la fortaleza del propio carácter, sino por la debilidad del mismo impelido por el miedo oculto a las reacciones y represalias ocasionadas por los yerros anteriores y que, paradójicamente, todavía le endurece más en su equívoco comportamiento.

Al hombre dinámico, que es el que experimenta con mayor intensidad y profundidad el poder del miedo, le sobresalta la aparente pasividad del hombre inactivo y la razón estriba en que ignora lo que éste está pensando. El miedo a ese desconocido, le impele a obligar a ese hombre inactivo a que dé a conocer su inactividad, ya que su pensamiento es una muralla que le separa, una caja cenada que sólo puede mostrar su contenido por su propia voluntad. Entonces, para que el hombre dinámico pueda librarse de su oculto temor, obliga al otro hombre a la acción, es decir, a que desarrolle una actividad visible, pues mientras el hombre actúa, «trabaja», su pensamiento está distraído y ocupado en lo que hace. Cuando más trabaja y está atento a las manipulaciones que lleva a cabo, su pensamiento queda totalmente sujeto a los gestos físicos del trabajo que es el lenguaje de la actividad exteriorizada y controlable. Es entonces cuando el hombre, que dirige la actividad de los demás, se tranquiliza, ve a los otros entregados a realizaciones exteriores y no teme verse sorprendido, pues el hombre que piensa es siempre un desconocido que no se sabe qué arma o qué poder oculta perfeccionándolo en su silencio. Sin embargo, jamás ningún poder físico ha logrado obligar al alma a someterse más que aparentemente. Lo físico puede doblegar, por la fuerza que es propia de su naturaleza, todo lo que es materia pero lo espiritual escapa siempre entre las espesas y fuertes mallas de su poder. Sólo el alma puede persuadir a otra alma a cambiar de propósito, según su libre albedrío y voluntad para aceptar lo que se le propone o desdeñarlo, sin que exista ninguna fuerza no anímica capaz de disuadirla. Sólo el diamante puede rayar al diamante. Sólo el alma puede mover a otra alma, haciéndola copartícipe de su misma igualdad original.

Como consecuencia de lo expuesto anteriormente y en relación con los grandes contingentes de prisioneros de guerra confinados y ociosos en todos los Campos —lo mismo en la guerra de España que en todas las guerras—, la reacción de los opresores fue inmediata, destinándose a los prisioneros a actividades de reconstrucción, que al mismo tiempo los libera como seres humanos de la condición de la bestia que nada construye, ni lleva a cabo ninguna actividad creadora.

La inclusión o encuadramiento de los prisioneros de guerra en las Compañías de Trabajadores, resolvía doblemente el problema, tanto en el aprovechamiento de una estimable y productiva mano de obra, como al mismo tiempo la baratura de la misma, aportando beneficios que tendían a equilibrar las grandes pérdidas económicas ocasionadas por los tres años de guerra.

A largo plazo, el trabajo de los Batallones de Trabajadores iba a resultar ganancioso para la recuperación del país, por la gratuidad de su obligada prestación al trabajo.

3

Batallón de trabajadores n.º 69

No hay odio justo. La ira puede ser justa y a veces buena; el odio nunca, porque es emanación de un extravío emotivo o espiritual.

PAUL RUEGGER
(Al servicio de la paz)

Batallón de Trabajadores, n.º 69, 4.ª Compañía
CANTERA DE PUIGMORENO (Alcañiz), 1938

Los dos soldados habían salido de caza, cuando ya había empezado la jornada de trabajo en la cantera. Aquel día estaban libres de servicio. Con el macuto a un costado y el fusil colgado al hombro, se habían alejado poco a poco por el llano. Habían desaparecido en las estribaciones de los montes cuyas faldas iban a morir a la izquierda de los otros montes que enlazaban con la cantera.

El tiempo fue pasando. Llegó el mediodía y hubo la tregua de descanso en el trabajo para comer el rancho. Los prisioneros comieron como de costumbre, sentados al sol, diseminados por las cercanías de la cocina, y de la casita del alférez. Después, un breve descanso y nuevamente reemprendieron la tarea.

Otra vez todo el espacio se llenó del vivo y dinámico fragor de la actividad. El incesante golpeteo de las porrillas desmenuzando los pedruscos, resonaba como el picotear irritado de docenas de pájaros picamaderos. Las ruedas de las vagonetas metálicas lanzaban gritos chirriantes, corriendo por los estrechos carriles en trance de descarrilar en las curvas de las ligeras pendientes. Todo el agujero de la cantera abierto en la montaña, rebosaba de un continuo ajetreo. Cantaba el martillo rebotando sonoramente en el yunque de la fragua, mientras en el aire, pasando por entre el cañizo que la cubría del sol, se elevaba la leve humareda exhalada por los carbones encendidos y avivados al rojo por el ventilador de hélice que se accionaba con la manivela en la mesilla metálica. El humo nacía espeso de entre los carbones, volaba por encima del cañizo y luego se dispersaba en el aire.

Daba el sol en las paredes encaladas de la casita blanca del alférez y la blancura de la cal era un espejo albo en el que rebotaba la claridad solar. La casa parecía un lienzo blanco, una sábana tendida a secar en la que la ventana oscura de la habitación del oficial y la puerta de la entrada de la casita, eran como dos remiendos añadidos de color. La casita era estrecha y larga, pegada al paredón de roca. Tenía la techumbre echada sobre su cara, lo mismo que una gorra aviserada y vieja formada de tejas acanaladas, rojizas y sucias, por el polvo acumulado durante años, que las lluvias no lograban limpiar.

Las horas fueron transcurriendo. La tarde iba avanzando. Fue entonces cuando en la soledad de la llanura surgió la figura diminuta del escolta corriendo y jadeante. Llevaba su fusil colgado al hombro y otro colgado en la mano, cogido horizontalmente a la altura del guardamontes para equilibrar su peso y facilitar su carrera. De vez en cuando se detenía en su correr. Al parecer tomaba aliento, apoyándose entonces en el fusil a guisa de cayado. Se adivinaba que inclinaba la cabeza, casi sobre el puño, *con* el que agarraba el arma a la altura del punto de mira. ¿Qué ocurría? Siguió, unas veces corriendo y otras tantas deteniéndose de fatiga. Se fue acercando a la cantera.

Los prisioneros se fueron deteniendo en su tarea y todos volvían el rostro hacia aquel punto con extrañeza. El capataz frunció el ceño y, con un ademán, llamó la atención de uno de los escoltas que estaba de vigilancia. El soldado comenzó a bajar desde lo alto yendo en dirección al capataz. Cambiaron algunas palabras mirando hacia el soldado que de nuevo se había detenido. Rápidamente, ambos descendieron hasta la vía del tren y fueron hacia el encuentro del soldado. Era uno de los que por la mañana habían salido de caza. Cuando los tuvo cerca el soldado dejó caer en tierra el fusil que llevaba en la mano y abrió los brazos hacia ellos, gesticulando, diciéndoles algo que debía de ser terrible. Los dos hombres se le unieron. Se adivinaban los ademanes de asombro, y el soldado se cubría el rostro con las manos. Lloraba. Luego, el capataz recogió el fusil del suelo. El soldado que había ido a su encuentro le pasó el brazo por los hombros, abrazándolo. Intentaban consolarle. Luego, le acompañaron hacia la casita del alférez. Pasaron al pie de la cantera, por debajo del muelle de carga, al otro lado de la vía del tren. Los prisioneros habían suspendido su trabajo y miraban extrañados. El capataz, al darse cuenta, se detuvo brevemente, encarándose con su gesto a los trabajadores. Hizo un ademán enérgico para que no interrumpieran su tarea. Era un gesto de mando, pero al mismo tiempo cordial, como siempre hacía. Reemprendieron el trabajo, pero mientras trabajaban los prisioneros estaban pendientes del soldado que aquella mañana había salido de cacería con su camarada, y ahora era acompañado por el escolta y el capataz de la cantera hasta la casita del oficial. Los tres desaparecieron en el interior. Transcurrieron unos minutos de intrigante espera. Salieron. El soldado ya no llevaba ninguno de los dos fusiles. Había sido desarmado. El escolta, obedeciendo órdenes, fue corriendo en busca de otros tres soldados, que se personaron a la llamada del alférez que, en tanto, había salido a la puerta con gesto preocupado y aguardaba con los brazos en jarras. Se presentaron con las armas dispuestas, cuadrándose ante el superior. El alférez hablaba viva y enérgicamente, dando instrucciones. Los soldados guardaban postura de respeto. Después, el primer escolta, con los otros soldados y el que iba desarmado, que permanecía cabizbajo y abatido, emprendieron la marcha. Desde la cantera se les vio alejarse por el mismo camino de regreso que había recorrido el único de los dos soldados que había regresado. Se perdieron a lo lejos, hasta desaparecer.

Cuando el capataz volvió a la cantera, contó lo que había sucedido. Los dos soldados, compañeros, habían salido de caza. Uno de ellos, el que había vuelto con el arma del otro, había disparado a un arbusto, al ver que las ramas se movían. Había creído que se ocultaba una pieza y, en su impaciencia por cobrarla, al disparar, había dado muerte a su camarada que se encontraba detrás del arbusto.

Los prisioneros siguieron trabajando en silencio y cada uno sentía en su corazón pena por los dos soldados. Por el que había muerto, y también por aquel que había sufrido la horrible experiencia de dar muerte a un compañero.

La tarde desfallecía. Desde poniente se extendían sobre el llano las últimas claridades, partiendo de los montes distantes, en abierto abanico de intensas

coloraciones. Fue en aquella hora casi moribunda cuando desde la cantera vieron a lo lejos el pequeño grupo de hombres que avanzaba procedente de la lejana vaguada. Había surgido de uno de los pliegues de la tierra y quedó perfectamente visible cuando alcanzó la vía del ferrocarril, donde los carriles quedaban, en sus topes finales, cortados, sin prolongación.

Entre los trabajadores se fue corriendo la voz. Dejaban su ocupación; apoyaban la herramienta en tierra, la dejaban a un lado y, cada uno desde el sitio en que se encontraba, situado más arriba o más abajo, iba volviéndose, dando la cara al dramático grupo que se acercaba. Todo quedó detenido. Todos miraban, guardando silencio, y en los ojos se leía el dolido asombro. Los dos escoltas que estaban en la cantera de vigilancia, se echaron al hombro el «Máuser» y, empujados por su impaciencia, descendieron por la cantera, sorteando los pedruscos que encontraban a su paso. Corrieron hasta el muelle de carga, saltaron la vía y fueron a unirse al grupo que se iba acercando. Los del grupo se sentían fatigados por la larga caminata llevada a cabo desde los montes de los cuales venían.

Don Víctor, el «ingeniero», estaba esperando en la explanada que había frente a la casita blanca del alférez. Fruncía el ceño con preocupación mientras el grupo se aproximaba. Se quedó inmóvil y tenso, apretando con la mano el mango del cayado que siempre llevaba. Parecía como si la cantera se hubiese clavado poderosamente en tierra. Así permaneció unos segundos, seca y recortada su figura. De pronto, reponiéndose de su brusca impresión, giró sobre sí mismo, y se dirigió a la entrada de la casita. Se detuvo en la puerta y, sin entrar, gesticuló vivo e imperioso. Ante los gestos y voces de don Víctor, el oficial salió presuroso y se plantó a su lado, mirando hacia donde «el ingeniero» le señalaba con la punta de su bastón. Inmediatamente, el alférez se lanzó adelante con el paso decidido, pero notándose en la viveza de sus andares la impaciencia contenida del hombre por la autoridad del grado que, en ocasiones, no le permitía exteriorizar la efusión de sus emociones personales.

Ambos descendieron por la pendiente que se bifurcaba en dos ramas; una en dirección a la cocina de la compañía, y la otra que llevaba al pasillo de la vía del tren, hacia el muelle de carga. Al llegar a los carriles los cruzaron pisando los durmientes de madera calafateada sujetos con pernos a las vías. Siguieron por el otro lado dejando atrás la cabaña de chamizos donde por las noches se almacenaban las herramientas del trabajo. Ya estaban llegando al grupo que se acercaba, a su vez, a los vagones de carga.

En la cantera, todos los sonidos del trabajo se habían acallado. Las vagonetas de carga estaban detenidas. Los barrenadores, en lo alto de los riscos pétreos parecían estatuas de carne y trapos sosteniendo las verticales lanzas de sus barrenas. En la base de la cantera, los picapedreros habían inmovilizado las varas de las porrillas, en el balasto desmenuzado.

Todos los prisioneros tenían los ojos clavados en el grupo, al que ya se habían unido los dos escoltas de vigilancia, sustituyendo a otros dos, que hasta entonces se

habían turnado en la conducción y sostén de las improvisadas angarillas.

Ya se advenía cuál era el peso que llevaban. Los brazos de las angarillas eran dos de los largos fusiles rusos. Dos de los soldados portadores se habían quitado la guerrera, metiendo los cánones de las armas por las mangas de las prendas, y luego habían abotonado las guerreras. La otra prenda, colocada del mismo modo por las culatas hasta más arriba del guardamontes. Dos guerreras y cuatro brazos que por dedos tenían cañón de acero, y por uñas el punto de mira de las armas.

Dentro de la improvisada camilla de uniformes caquis, el peso inerte del soldado muerto. A cada paso, movía suavemente la cabeza, cuajado el pasmo en las pupilas vidriosas. La boca entreabierta, ya sin hálito entre los dientes. Andando, casi pegado a su rostro, iba su matador. El soldado que al disparar al arbusto removido, había herido de muerte a su propio camarada. El grito de la víctima había replicado breve y definitivo, casi al mismo tiempo que el estampido del disparo y del silbar de la bala que segara su vida. El soldado, a su lado, lloraba inconsolable como un niño, por aquel dolor irremediable que, en el futuro, ya nadie podría borrar de su memoria herida y marcada para siempre. Lloraba, olvidado de todo, menos de la muerte que ese mal día había originado su fusil. Estaba ajeno al alférez, y a los que conducían el cadáver. Lloraba mientras la cabeza del soldado muerto se balanceaba leve, de uno a otro lado. Parecía como querer decirle en su silencio que no se desconsolara, que no padeciera por su muerte y que le perdonaba, en su inocencia, por el mal que sin querer le había causado.

Poco después dejaron extendido sobre las sucias maderas del vagón de mercancías, el cadáver del infortunado soldado gallego Epigmeno Sánchez. La cabeza echada un poco hacia atrás, los párpados cerrados y la mandíbula relajada. Lívido y yerto, con las manos juntas sobre la guerrera sin correa. Mientras, en un ángulo del interior del vagón, sentado en el suelo —velándole—, la barbilla apoyada en los antebrazos cruzados sobre las rodillas recogidas y juntas, el otro soldado le miraba con los ojos llenos de lágrimas, enrojecidos por el llanto, y brillándole como dos luces moribundas en su profunda pena.

Y el soldado, al que se le agolpaban los sollozos en la garganta, se preguntaba, sin hallar respuesta, cuál era el hado misterioso, incognoscible, que decide al parecer tan caprichosamente la vida y la muerte de los seres. Y se decía, también con turbación, en las ideas que surgían en su mente, que las trincheras estaban lejos, y «la Segadora» se encontraba muy atareada en los campos de guerra, en los montes rubricados con el zigzag de las alambradas. Y, sin embargo, tenía múltiples dedos e invisibles alas que se cernían por toda España, con las que en amplios vuelos envolvía y se llevaba a quienes había elegido.

Y el soldado maldijo en su fuero interno el arma asesina. La herramienta, el instrumento de que la Muerte se había servido para conseguir el logro de su sentencia. Y, una y Otra vez, se preguntaba en vano y sin respuesta posible: ¿por qué

en vez de morir los hombres, no morían para siempre los fusiles y las armas? ¿Por qué? ¿POR QUÉ? —se repetía inútilmente.

Batallón de Trabajadores, n.º 69

SALINAS DE MEDINACELI (SORIA), 1938

Desde la destartalada casilla que ocupaban los trabajadores, junto a la carretera de Salinas de Medinaceli, la vía del ferrocarril se extendía a lo lejos entre el desfile de los altos chopos, alineados a trechos a un lado del camino de hierro. Cerca de la estación de Salinas, se agrupaban algunas casonas; la fonda, la taberna y estanco, el almacén. Al otro lado de la carretera, la mercería de las dos hermanas que los prisioneros miraban con irrealizables deseos.

Aquel invierno los árboles aparecían totalmente deshojados en el nevado paisaje, como dibujados a plumilla y tinta china. El frío era intenso y encristalaba todo cuanto tocaba con sus dedos helados e invisibles, dando a todas las cosas una triste inmovilidad bajo el cielo grisáceo.

A su hora prevista, el tren aparecía a lo lejos, oscuro y veloz, avanzando, anteponiendo y adelantando el grito bronco y prolongado de su ulular, voceando estridente su poder y fuerza con pavoroso bramido. Luego se callaba y, vertiginosamente, seguía aproximándose a la estación del pueblo. Corría, corría sin descanso, infatigable. De pronto, se ocultaba detrás de una ristra de árboles, de desnudas ramas, o de un saliente del terreno para luego reaparecer de súbito, con su correr que parecía más rápido. Seguía corriendo, deslizándose por los rieles, repitiéndose igual en cada vagón de pasajeros, en cuyas amplias ventanas de los de primera clase, el aire se había helado, y la humedad de la noche había adherido diminutos cristalitos, hasta formar un segundo cristal, superpuesto y translúcido.

En el interior de la casilla los prisioneros, tumbados en sus jergones de saco rellenos de paja, abrigándose con las mantas raídas y sucias, hablaban entre ellos en voz baja, según la costumbre adquirida. Otros se agrupaban alrededor de la fogata llameante, encendida en el interior del recinto para caldearlo. Permanecían silenciosos y pensativos mientras el fuego extendía en el aire de la casa olor a madera quemada. El humo denso y amargo llegaba hasta la boca.

De repente, ellos oían el bronco y prolongado ulular del tren. Entonces, levantaban los ojos del fuego y con la mirada parecían cogerse al bramido del convoy, cabalgando a horcajadas sobre sonoro aviso, subiendo por él como por una cucaña hasta que cesaba, y de nuevo descendían resbalando, para posar de nuevo los ojos en la realidad de las llamas y del fuego. Así hasta que pasaba de nuevo otro tren. Aquel en el que, quizás algún día, ellos regresarían a su lejana ciudad, a un pueblo remoto, donde estaba su casa. Una casa con una puerta que, al ser traspuesta, les indicaría que allí estarían a salvo y liberados del mal y del desamor del mundo.

Porque era su hogar, ese punto más recóndito y entrañable era donde se anudaban los vínculos más afectivos y sólidos de su vida.

Algunos de los prisioneros, con la manta echada sobre los hombros como una capa de romero vagabundo, se asomaban a la puerta del caserón en que habitaban y miraban hacia la vía del ferrocarril. El convoy, rodeado por la nieve circundante en el paisaje invernal, avanzaba resoplando vaporosos sus pistones, bufando su máquina poderosa e incontenible en la firme y segura carrera. Expandía en la atmósfera gris la cabellera negra de sus penachos de humo con furia, y se desataba, extendiéndolo, en una amplia y grandiosa capa negra cuyos pliegues se difuminaban en el aire. En aquella naturaleza helada, adormecida la vida por el frío invierno, el tren trepidante y magnífico parecía ser lo único que mostrara vitalidad triunfante y arrolladora sobre cuanto le rodeaba, mientras las ruedas giraban y giraban sobre los raíles lucientes como dos interminables cuchillos de acero.

Entonces llegaban los escoltas. Cada uno con el fusil colgado al hombro llamaban a voces a los trabajadores para que formaran en el exterior y después marchar al trabajo.

Los prisioneros abandonaban el jergón. Echaban mano al macuto, donde guardaban un pedazo de pan, el plato de aluminio y la cuchara y, con la manta sobre los hombros, salían del caserón formando de tres en fondo. Uno de las escoltas los contaba uno a uno. Después, el cabo daba la voz de marcha y emprendían, todos juntos, la caminata, sin prisas, con la rutina de los hombres desesperanzados. Andaban en silencio, y pateando lo mismo que caballerías resignadas a ser uncidas al carro del más fuerte, y de la vida. Eran la pobre gente de todos los siglos. El sacrificado pueblo, los ignorados sin relieve alguno en la existencia y, sin embargo, el elemento sustentador del edificio social.

Durante la caminata, las bocanadas de humo de los cigarrillos brotaban de entre la formación de hombres envueltos en sus mantas. Cargados de espaldas y que, con sus múltiples pisadas, deshacían la nieve del camino, dejando atrás una alfombra de tierra sucia y barrosa, mientras distante, en la cinta gris de la carretera de Salinas de Medinaceli, pasaba veloz, petardeando, entre la nieve de las orillas, una moto con sidecar, modelo de guerra alemán, con ocupante y conductor de figuras erguidas, por la soberbia extranjera.

Una vez en el tajo, junto a la vía del tren, los prisioneros, con picos y palas comenzaban su tarea. La tierra se había endurecido helada por la nieve, y el filo de las herramientas rebotaba en ella. De pronto, en el aire encristalado, ululaba el sonido del tren como un lejano saludo de amistad que iba anticipando su llegada. Era lo mismo que una voz humana que gritara desde el pasado de cada uno de aquellos hombres.

En los ojos de todos asomaba un brillo fugitivo e ilusionado, una extraña y diminuta luz nacida de lo más profundo de cada uno de ellos, como una leve sonrisa de esperanza y de alegría. En el corazón de aquellos hombres, cada prisionero

guardaba un pequeño tren, como recuerdo de su infancia y ahora de nuevo, en ese momento, ululaba, amistoso, reconfortante, abrigándoles con su sonido amigo, arropándoles con una limpia esperanza, y retornándoles, sin saberlo, al tren de su niñez que tenía que conducirles a mejor destino.

Instantes después cuando el tren transcurría por la vía, vertiginoso y magnífico, a un lado del camino de hierro los prisioneros inmóviles, cada uno con su pico o su pala, las mantas abandonadas en la tierra helada y cubierta de nieve, veían pasar ante sus ojos las ventanas encristaladas de los largos vagones de los coches-cama de aquel tren lleno de calor en su interior. Tan bello y parecido como aquel otro que quizás un día les devolvería de regreso al calor del hogar, de la paz, la libertad y el trabajo.

Después, como cada día, como siempre, los prisioneros volvían a su casona cercana a la carretera. Cuando estaban durmiendo, de vez en cuando, durante el curso de la noche fría, el ulular de un tren agitaba sus sueños, mientras los vagones pasaban veloces, y se alejaban con las ventanas encendidas, como múltiples ojos. Luego, el silencio y la oscuridad volvía a imperar en el paisaje de nieve y de la noche.

En una casucha, no lejos del caserón situado al pie de la carretera donde los trabajadores dormían, se había refugiado una muchacha fugitiva. Se ignoraba de dónde procedía. Iba sola. Nadie la acompañaba. Tampoco nadie supo de dónde venía ni adónde iba. Posiblemente, ni ella misma sabía adonde dirigirse. Indudablemente, era una muchacha, huida, o expulsada de su pueblo por razones derivadas de la guerra que ya había terminado, y una de cuyas secuelas era, siguiendo la ley del péndulo del país, unas veces la justicia, y en otras, el ansia envenenada de la represalia.

A veces, por la carretera desierta de Jubera aparecía un grupo de personas, formado por el padre, la madre y los hijos. Iban de camino, nadie sabía adonde, ni tampoco de qué lugar venían. Andaban despacio, en silencio, con la expresión de los ojos echada hacia atrás, mirando sin ver, sintiéndose sin conexión con los pueblos por los que pasaban. Lo único que les era, afín, en su misma indiferencia, era el paisaje. Los árboles, la tierra, el río y el camino interminable. Eran gentes expulsadas de los pueblos de que procedían, y que marchaban quizás a Cataluña, desterrados de su tierra natal. Todas sus pertenencias las llevaban consigo. Hasta el rencor callado que en su tristeza les recomía, y les hacía sentirse extraños a todo ser humano.

Una vez, en Jubera, uno de los prisioneros que había recibido una trinchera impermeable de buena calidad, pero que con el uso se había estropeado, se desprendió de ella, y se la echó sobre los hombros a una muchacha que andaba por la carretera junto a sus padres. La muchacha le miró en silencio, y con la prenda echada sobre los hombros siguió caminando junto a los suyos. No dijo ni una sola palabra. Había perdido la espontaneidad propia de sus jóvenes años. Sus ojos estaban como alejados y poblados de tristeza. A estas gentes nadie les hablaba. Estaban como malditos; eran como apestados. Se alejaron carretera adelante, con el paso cansino,

formando un grupo trashumante bajo las nubes bajas y grises y los chopos que crecían en la orilla del río.

La muchacha solitaria que se había refugiado en la casucha del campo, parecía una bestezuela acorralada y herida. Sus heridas no estaban en la carne sino en su alma. Tenía las ropas desgarradas y sucias, su pelo despeinado, y sus alpargatas estaban gastadas. Tenía, hambre. Una mañana, uno de los prisioneros difundió entre los otros la inesperada noticia. Fue de un corrillo a otro hablando animadamente, mientras los ojos le brillaban maliciosamente, comunicando su sorprendente descubrimiento.

Tres o cuatro escaparon del caserón y fueron hasta la casucha solitaria, en el descampado. Hallaron a la muchacha sentada junto al hogar apagado. Al verles entrar, les miró con huraño recelo y se acurrucó sobre si misma, adivinando al instante en los ojos de los desconocidos e inesperados visitantes, esa hambre tan distinta a la suya y a la que ya habían decidido dar satisfacción. Uno de los prisioneros fue a por leña y encendió el fuego en el hogar. La cabaña se llenó de humo durante unos instantes. Luego desapareció por la campana de la chimenea. La casucha era reducida, pero tenía un altillo al que se llegaba por una escalera de madera colocada casi verticalmente. La muchacha rehuía, sin dar respuesta, todas las preguntas que le dirigían con burda malicia y baja intención. Saltaba los ojos asustados, posándolos de una cara a la otra, y en cada una leía lo mismo, ese deseo contenido a través de las palabras que le dirigían. Parecía un animal herido por cazadores crueles que luego de ser maltratada había sido ahuyentada con inhumano menosprecio. El pelo suelto le resbalaba desordenadamente y lado a los lados de la cara, y sobre la frente. Debía de carecer hasta de un peine, así como de lo más elemental para su aseo. Tenía hambre. Las preguntas brutales le rebotaban en la cara; los ojos de los tres prisioneros se clavaban como cuchillos en los suyos. Buscaban la risa torpe. Las propuestas eran innobles, canallescas, sitiándola y solicitando de su soledad y abandono lo que jamás debían haberle pedido. La muchacha tenía hambre. Necesitaba dinero para colmarla, y proseguir el amargo camino de su destino humano en aquella ruta a la que se encontraba lanzada por causas que se ignoraban. Sin embargo, algo estaba muy claro, era la falta de piedad, y la indiferencia a su desgracia. Poco después, sucumbía a su propia miseria física. Buscó refugio y escondite, a la venta de su cuerpo humillado, en la oscura soledad del altillo. El primero de los prisioneros subió tras ella. Después los otros. La desgracia era escarnecida por los desgraciados. Carecían de luz. Ellos se lamentaban de la dureza ajena y a su vez eran duros y faltos de piedad para quien merecía ayuda, solidaridad y afecto.

Más tarde, cuando regresaron a la casona y contaron lo que habían conseguido, muchos prisioneros fueron desfilando por la cabaña, gozándose en la desventura de la muchacha fugitiva. Cada uno le entregaba cinco pesetas. Después descendía por la

escalerilla del altillo, donde la oscuridad vendaba los ojos de la tristeza de la muchacha.

A la mañana del día siguiente, cuando algunos fueron a fisgonear en la cabaña, donde la muchacha había estado, encontraron el refugio vacío. Había desaparecido.

Nadie volvió a saber de ella. Posiblemente, algún camionero la recogió en la carretera y partió hacia un destino desconocido, y con el paso de los años recibiría un trato mucho más benévolo y más humano que el que se le había dado durante la tempestad de odios desatados de guerra en la que no encontró ni solidaridad ni piedad a su infortunio.

También, aquella muchacha, debía guardar en su corazón maltratado el tren de su infancia, que los demás habían destrozado y con el que soñara, algún día, alcanzar la verdadera paz y el amor.

Batallón de Trabajadores, n.º 69

CASILLA DEL PUENTE, CERCA DE BOT (TARRAGONA), 1939

Cuando a José Arbolés le hicieron prisionero, llevaba encima las cartucheras y el fusil.

Cuando le quitaron el correaje y el arma, le quedó el uniforme y una pluma estilográfica, que dos años antes, cuando cumplió los dieciséis, le había regalado su padre. La pluma era lo que llevaba encima y, además, las cartas que su padre le había escrito y que conservaba envueltas en un trozo de tela impermeable para que no se estropearan.

La pluma y las cartas, eran las únicas cosas que Arbolés conservaba como herencia de su padre, que había fallecido durante un bombardeo en Barcelona, dos meses antes de que él cayera prisionero.

Aquella pluma era lo que Arbolés más quería. Siempre la llevaba prendida en el bolsillo de la camisa caqui, debajo de la guerrera de soldado. Siempre temía perderla. Con frecuencia, casi maquinalmente, se llevaba la mano a la altura del corazón, y tanteaba con los dedos debajo de la guerrera, comprobando que seguía en su lugar.

Antes de que le hicieran prisionero, durante las marchas de su Batallón, cuando el capitán de la Compañía mandaba hacer un alto en el camino, y los soldados tomaban asiento con su fusil entre las piernas, o dejado a un lado, pero siempre al alcance de la mano, Arbolés sacaba su pluma estilográfica, y con cuidadoso esmero limpiaba su color negro mate, quitándole el polvo recogido. Cuando un rayo de luz le arrancaba un destello y el clip de oro relumbraba límpido, Arbolés, complacido y tranquilizado, la devolvía al bolsillo de la camisa.

A veces, Arbolés, en los ocios de las trincheras, había pensado en las cosas que suelen pensar los soldados cuando se encuentran donde la vida y la muerte están tan cercanas una de la otra que sólo la línea indivisible de la trayectoria de una bala, o de

la metralla de un explosivo, puede decidir una de otra. Pensaba en la posibilidad de ser herido, e incluso en morir, alcanzado por un proyectil y caer en lo hondo de la trinchera que, a veces, parecía el fondo de una cloaca. También pensaba que podía quedar tendido para siempre en un campo descubierto, cuando la toma de una posición enemiga, en un ataque, o en una retirada. Entonces, a Arboles se le ocurría pensar qué sería de su pluma estilográfica y de las cartas de su padre que siempre llevaba envueltas sobre el pecho, debajo de la camisa.

Se decía que la carne de su cuerpo abandonado se fundiría al sol, y al sereno de las noches. Sus huesos quedarían deslabazados, y en la jaula de sus costillas estaría la pluma como un pájaro junto a las cartas envueltas en tela impermeable. Sus costillas se parecerían a los costillajes de los barcos desmembrados, perdidos en una desconocida playa, a la que los vientos hubieran roto sus velámenes. Sus huesos cobrarían tonalidades de marfil viejo, con colgajos de camisa caqui, lo mismo que si fuesen el velamen de otro barco que, en su navegar, hubiese zozobrado demasiado pronto.

El padre de Arbolés había sido mecánico ajustador. En su pequeña biblioteca hogareña, al final de cada libro de los pocos que poseía, tenía la costumbre de dibujar, como *ex libris*, un corpulento árbol de frondosa copa.

José, su hijo, siguiendo su ejemplo, también en sus libros dibujaba el mismo árbol y, luego, al lado del primero dibujaba otro que correspondía a un árbol que, por ser más joven, era más pequeño. Así, en sus libros figuraban siempre dos árboles, correspondiendo, simbólicamente, al apellido que llevaba. El árbol grande significando la presencia del padre y el otro más pequeño, a su lado, el hijo. Su padre le había dicho, en cierta ocasión, que cada hombre es un árbol que despliega durante su existencia un ciclo vital, que se inicia cuando se planta y termina cuando muere. Entre el principio y su fin, está comprendida toda la historia de un hombre, siempre importante, por modesta que sea su condición. Por pequeño que sea el árbol, tanto más valioso cuanto más sea el fruto y la calidad del mismo ofrecido a sus semejantes.

4

Los avales, testimonios de prisioneros

Nada me parece, en efecto, tan frívolo y tan necio como esas gentes que lejos del combate adoptan posturas guerreras. Me repugnan los cuadros plásticos.

ORTEGA Y GASSET

Durante la contienda, en todas las Cajas de Reclutas de la España Nacional se exponían públicamente las listas de soldados republicanos hechos prisioneros en las diversas operaciones y batallas. Esto tenía el doble objeto de facilitar no sólo la identificación de alguno, para denunciarle como responsable de algún delito de sangre, rebelión armada, incendiario o de clasificación ideológica ácrata o marxista, sino también para que alguien pudiera ofrecerse como avalador, si entre los muchos nombres expuestos en las listas se reconocía la identidad de personas adictas a la España del general Franco, facilitándole no sólo la libertad, sino también, la oportunidad de enrolarse como combatiente en el ejército nacional.

El objeto, por tanto, de la exposición de tales listas de prisioneros, era doble en su propósito, ya que desde los comienzos de la guerra española se procedió a una severa e implacable discriminación de las poblaciones en el mismo seno de los dos ejércitos en pugna, catalogando a unos como adictos y a otros que, por su ideología, comportamiento o neutralidad eran calificados como desafectos, vocablo que, en algunas ocasiones, enmascaraba la más peligrosa identificación de enemigo.

Cuando en la retaguardia nacional se procedía a la clasificación de los contingentes de prisioneros recién capturados, eran muy escasos entre éstos, aquellos que continuaban ostentando los distintivos de su graduación como oficiales del ejército republicano y muchos menos los que, procedentes del Comisariado de Guerra, conservaban el arriesgado emblema del comisario político, cuya identificación, a veces, era equivalente a la pena de muerte, ya que se consideraba como muy grave la responsabilidad de haber aceptado el compromiso que tal graduación entrañaba.

Al ser capturados, gran número de oficiales y hasta de comisarios ya se habían desprendido de los distintivos de su graduación y, a no ser por el pantalón largo, que los diferenciaba del que vestían los soldados, no era posible reconocerlos. Siempre infundían sospechas a sus apresores, cuantos conservaban sus cintos de hebilla dorada como indicio, en algunos casos inequívoco, de ser un oficial republicano. Los soldados prisioneros siempre guardaban un discreto silencio si entre ellos se encontraba algún oficial o comisario político. Las delaciones fueron bastante escasas y el callar no fue, en todas las ocasiones, por complicidad o simpatía con los jefes, sino por propia estimación y hombría, cualidad común en los dos bandos en guerra.

En los Campos de Concentración donde se disponía de las listas de filiación de cada nuevo contingente de prisioneros, llegado a tales campos de recepción, se procedía a la depuración cualitativa de prisioneros, seleccionándose entre ellos a aquellos sobre los que recaían responsabilidades según los antecedentes ya existentes por las informaciones recibidas antes de su captura.

Cuando después se formaban los Batallones de Trabajadores, la depuración se había efectuado en gran parte y todos los que eran destinados a las Compañías de Trabajadores, es que habían salido bien librados de esa criba preliminar, sin otros

contratiempos que las incomodidades y sinsabores característicos de los campos de concentración.

Sin embargo, la depuración proseguía su curso, incluso durante la permanencia en los Batallones Disciplinarios de Trabajo. Los trabajadores enrolados en ellos, seguían sujetos a las consecuencias de una posible denuncia, siempre que se consideraban con motivos para temerla. De los distintos pueblos y ciudades, tomadas por las tropas nacionales, llegaban informaciones que eran remitidas a la Delegación de Campos de Concentración y desde esta al Batallón al que el denunciado pertenecía.

Cuando el prisionero no aportaba avales que le identificaran, extendidos por personas que le calificaran como adicto al Movimiento Nacional, entonces los informes sobre dicho prisionero eran solicitados por el comandante del Batallón de Trabajadores al pueblo o localidad a la que pertenecía el prisionero. Los informes eran solicitados al alcalde que era, a la vez, el jefe local de la F. E. T. y de las J. O. N. S., al comandante del puesto de la Guardia Civil, y también al cura párroco de la misma localidad. Estos tres informes iban incluidos en uno solo. Sin embargo, también se requería, para mayor amplitud e independencia de cada uno de los consultados, otro informe individual, aparte de los informadores anteriormente citados.

Una vez recibida la documentación, se procedía a archivar, con el primer informe, los otros tres individuales sobre la personalidad, ideología y comportamiento del prisionero durante su permanencia en la localidad, con antecedentes que podían datar desde mucho antes de haber sido combatiente en el ejército republicano.

Las responsabilidades en las que podía haber incurrido el prisionero a cuya depuración se procedía eran las siguientes: *delitos de sangre, incendiario, saqueador, rebelión armada* (asaltos a cuarteles de fuerzas del ejército, casas cuarteles de la Guardia Civil, asalto armado a conventos, iglesias o casas religiosas).

Toda la documentación era reunida mediante la colaboración de agentes de información adictos al Movimiento Nacional que, con frecuencia, ansiosos de que sus servicios fuesen sobrestimados, conseguían hasta la perfecta y total identificación del prisionero.

Con un certificado adjunto de la veracidad de los informes, extendido por la Guardia Civil, eran enviados a la correspondiente Delegación, de Campos de Concentración, junto a los otros que se habían recibido y se tenían archivados en el Batallón de Trabajadores.

Cuando la información incluía alguna responsabilidad entre las anteriormente citadas como penadas o se indicaba que había cometido un delito de sangre, el prisionero era conducido por un sargento del Batallón o de la Compañía de Trabajadores a que pertenecía, a la presencia de la Guardia Civil, en donde un sargento, después de la lectura de los informes, interrogaba al detenido inquiriendo si tenía algo que alegar para refutar los cargos que se le imputaban, le daba opción a negarlo y, por tanto, oportunidad para demostrar con sus negativas su defensa e

inocencia. Si, por el contrario ratificaba su conformidad a las acusaciones de que se le hacía objeto, el sargento de la Guardia Civil abría el correspondiente expediente que, una vez redactado, daba a leer al prisionero por sí tenía algo que alegar. Ante su conformidad, firmaba éste el documento, así como también el sargento del ejército bajo cuya responsabilidad había corrido la conducción del detenido. Seguidamente la documentación adjuntada al expediente pasaba a la Auditoría y el prisionero ingresaba en prisión donde, llegado su momento, era sometido al Consejo de Guerra que había de juzgarle según la gravedad de los delitos de que se le hacía responsable y de los que, con su firma, se reconocía autor y culpable, aplicándosele, en consecuencia, la pena que según las leyes le correspondía.

De la incesante actividad realizada por la Inspección de Prisiones y Campos de Concentración dará una idea que solamente en los Batallones de Trabajadores procedentes de los que se encontraban reclusos en Campos, fueron destinados con mucha anterioridad al derrumbamiento del ejército de la República más de 75 000 combatientes, cifra que fue en aumento progresivo hasta el final de la contienda, llegando hasta los 700 000 cuando por cumplimiento de la Ley de Responsabilidades Políticas, dictada por el Generalísimo Franco, la Justicia Militar llevó a cabo una labor de criba en toda la España que hasta entonces había pertenecido bajo el poder de la República.

La tarea de clasificación, depuración y en muchas ocasiones procesamiento, llevó consigo una ansiosa y ardua tarea en la que participó media España de aquellos años trágicos, como atacada de una epidemia psicológica y mimética de influencia hitleriana, a la persecución del bando opuesto y vencido que había participado en la lucha en los frentes o colaborado en las retaguardias.

Por tales motivos se desencadenó, unas veces con fundamento y otras con implacable desproporción, una oleada de denuncias, delaciones, informaciones a veces amañadas o falsas y, en consecuencia, detenciones, prisión y condena de millares de españoles.

El resultado de esos tres apasionados y crueles años de guerra fueron las secuelas de odios y resentimientos animando a muchos a la venganza, fruto inherente de todas las guerras civiles.

Ramón Tamames, en su obra correspondiente al VII tomo de la *Historia de España Alfaguara*, titulado *La República. La Era de Franco* (Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973), págs. 353 y 355, sintetiza lo antecedente:

Por otro lado, no se puede olvidar otra secuela de la guerra casi tan importante como la de la muerte: los presos de guerra, lo que en los fríos términos de la estadística se llama «población recluta».

Si estimamos que del casi millón de bajas —por muerte y emigración— el 80 % fueron republicanos (unas 800 000) y de la población recluso, (que teniendo en cuenta el giro puede estimarse, afectó por lo menos a 300 000 hombres) el 100 %,

eran antiguos republicanos, resulta que fueron 1 200 000 los españoles que por apoyar a la República sufrieron en su carne los efectos de la guerra. Lo que puede estimarse que afectó directamente por lo menos a 800 000 familias, es decir a casi el 13 % de las familias españolas (cifrables en unos 6 millones en 1939) e indirectamente a un porcentaje todavía más elevado. Una huella como ésta, que además tiende a transmitirse de padres a hijos, había de tener secuelas sociales difícilmente exagerables en la larga posguerra española.

Pero más que estas cifras que simplemente comparan 1933 con 1939 o 1940, lo importante es destacar globalmente que a partir de 1939 la economía española entró en una larga fase de regresión-estancamiento en todos los órdenes. Hasta 1931 no se empezó a salir de esta situación, y sólo hacia 1959 España pudo desprenderse definitivamente de las últimas secuelas de la posguerra.

Por su parte, el periodista norteamericano H. E. Knoblauch, corresponsal de guerra y expulsado de la zona republicana por sus simpatías hacia la España nacional, refiere en su libro *Corresponsal en España* (Fermín Uriarte, Editor, Madrid, 1967), su entrevista con Indalecio Prieto, celebrada en el «Hotel Inglés» de Valencia, durante la que Prieto expuso, en los siguientes términos, su opinión respecto a la herencia que iba a legar la guerra:

Esta no es como una guerra cualquiera, en la que caben compensaciones o adquisiciones territoriales. El que gane esta guerra sólo heredará un montón de ruinas, además de la responsabilidad de salvar a una nación en bancarrota. España tardará por lo menos veinticinco años en volver a su estado normal. (Pág. 241).

Durante la guerra, en la España nacional se procedió a llamar a todos los oficiales que estaban en situación de reserva, a los que se destinó en muchos casos, por su edad, como oficiales de Orden Público, al mando de Batallones y Compañías de Trabajadores.

He aquí cómo expone a continuación su testimonio don Fernando Estrada, en aquel entonces alférez comandante de la 4.^a Cía. del Batallón de Trabajadores n.º 69, destacado en Bot (Tarragona), al cual el autor pertenecía como prisionero:

Testimonio del alférez don Fernando Estrada.

«Ignoro quiénes dirigían la organización general de todos los Batallones de Trabajadores. No lo recuerdo. Es más, creo que jamás lo supe. Yo no pertenecía, de hecho, a tales unidades disciplinarias. Los oficiales de Orden Público fueron los que estaban especialmente capacitados para ser encuadrados en dichas unidades, reclutados entre los oficiales de mayor edad, siendo instruidos en unos cursillos especiales desarrollados en Pamplona.

»Los oficiales provisionales de guerra fueron acoplados a estas unidades sin la menor prevención, cuando al finalizar la campaña se procedió al licenciamiento de unidades armadas y, en consecuencia, hubo un notable sobrante de oficiales, a la vez que el término de la contienda trajo la multiplicación de los Batallones de Trabajadores por resultar el número de prisioneros muy superior al previsto. Por ello, muchos de los oficiales provisionales fueron destinados a las Compañías de Trabajadores integradas por prisioneros de guerra. Nos limitábamos a cumplir el reglamento militar puesto que, esencialmente, desconocíamos las normas especiales de los Batallones de Trabajadores. Únicamente tratábamos de mantener ciertas diferencias entre la fuerza armada de escolta y los prisioneros, ya que no considerábamos lógico que se estableciera un trato de igualdad absoluta porque iba en contra del principio de autoridad. Me refiero, por lo que a mi propia experiencia atañe, a cuanto hice y vi, pues no considero ni aun actualmente, que en aquel entonces los prisioneros se sintieran vejados en ningún caso, cuando menos durante el período de la posguerra. En cuanto al régimen en el que la Compañía se desenvolvía durante su estancia en Jubera (Soria), que no creo que hayas olvidado, la Compañía de Trabajadores formaba a las ocho de la mañana para integrarse al trabajo. Los sargentos distribuían el personal en los diferentes puntos de trabajo, cuya tarea consistía en abrir y despejar la base y explanación, en la que debía construirse la doble vía Barcelona-Madrid. Aunque no puedo precisarlo con total exactitud después de tantos años transcurridos, me parece recordar que los trabajadores devengaban 1,50 pesetas por individuo en concepto de manutención y 0,25 pesetas en concepto de “sobras” para atender las necesidades de aseo, correo y demás gastos personales. La Compañía de Ferrocarriles, beneficiaría de los trabajos, me hacía un donativo diario equivalente a 1,50 por cada trabajador registrado en el “tajo”, excluyendo a los escoltas que montaban servicio de vigilancia durante el trabajo de los prisioneros, los escribientes, la plana mayor, así como también a los enfermos. Esta cantidad diaria se destinaba a mejoras de rancho, suministro de “abarcas”, pues el calzado del ejército se había estropeado y era difícil de adquirir de las intendencias militares y al mismo tiempo resultaba incómodo para el trabajo. Cuando el frío era muy intenso, por las mañanas, antes de marchar al trabajo, se distribuía una ración de coñac después del café del desayuno. Habíamos llegado a un acuerdo amistoso con los capataces de la Compañía de Ferrocarriles, respecto a las horas de trabajo de cada jornada. El horario, considerado como normal, suponía acudir al “tajo” por la mañana así como por la tarde, después del intervalo de tiempo destinado a la comida. Se hacían ocho horas diarias de trabajo, pero los trabajadores no rendían lo calculado porque sólo estaban obligados a permanecer activos y carecían del estímulo necesario realizando su labor maquinalmente, activándose sólo a las exigencias del capataz que representaba los intereses de la Compañía ferroviaria y les apremiaba. Cuando estaban libres de la observación del capataz, volvían a hacerse los remolones, totalmente indiferentes al rendimiento de su trabajo. Para evitarlo decidimos, de

mutuo acuerdo con los capataces, establecer un horario discrecional dentro de los límites de una tarea señalada de antemano desde el comienzo de la jornada de trabajo. A cada trabajador o pareja compuesta de pico y pala o grupo formado por varias parejas, se le señalaba una tarea a llevar a cabo, con la condición de que a su realización, habría terminado el trabajo del día. Los metros de tarea señalados a diario, se fijaron con cierta benevolencia y consideración hacia los trabajadores por los sargentos de la Compañía y con bastantes exigencias por parte de los capataces de los ferrocarriles en cuya Compañía prestaban servicio. El resultado fue aceptable para ambas partes. Con el nuevo sistema de trabajo a destajo, los trabajadores de la Compañía que, en su mayoría eran vascos y santanderinos pero también con participación de numerosos catalanes, trabajaban con más rendimiento, de modo que al mediodía, en muchas ocasiones, habían terminado con la tarea aceptada a destajo. El resto del día les quedaba libre, podían dedicarlo a lavar su ropa en el río, a escribir a los familiares o amigos o en lo que en sus posibilidades les apetecía. En mi opinión, la Compañía de Trabajadores destacada en aquella ocasión en Jubera, formaba una gran familia y todos nos comportábamos bastante bien. No se dio en ocasión alguna la más insignificante discrepancia. Personalmente, jamás estimé a un trabajador como prisionero de guerra en el estricto sentido de esta denominación. Desde mi punto de vista, los trabajadores se encontraban allí cumpliendo un servicio obligados por las circunstancias. Por mi parte, yo les mandaba porque también las circunstancias me habían dado una estrella y el mando de la unidad; pero era consciente de que aquella situación era transitoria y pensaba que bien pronto, por lo que a mí se refería, no tardaría en reemprender la vida civil, ya que la guerra había terminado y que por su parte los trabajadores también serían licenciados en su momento ya que la paz era un hecho y, poco a poco, la guerra sólo sería un recuerdo para todos los españoles.

»Por otra parte y si no fui movilizado fue porque a causa de mi edad no había cumplido todavía los 18 años. Me evadí de la zona republicana transponiendo la frontera francesa pero, de no haberme sido posible, lo habría intentado por el frente de combate pero en tal caso se me habría podido clasificar como prisionero en vez de “pasado” como así se llamaban a los que abandonaban las filas republicanas para pasar a las de los nacionales. Me consta, por directa experiencia, que muchos de los que fueron considerados como “pasados” eran realmente prisioneros de guerra. Sin embargo, la benevolencia de los soldados nacionales que los habían apresado, les facilitaba tal ventaja para que se librasen de los Campos de Concentración y de los Batallones de Trabajadores. Pero en otras ocasiones, un “pasado” podía ser considerado como prisionero por la suspicacia de quienes le recibían en sus líneas».

Contrasentidos como los que indica en su testimonio el que fue alférez provisional, don Fernando Estrada, Jefe de la 4.^a Compañía del Batallón n.º 69 de Trabajadores, se dieron con frecuencia como en el caso de Manuel Isasa, natural de Garrut (Aragón), que por sus curiosas circunstancias narramos aquí:

«Manuel Isasa fue hecho prisionero por las tropas republicanas en la batalla de Belchite y trasladado con otros cautivos al Castillo de Montjuic, en Barcelona, considerado como Campo de Trabajo republicano n.º 1, cuyo jefe había sido el comunista Astorga quien murió asesinado en uno de los Campos de Concentración franceses al ser reconocido por unos trotskistas según unos, y en opinión de otros por miembros del Movimiento Libertario que habían sido encarcelados en el famoso castillo barcelonés, al iniciarse la persecución de anarquistas y “poumistas” después de los hechos de mayo del año 1937.

»Astorga, según informes recogidos, fue arrojado vivo dentro de un hoyo en la misma arena de la playa, ya abierto con tal objeto y luego sepultado a viva fuerza en la misma arena.

»El prisionero Manuel Isasa fue trasladado del Castillo de Montjuic a otro Campo de Trabajo destinado, lo mismo que los demás corrigendos, a la construcción de carreteras por Cadaqués, Rosas y Port de la Selva. Le fue ofrecida como a otros muchos la libertad a condición de que se alistara en el ejército republicano, a lo que mostró su conformidad pasando, en adelante, a ser soldado de la República como antes lo había sido del ejército nacional. Fue destinado a la 55 División, 172 Brigada, 702 Batallón, Base B.º CC. N.º 16. El soldado Manuel Isasa cayó de nuevo prisionero pero en esta ocasión por las tropas del ejército nacional al que ya anteriormente había pertenecido como combatiente. Fue hecho prisionero en Tremp, en la posición conocida con el nombre de “La Campanera” (Campanilla). Pasó treinta y seis meses en prisión, juzgado en Consejo de Guerra y condenado a 16 años de cárcel».

Reanudando el testimonio del alférez don Fernando Estrada, éste prosigue:

«Cuando pisé tierra extranjera a mi huida de la España republicana, fui avalado por una familia francesa amiga de mis padres. Eran la familia Mainadier y habían residido en Barcelona desempeñando uno de sus miembros, un importante cargo en la casa de neumáticos “Michelin”. Dichos señores, residentes por aquel entonces en Carcassone, me acompañaron a una verdulería. En la trastienda, en una pequeña habitación y en una de sus paredes estaba extendido un mapa de España de grandes proporciones. En aquella habitación fui interrogado amistosamente por un grupo de jóvenes, entre quienes recuerdo a Romagosa. Me preguntaron especialmente interesados respecto a personas adictas al Alzamiento y de merecida confianza que pudieran en Barcelona ser de utilidad a la causa nacionalista. Se me aconsejó que me presentara al cónsul extraoficial que el Gobierno del general Franco tenía en aquel entonces en Marsella, y además que, mientras tanto, me hospedara en el “Hotel Corona” que se encontraba en la rue Feuillants, casi inmediato a la Canabiere marsellesa. Fue en el “Hotel Corona” donde conocí a Carlos Sentís y también a otros jóvenes de su misma edad que aparentemente disfrutaban de la “dolce vita”. Se mostraban irónicos conmigo, porque había manifestado que estaba aguardando la

orden del cónsul para trasladarme a la frontera española de Irún. En realidad, ellos cumplían con su misión, que consistía, respecto a la relación que mantenían conmigo, en averiguar mis verdaderos propósitos procurando con su actuación evitar que espías enemigos entraran impunemente en la zona de la España nacional. Al relacionarse conmigo realizaban un servicio de depuración aunque yo lo ignoraba. Todavía conservo una fotografía de aquellos lejanos años de nuestra guerra en la que, curiosamente, aparece en la misma, detrás de mí, el cónsul ruso en Marsella. En cierta ocasión, Carlos Sentís —parece que todavía le estoy viendo—, muy atildado siempre en el vestir, la gabardina doblada en el brazo, me invitó al cine. Durante la conversación me hizo muchas preguntas y finalmente, me aconsejó que embarcase para América, con objeto de librarme de los sinsabores de la guerra que me esperaban en la zona nacional. El motivo de tales insinuaciones no era otro que el de poner a prueba la sinceridad de mis propósitos y la determinación de mi carácter. Debo confesar sinceramente que, por aquel entonces, no sospechaba las actividades a que se entregaba aquel grupo de jóvenes a los que yo juzgaba, en su aparente frivolidad, que se limitaban a vivir alegre y despreocupadamente, olvidándose de la guerra de España y esperando a que la contienda terminara para regresar a la Patria, sin haber sufrido daños ni peligros. Mucho más tarde comprendí que estaba equivocado respecto a todos ellos, ya que aquel grupo de jóvenes a los que creía superficiales en su alegre exilio voluntario del drama que vivía nuestra Patria, estaba expuesto a constantes peligros pues Marsella, durante aquellos años terribles, era un importante foco de espionaje y contraespionaje, en cuyo ámbito la vida de los que en tales servicios intervenían estaba en constante juego.

»Un año más tarde, cuando la Batalla del Ebro, estuve de paso un par de veces por la ciudad de Zaragoza. En una de aquellas ocasiones estando en el “Salduba” tomando una cerveza, me encontré de nuevo con Carlos Sentís. No esperaba tan sorprendente encuentro en la zona nacional cuando yo lo imaginaba en el extranjero viviendo tranquilamente. Carlos Sentís vestía uniforme de cuero en su calidad de enlace motorista del Cuartel General. No pude por menos que manifestarle mi extrañeza de encontrarle allí a él, al señorito de Marsella. “—¿No sabes cuál era mi misión allí?” —me preguntó no menos sorprendido. Y seguidamente me lo aclaró todo. Supe entonces que Carlos Sentís también, con posterioridad a Marsella, había estado en Londres prestando diferentes servicios, hasta que finalmente tuvo que ser repatriado por haberse hecho demasiado conocidas sus actividades.

»Pero volvamos al tema de los Batallones de Trabajadores en la España nacional.

»No abrigo la menor duda de que en sus comienzos, los prisioneros lo pasaron bastante mal. Por lo que a mi experiencia se refiere, recuerdo perfectamente que, a poco de finalizada la guerra, estuve de guarnición en Bilbao, durante el mes de mayo de 1939. Tuve que hacer guardia en el exterior de un edificio habilitado como cárcel. Me parece que se llamaba Anigaga. Lo que presencié no me gustó. No tengo inconveniente alguno en reconocerlo. Los presos eran políticos, no prisioneros de

guerra. Debido al poco espacio y a lo numerosos que eran los confinados, dormían en el suelo. Al hacerme cargo de la guardia, mi deber era efectuar el recuento de los mismos. Por ser tantos, resultaba angustioso moverse entre ellos, lo que tenía que hacer con gran cuidado para no pisar a los que dormían casi hacinados, tendidos en el pavimento. Era inhumano. En tan lamentables condiciones y estado se hallaban sumidas gentes de relieve: ingenieros, abogados y otras profesiones no menos distinguidas intelectualmente. Imagino, sin embargo, no sin fundamento, que en la zona republicana, como ha sido demostrado, el trato no fue mejor en modo alguno. No escasea la gente sin corazón para la que la guerra es ocasión propicia para dar satisfacción a la crueldad de sus instintos y desahogo de sus bajas pasiones. No disculpo a nadie. Aquel que no tiene bondad de corazón es malo en cualquier ambiente donde halle oportunidad de exteriorizar sus inclinaciones, con independencia del punto geográfico en que se le sitúe.

»Terminada la guerra hice mi presentación reglamentaria ante el general Orgaz, en Barcelona, Capitán General de la Región. Había solicitado la disponibilidad forzosa, con el propósito de seguir mis interrumpidos estudios de Derecho. El entonces Capitán General de la Región se negó en redondo a mi solicitud, alegando: “Lo siento. No puede ser. Necesito oficiales que hayan hecho la guerra. Hay que relevar a un jefe al que quiero procesar. Voy a meterlo en el Castillo (Montjuic). Poseo referencias fidedignas y, por tanto, merecedoras de crédito, de que las gentes bajo su mando viven en muy malas condiciones y son peor administradas (se refería a los trabajadores del Batallón al que pensaba enviarme y resultó ser el número 69). Usted va a sustituir a ese jefe”.

»Así fue como se me destinó al mando de la Compañía destacada en Bot (Tarragona), perteneciente al Batallón de Trabajadores n.º 69. La información que se había anteriormente facilitado al general Orgaz, respecto a la conducta del jefe al que yo había relevado era cierta y así tuve que comunicarlo al hacerme cargo de la Compañía de Trabajadores con todas las responsabilidades que el mando de la misma conllevaba. Los prisioneros de dicha compañía estaban muy mal alimentados y peor vestidos. Se cubrían con harapos. Mi primera resolución fue dar cuenta de aquel intolerable estado de cosas al general Orgaz, así como también a las subinspecciones de Barcelona y Zaragoza, pues todavía no sabía, concretamente, a cuál de las dos pertenecía aquella unidad. El resultado de mis gestiones fue que, antes de transcurrido un mes, recibí abundante equipo procedente de Zaragoza y lo mismo de Barcelona. Los frutos de mis iniciales gestiones para mejorar la situación de la Compañía de que me había hecho cargo, no podían ser más alentadores. Sin embargo, el problema de la alimentación de los prisioneros, por la escasez de víveres, era difícil. Las intendencias se encontraban muy lejos y, además, en plan de disolución puesto que la guerra llevaba tiempo terminada. Conseguí remediar tan precario como lamentable estado de cosas, utilizando los camiones pertenecientes al Batallón para

efectuar el suministro y transporte de patatas y judías compradas en los pueblos de los entornos.

»Al ser disuelto el Batallón de Trabajadores n.º 69 de Jubera, en el mes de junio del año 1940, fui destinado a otro en Oyarzún. Se encontraba, entre otros, en este Batallón, como prisionero Elósegui, el de las boinas de Tolosa, persona de esmerada educación y correctísimo trato. Aunque estaba obligado al trabajo diario de pico y pala, Elósegui mantuvo en toda ocasión su personal dignidad, como le correspondía. El trato que los prisioneros recibían en Oyarzún era muy humano. Los familiares de los cautivos vivían alojados en el pueblo, tolerándoseles generosamente que, en ocasiones, los prisioneros merendasen conjuntamente con sus esposas e hijos por aquellos caseríos desperdigados tan próximos a la frontera. No surgieron problemas de ninguna clase derivados de aquellas liberalidades con ellos. Comía mucho mejor la tropa que la oficialidad. De mi permanencia en aquel Batallón recuerdo especialmente a los alféreces Andueza, natural de Burgos, cuñado del naviero de la P. I. S. B. E. así como también al alférez Santodomingo, excelente persona. El padre de este último, era capitán, de uno de los barcos bacaladeros de la empresa antes citada. De Oyarzún se me destinó a otro Batallón con otros oficiales del anterior, situado en Segangan, cerca de Melilla, donde el alférez. Santodomingo tuvo que ser hospitalizado, víctima del tifus exantemático. El campamento del Batallón estaba en el despoblado, el agua escaseaba y era facilitada por mediación de aljibes que llegaban a Nador o a la misma Melilla. Medio Batallón de Trabajadores tuvo que ser hospitalizado y fueron bastantes los que fallecieron. El pan, en el campamento, era insuficiente y adquiríamos el que vendían los moros; unos panes planos, mal cocidos que por lo que se decía hacían fermentar con estiércol. Desde el campamento de Segangan logré mi traslado a Cherta (Tarragona) y, por fin, a Barcelona. Debo precisar que en los dos últimos Batallones de Trabajadores en los que presté servicio como oficial, ya no se apreciaba diferencia alguna entre los prisioneros y los soldados de infantería. El trato se había suavizado, debido a que la guerra llevaba ya mucho tiempo terminada y las pasiones se iban apaciguando ya que había llegado la paz».

En relación con la captura y tratos dados a los prisioneros de guerra, durante la contienda española, Jaime del Burgo refiere en *Conspiración y Guerra Civil*, (Ediciones Alfaguara, 1970, Madrid), págs. 912-913, los siguientes hechos reales:

... Un día fui llamado por el coronel don Juan Bautista Sánchez para recriminarme por qué no los entregaba (los prisioneros), cosa que todas las unidades se apresuraban a hacer, pues siempre era un dato favorable a su actuación. «No creerá, mi coronel, que los fusilamos». «No, ya lo sé. Pero hace algo muy peligroso. Se los queda». «Mi coronel, me los quedo para luchar a nuestro lado. Hasta ahora todos son buenas personas. Además, la gente de mi Tercio suele conocerlos o tener referencias. ¿No ve usted que son del país?». «Bueno, usted sabrá lo que hace —

resolvió en última instancia—. Pero tenga cuidado». «No se preocupe, mi coronel». Y efectivamente, no me preocupé. Aquella buena gente demostraba con su conducta que si luchaba al otro lado, bien podían haberlo hecho en el nuestro desde el primer día, si alguien les hubiese conducido con más sagacidad y sensatez. A uno de estos prisioneros puede decirse que le debo la vida. Y lo mismo cabe afirmar de la población civil. Al principio nos recibían con cierto temor. Luego se deshacían en manifestaciones de alegría y contento. Y, muchas veces, el capellán de la 1.ª Compañía, que solía colocarse en cabeza, recibía los abrazos de las muchachas con gran indignación por nuestra parte.

A las tres y media de aquel 17 de junio fue atacada de nuevo nuestra posición aunque más débilmente. El combate duró media hora, pero a las siete de la tarde recibimos orden de asaltar nosotros la emisora y las trincheras que quedaban aún en manos de los milicianos. El terreno delante de nuestra posición estaba sembrado de granadas de mano sin explotar, consecuencia de los combates. Eran tanto del enemigo como nuestras, y al saltar el primer pelotón hubo varias bajas producidas por las explosiones al ser pisadas las bombas.

Poco después, una bala explosiva me alcanzó. Caí bajo un arbusto cuando tocábamos ya el objetivo. Tumbado en el suelo veía cómo las ráfagas de ametralladora iban segando las ramas del arbusto encima de mi cabeza. Calculé que de allí no sería fácil sacarme sin grave riesgo. Y entonces noté que me tiraban de las piernas. Era un tal Picó, que habíamos hecho prisionero en Santa Marina, quien arrastrándose, llegó hasta donde yo estaba y logró ponerme a cubierto detrás de unas rocas.

El sargento Jaime Bilbao creyó que me habían matado y le dio un síncope. Tuvieron que llevarlo a mi presencia para que se recobrara. Le agradezco aquella devoción. Como le agradezco a aquel Picó, del que nunca supe más, que me hubiera tirado de las botas para ponerme al abrigo de las balas.

José María Iribarren, en su libro *Con el general Mola* (Secretario del general), editado por Librería General, Zaragoza, 1937, relata en las págs. 376-378, 380-381:

Por cuatro veces se había operado en vano para la toma de Navafría. La última vez había sido el día 5 de septiembre llegando las tropas nacionales hasta pocos metros de las trincheras, protegidas por la metralla de la artillería que había abierto boquetes en la resistencia republicana en aquellas posiciones. Pero las tropas nacionales fueron recibidas con nutrido y mortífero fuego de ametralladoras. La toma del puerto de Navafría parecía imposible por sus condiciones de fortificaciones y su defensa por 1300 hombres. El general Mola, el día 19 había observado el puerto. El enemigo que defendía Navafría estaba compuesto, además de por los 1300 hombres antes citados, por fortificaciones subterráneas formando un complicado dedalo inexpugnable. Las faldas del espeso pinar estaban agujereadas por blocaos,

que se enlardaban entre sí, además protegidos con alambradas. Era como un pueblo subterráneo en el que los bombardeos artilleros y los de aviación, eran ineficaces. La artillería nacional tuvo que disparar a cero, para conseguir destruir algunas de aquellas casamatas y tomarlas después de que sus defensores habían perecido entre sus escombros. Las tropas en su asalto hallaron en el laberinto de cemento un valioso botín de tabaco, grandes cantidades de galletas, leche y provisiones de toda clase. Medicamentos y documentación diversa, así como instrucciones escritas sobre las relaciones sexuales y la forma y profilaxis para preservar a los combatientes de los contagios venéreos. El día 15 se había tomado la Casa Forestal, trincheras en la serranía y un reducto fortificado en la misma entrada del puerto.

A este respecto, Iribarren describe minuciosamente en su citada obra, la toma de la Casa Forestal que, por su interés y relación con la anécdota derivada del mismo escenario de los hechos hasta ahora descritos se circunscribe en el mismo relato:

La ocupación de la Casa Forestal la realizó el capitán Lastra con sus falangistas. Por la noche escalaron la altura dando un rodeo a través de la selva de pinos, y al filo de la amanecida llegaron ante las trincheras del enemigo. El centinela los creyó de los suyos. Los nuestros a una voz, atacaron con granadas de mano los reductos donde a los defensores sorprendidos se les hizo gran mortandad. Algunos de ellos lograron refugiarse en la Casa del Bosque. Después de atacarla con granadas de mano la incendiaron, arrojando sobre el tejado antorchas y maderas envueltas en papel impregnado de gasolina. Había dentro 97 personas. Oíanse chillidos de mujeres entre el estrépito y vocerío de la lucha por huir de la quema. Ninguno se salvó.

Poco después eran tomadas las posiciones ante el Nevero. Durante la noche, el coronel Rada logró emplazar en ella dos piezas que a la mañana siguiente abrieron fuego eficacísimo contra las fortificaciones. Preparado el avance, los requetés se lanzaron al asalto por dos sitios. Los rojos no aguantaron la embestida. Huyeron. Sólo hubo entre ellos un valiente que, de pie sobre el parapeto, disparaba contra los asaltantes con su pistola ametralladora. Hasta que lo tumbaron.

El día de la ocupación de Navafría, se dio un caso notable. El capitán Sobas Navarro asaltó con su compañía una de las trincheras adversarias, abierta en pleno bosque. Habiéndose alejado un trecho de su gente, se le presentó jadeante un cabo que no era de su compañía: «Mi capitán, el enemigo está atacando fuerte nuestra trinchera, proseguimos resistiendo». Navarro le increpó: «¿Y a mí que me cuentas? ¿Quién te manda abandonar la trinchera? ¡Hala!, a tu puesto; inmediatamente». El cabo se alejó, pinar adentro. Seguía la batalla... Y en una ocasión que el teniente Fernández de Córdoba (tocado con boina roja) descendía por la barranca, se topó con dos soldados, que al apercibirle quedaron inmóviles y con expresión de estupor, y dirigiéndose pistola en mano hacia el primero de ellos, le ordenó: «¡Al suelo el

mosquetón!». (Al oír esto, el soldado que subía retrasado huyó como una ardilla). «¡Tira el arma!», volvió a gritarle. (La arrojó). «¿De dónde eres tú?». «Del Regimiento de León». «¿De Madrid?». «Sí, señor». Lo cogió prisionero. Era (después lo averiguó) el mismo que media hora antes le había dado el parte al capitán Navarro tomándole por jefe rojo. En Navafría —añadía Fernández de Córdoba que es quien me contó el caso— ocurrían cosas curiosas. Nuestros puestos estaban barajados con los del enemigo y no faltaron casos de coincidir blancos y rojos en la aguada.

Testimonio de J. V., prisionero confinado en el Campo de Concentración de Deusto (Bilbao). Teniente de Sanidad.

«Pertencí al 2.º Batallón Meave, socialista, que se formó en Bilbao. Era teniente de Sanidad y disponía de 29 hombres bajo mi mando y de 9 ambulancias para servicios. Siendo solamente practicante actuaba como médico en el frente, debido a la escasez de facultativos. Adquirí una gran experiencia práctica. Sólo efectuaba primeras curas y seguidamente, los heridos, por orden de gravedad, eran inmediatamente trasladados a los hospitales donde eran atendidos. Me hicieron prisionero en Asturias, en el hospital de Pola de Lera, donde entraron las fuerzas regulares. Uno de los oficiales nos dijo a todos los que nos habían cogido que quedábamos libres y que, por tanto, podíamos regresar a nuestras casas. Yo no me mostré de acuerdo y dirigiéndome al oficial le dije que me consideraría libre sin riesgo de correr peligros cuando él me extendiera un papel firmado de su mano y con el sello correspondiente, acreditando que estaba libre. No quería de otra manera, sin más, correr el peligro de ser apresado de nuevo por otras fuerzas, posiblemente por moros y ser baleado en cualquier lugar donde me sorprendieran. El oficial no quiso hacerme el papel que le pedía y preferí lo mismo que los demás que quisieron seguir mi ejemplo, continuar prisioneros. Así fue como me mandaron al Campo de Concentración de Deusto, que antes de la guerra había sido una Universidad muy prestigiosa. Me coloqué en la enfermería del Campo por mi condición de practicante. La enfermería estaba dirigida por el capitán médico, doctor Barrachína, falangista. La enfermería estaba situada en la planta superior del gran edificio y disponía de cincuenta camas que siempre estaban ocupadas por enfermeros, debido a la densidad de la población recluida en dicho Campo que ascendía a unos 2000 prisioneros de guerra, cuando menos. Dormían en el pavimento de lo que habían sido aulas de enseñanza y habitaciones de los internos de la Universidad. En cada habitación dormían de diez a doce prisioneros en el suelo, lo mismo que en los amplios pasillos de los pisos que, afortunadamente, tenían suelo de madera. Cuando uno de los prisioneros deseaba cambiar de postura, debían hacerlo los de la hilera. Muchos de ellos, no disponiendo de plato ni cuchara para la comida, empleaban latas de conserva y cucharas hechas con los ángulos y uno de los lados de una lata de sardinas cuya

prolongación servía de mango y la cavidad del ángulo de la misma de cucharón. El aseo, de ser posible, se realizaba en uno de los patios, donde del suelo brotaba una tubería vertical con un grifo aplicado a su extremo. El agua era mala, pues se atribuía su procedencia de la famosa ría bilbaína. Su sabor era detestable. A un lado del mismo patio se amontonaban los pedruscos y subidos a ellos durante las horas del día, numerosos prisioneros se ocupaban en la repugnante e ineficaz tarea de librar a mano sus ropas de parásitos. Las prendas de los prisioneros estaban sucias y brillantadas por el uso, desgarradas y muchas recosidas.

»Una mañana entró en el patio un oficial de la legión Cóndor, acompañado de otros oficiales españoles. Vestía magnífico abrigo de cuero negro hasta media pierna y calzaba altas botas relucientes provistas de cremallera para su cierre hasta la total altura de la caña». La cabeza erguida, con soberbia, tocada con gorra de plato en su parte frontal, muy levantada al estilo alemán. Pasó a distancia de los excombatientes españoles que parecían pordioseros, con los andares firmes y sin mirarlos siquiera. Debido a mi destino de practicante en dicho Campo, me libraba de acudir a los vastos comedores donde a pesar de su inmensidad y aforo, era necesario realizar dos tumos de comida para atender a todos cuantos había en Deusto. También dormía en la enfermería, y en cama de la misma, con sábanas limpias. En varias ocasiones, por las noches, tuve que atender a diversos infelices que habían sido —ignoro los motivos que justificaran el trato que se les había aplicado—, duramente apaleados, hasta tal punto, que eran conducidos a la enfermería para su reanimación, y cuidadosamente, despegarles la camisa que se les había adherido a la piel debido a los golpes recibidos.

»En cierta ocasión, uno de los prisioneros consiguió escapar de entre quienes le tenían retenido y en la persecución de que fue objeto consiguió subir hasta la planta de la enfermería. Cuando se vio en la imposibilidad de huir de los que iban tras él, aterrorizado o en una enajenada determinación, se arrojó desde una de las ventanas al patio donde los prisioneros, a coro, entonaban los himnos. Se mató. Ignore siempre las razones de los malos tratos, ni porque algunos eran apaleados. Sin duda debían de ser muy graves sus cargos para que llegaran a tales extremos. Mi tarea se limitaba en la función de curar, sin preguntar lo que no me concernía ni yo tampoco deseaba saber, para evitarme algún correctivo a mi curiosidad.

»Por lo que a mí respecta no pude quejarme en relación con los demás, ya que se me trató bien en Deusto».

Testimonio de L. V. (sargento). «Columna Macià-Companys». División 43. Hecho prisionero por legionarios italianos de la «División Littorio» en el monte Montsech. Tremp (Lérida), 1939.

«Apresado con otros cuatro combatientes de la misma unidad, terminado el combate y todavía con la excitación en los contendientes por los sucesos

sobrevividos, fueron inmediatamente colocados aparte en el mismo terreno de lucha y fusilados los cinco por orden de un oficial italiano que personalmente mandó el pelotón de fusilamiento.

»Los otros cuatro compañeros de L. V. quedaron muertos en tierra, por efecto de la descarga, en tanto que él fue alcanzado por dos balas, de suerte que le hirieron, una en un brazo, sin interesar el hueso y la otra ligeramente en un costado. Sin embargo, al impacto de los proyectiles y posiblemente a la misma impresión de la descarga cayó con los otros en tierra, quedando aturdido y con los ojos desencajados e inmóviles pero con plena conciencia de cuanto ocurría a su alrededor. En aquel momento, vio con un estupor que le enmudecía, cómo el oficial italiano que mandaba el piquete se aproximaba a él y con la pistola le encañonaba a la cabeza para darle el tiro de “gracia”. Disparó. La bala le entró por la mejilla derecha atravesándosele y asombrosamente sin alcanzar las muelas (tenía la boca entreabierta), y pasó sin interesar ninguno de los dos maxilares saliéndole por detrás del pabellón de la oreja. Permaneció como muerto junto a los cadáveres de sus cuatro compañeros, por espacio de varias horas. El terreno estaba totalmente nevado, pero cuando se recobró, advirtió que el calor extrovertido por su cuerpo —es todavía en la actualidad un hombre de extraordinaria corpulencia y que dada su extraordinaria vitalidad parece mucho más joven—, la nieve bajo él se había fundido totalmente. La frialdad de la nieve había coagulado la sangre de sus heridas, lo que había evitado que se desangrara en aquellas horas transcurridas de inconsciencia. Oyó las voces de unos camilleros que recorrían el paraje en busca de posibles heridos. Uno de ellos se acercó a él y la esperanza de ser atendido alteró el curso de su sangre. Sin embargo, en aquel momento, la llamada del otro apremiándole, le hizo volver la espalda alejándose. No pudo llamarle. Le era imposible hablar ni emitir sonido alguno. Sus llamadas eran mentales e ineficaces. Quedó de nuevo solo entre los muertos, en lo que había sido campo de combate. Así le alcanzó la noche. Poco a poco, su fuerte vitalidad y el apremio para sobrevivir le hizo observar el lugar donde se encontraba. En el campo, diseminadas pero indicando la línea y los vivacs de las fuerzas italianas y moras que actuaban en aquel sector, vio los fuegos de las hogueras de los soldados, llameando en la oscuridad. Pertenecían a las fuerzas moras e italianas que estaban acampadas. Arrastrándose, consiguió acercarse a prudente distancia sin ser descubierto. Observó durante bastante tiempo. Notó que las fogatas jalonaban a su vez los puestos de guardia de centinela, los cuales prestaban el servicio de vigilancia recorriendo el trecho que había de una a otra fogata, y cubriendo la línea que mediaba entre ellas, cruzándose ambos centinelas. Cambiaban algunas palabras y luego cada cual seguía su camino cubriendo la distancia hasta la hoguera siguiente, desde cuyo punto daban media vuelta, retomando para volver de nuevo a cruzarse. Durante varios minutos permaneció atento, tumbado en tierra, sin perder de vista la repetición de dicho servicio. De súbito, reptando, se fue acercando cautelosamente hasta las proximidades del punto donde ambos centinelas se cruzaban, aguardando luego el

momento oportuno en que cada uno en dirección a la fogata opuesta y dándose la espalda, no pudiera darse cuenta del paso entre los dos del combatiente herido. Arrastrándose consiguió pasar entre ambos sin ser visto. Así fue cómo logró cruzar de nuevo la línea, comenzando a retroceder. Al día siguiente, empezó su calvario al emprender la marcha desde Trespúrcos hasta Barcelona, evitando todo puesto de cura de campaña u hospital de sangre donde podían atenderle. Singularmente, aunque parezca increíble debido al estado de L. V., su única obsesión era alcanzar Barcelona y ser hospitalizado en dicha ciudad donde residían sus familiares con los que ansiosamente deseaba reunirse y recibir personalmente las pruebas del añorado afecto, tanto más deseado y echado de menos cuanto más había sido prolongada la ausencia. Como sea que después de haber sido fusilado por los italianos le habían sido quitadas las botas, así como otros objetos de uso personal, la cartera, la pluma estilográfica y el reloj de pulsera, probablemente por los moros, se vio en la necesidad de andar descalzo, prosiguiendo la caminata que había iniciado, andando por la orilla del río cuando le era posible, ya que así evitaba que se le hincara en la planta de los pies alguna púa y al mismo tiempo notaba que el agua era menos fría que el suelo cubierto de nieve, a excepción de la carretera que evitaba para no ser de nuevo aprehendido. Durante su caminar, el cuerpo había entrado en calor, y como consecuencia de esto las heridas se le habían reblandecido goteando sangre, lo que le obligó a taponarlas con trozos de su pañuelo. Por añadidura, la sed le atosigaba y para calmarla recurrió a sorber la que se licuaba de un carámbano de nieve helada, con el que se consolaba chupándolo poco a poco mientras andaba. El resultado fue contraproducente ya que el mismo frío del hielo acabó por asentarle las mandíbulas, con tan mala fortuna, que le quedaron anquilosadas y no había forma de abrir la boca ni emitir tampoco palabra alguna, de manera que cuando llegaba a alguna masía y atormentado por el hambre, indicaba con gestos que se le socorriera, los payeses se mostraban más asustados que piadosos. En una de las masías le dieron un poco de torta, y sólo le fue posible engullirla poco a poco, abriéndose la boca y separando los dientes, mediante el duro forcejeo del mango de la cuchara, mientras con la otra mano iba metiéndose en la boca el alimento a pequeñas migajas. Era indiscutiblemente un hombre de una fortaleza extraordinaria y lo atestigua su prestancia y buena salud en la actualidad. Altura aproximada a 1,90 metros, ancho de espaldas, voz potente y una energía que da idea de la que poseía hace cuarenta años. Empleó tres días de camino para llegar desde Trespúrcos a Barcelona. Consiguió con una tenacidad y astucia notables burlar en todo el trayecto los puestos de control y de socorro, donde se le hubiese atendido de una forma eficaz, evitando así ser asistido y hospitalizado en Lérida ni en ningún otro centro hospitalario, pues de no llegar a Barcelona sería improbable cuando no imposible, entrevistarse con su esposa e hijos, a los que tanto echaba de menos. Su idea permanente y obsesionante era volver con su familia a la que llevaba mucho tiempo sin ver. Consiguió, asombrosamente, lo que se había propuesto. Al ser hospitalizado en Barcelona, los médicos quedaron asombrados, tanto por la odisea del

herido, como por su tenacidad y resistencia. Observaron las heridas y para cerciorarse de lo que parecía increíble, se le hicieron varias radiografías, comprobándose que en ninguna de ellas y más excepcionalmente en la de la cabeza, el proyectil no había interesado hueso alguno, habiendo salido por la parte posterior de la cabeza, concretamente por detrás de la aleta de la oreja derecha, después de atravesar la mejilla y perforando la parte superior de las encías, sin dañar ni una muela. Una vez encamado, recurrió a un compañero de sala para que avisara urgentemente a su familia que vivía en la ciudad. Cuando se presentaron sus familiares, con la angustia y ansiedad propias del caso, recorrieron la sala en su busca. El herido desde la cama les miraba en silencio, impresionado al mismo tiempo, al advertir que no le reconocían. No era de extrañar, pues le había sido vendada la cabeza pero, al mismo tiempo, ésta se le había hinchado deformándole grotescamente la expresión de la cara, hasta el punto de volverle irreconocible incluso para los suyos. Por añadidura, tenía toda la piel del rostro ennegrecida, pormenor que él no descubrió ni siquiera había imaginado, hasta que en el hospital tuvo ocasión de verse en el espejo del cuarto de aseo. La oscura pigmentación era debida al fogonazo del disparo a quemarropa que el oficial le había descerrajado en la cabeza, al pegarle con su pistola el tiro de gracia después de su fusilamiento.

»El resto de su Compañía, superviviente en el combate, había sido hecha prisionera. Así fue como, gracias a él, los familiares de los que habían sido hechos prisioneros que ignoraban cuál había sido su suerte, se enteraron de que no habían muerto. También él, a partir de entonces fue un prisionero».

Testimonio de Federico Sanés. Combatiente de la 60 División, 84 Brigada, 1.ª Compañía. Herido y hecho prisionero por tropas nacionales en el frente del Ebro, Villalba de los Arcos (Tarragona), 20 de agosto de 1938.

»Frente al cementerio de Villalba de los Arcos, en la posición conocida con el nombre de la “Rovalloneda”, caí alcanzado al ser herido por la explosión de una bomba “Lafitte”. Cuando después de la explosión abrí los ojos, ya estaban unos requetés encañonándome con el fusil. Me trasladaron al puesto de Mando, en Villalba de los Arcos que estaba en poder de las fuerzas nacionales. Me hicieron una cura provisional en la pierna ligeramente herida y un comandante, a la luz de unas velas, me hizo varias preguntas, tomándome la filiación personal: “¿Cuál era tu graduación?”. “Soldado” —le respondí—. “¿Eras enlace, desempeñabas alguna función?”. “No” —respondí, añadiendo de seguido—: “Llevaba un fusil ametrallador”. El comandante, que a cada respuesta tomaba nota, levantó los ojos sorprendido y preguntó vivamente: “¿Un fusil ametrallador?”. Pensé que había dicho una inconveniencia pero ya era demasiado tarde para rectificar, así que ratifiqué: “Sí”. Entonces, ante mi sorpresa, el comandante se volvió desde el asiento hacia donde se encontraban un par de oficiales y les llamó apremiante: “¡Eh, alféreces!

¡Acérquense!». A su llamada, se aproximaron a la mesa y él les indicó con un gesto la lista donde iban anotando los datos de los prisioneros de aquellos días. Exclamó, dirigiéndose a ellos, divertidamente: “¡Por fin hemos encontrado a un soldado enemigo que iba armado con un fusil ametrallador! ¡Los demás prisioneros todos dijeron ser camilleros!”. Yo me sentía un poco desconcertado, sin pensar nada bueno para mi suerte, pero el comandante luego añadió diciéndome con cierta benevolencia: “¿Tienes hambre?”. En la zona nacional estaban convencidos de que los soldados de la República nos moríamos de hambre. Yo, que independientemente de la cuestión, era en aquellos años muy joven, tenía además buen diente siempre a punto. Le respondí que sí y me indicó un racimo de plátanos que colgaba de un rincón. “Come los que quieras” —me dijo—. No me hice rogar dos veces. Me tendí cerca del racimo y como estábamos casi a oscuras a excepción de las llamas de las dos velas en la mesa del comandante comí plátanos hasta que me saqué. Entre varias razones porque desde que la guerra había comenzado los plátanos habían quedado en zona nacional por estar las islas Canarias con Franco. Luego como los plátanos me dieron sed, pedí agua pero me dieron un jarrillo de vino, que era más abundante que el agua en el frente del Ebro. Sobre la paja del suelo me quedé dormido. Al día siguiente me trasladaron al Hospital Militar de Caspe. Estuve allí unos días, y como la herida era de poco cuidado, después se me trasladó al primer Campo de Concentración, que conocí, el de San Marcos, en León, bajo el mando del coronel don Otovarís Rangín.

»Los prisioneros estábamos allí como sardinas en lata y los parásitos nos recomían. La sala donde yo dormía era muy espaciosa, de manera que cobijaba cada noche a muchos prisioneros que dormían tumbados en el suelo. Entre cada hilera se dejaba un espacio suficiente que permitiera durante la noche a quienquiera que fuese andar entre los durmientes sin pisar a nadie, lo cual no era fácil. La sala estaba alumbrada por la débil luz de una bombilla que colgaba de un cordón eléctrico desde el techo. Por la noche, eran muchos los que despertaban apremiados por necesidades ineludibles. Las deposiciones fisiológicas se llevaban a cabo en un barril que había contenido alquitrán. Tenía el tal recipiente una madera colocada encima horizontalmente, que servía a los usuarios de sostén personal y apoyo de los pies. El barril era demasiado alto, lo que obligaba a cogerse en los bordes del mismo, cuya limpieza dejaba mucho que desear. Se requería de la ayuda de otro, el cual ayudaba a subir al que le antecedió y posteriormente era ayudado por el que le seguía a él.

»Una vez se terminaba, el sujeto se ponía de pie sobre la tabla, guardando el equilibrio. Se subía los pantalones y después saltaba hábilmente al suelo.

»Experiencias de tal clase sólo pueden volver a ser contadas con un triste sentido del humor, porque avergüenza y resulta deplorable que la condición humana sea rebajada por las circunstancias, en vez de enaltecida.

»En cierta ocasión mientras estaba dormido, me dieron con él pie en la cara. La inoportunidad del sucedido, y la circunstancia de que me encontraba dormido y, por tanto, muy lejos de la realidad de aquella vida, me despertó brusca e irritadamente,

haciéndome proferir sin el freno de la reflexión, una palabrota que comienza con “m” y cuya terminación es en “ón”. El insulto salió disparado como un proyectil dirigido a quien yo creía un compañero de infortunio, pero decirlo y abrir el segundo ojo y ver junto a mi cara, casi pegado a mis asombrados ojos, unas brillantes botas y resplandecientes Leguis fue lo mismo. Al levantar poco a poco la mirada vi la cara del sargento. Con espanto, cerré los ojos y al mismo tiempo oí el mandato derivado del insulto que yo había proferido ignorando quién iba a ser el receptor: “¡Levántate!”. Lo hice ya resignado a lo que se me viniera encima. Y no tardó, porque todavía no me había cuadrado ante el superior, cuando recibí en la cara el primer puñetazo. Caí al suelo de donde acababa de levantarme. “¡Levántate!”, se me ordenó otra vez. Y tan pronto lo hice, me recibió una bofetada de arrimo. A cada golpe, caía sobre los demás que no se movían y se hacían los dormidos, y aguantaban el fardo humano que se les venía encima. Yo, cada vez me daba menos prisa en ponerme de pie porque sabía que cuando más pronto me levantara antes me encontraría con el golpe. Pero al tercero, mi mente, que trabajaba con una rapidez vertiginosa, a pesar de que hacía bien poco estaba dormido como un niño de teta, decidió que lo mejor para mis huesos era hacerme el desmayado. Me dejé caer otra vez y ya no me moví, como si me hubiese vuelto de algodón en rama a pesar de que el sargento gritaba: “¡Levántate!” una y otra vez. En circunstancias como aquella creo, bromas aparte, que ni el mismo “Lázaro” del Nuevo Testamento hubiese resucitado ni salido de la tumba si el que le hubiese gritado “¡Levántate!”, hubiera sido un sargento. Me dejó por desmayado y se alejó abandonando la sala. El silencio era sepulcral. Hasta los ronquidos de algunos se habían suspendido asustados. Las cosas que me sucedieron en San Marcos no las cuento para que nadie crea que pecho de exagerado.

»Después con otros, me trasladaron al Campo de Santana, en Astorga. Este campo había sido una fábrica en sus mejores tiempos. El piso era de madera y como el invierno era muy frío, cuando por las noches había que salir al patio para orinar, íbamos de tres en tres, apoyados los unos a los otros, porque el suelo del patio estaba encristalado por el hielo, y se resbalaba varias veces antes de llegar al zócalo del patio donde se levantaba la chimenea de la fábrica y a cuyo alrededor se harían las necesidades. Debido al intenso frío que hacía en Astorga, algunos, por pereza de abandonar el relativo calor animal del interior de la nave donde dormían, no tenían escrúpulos y por las noches se orinaban en el plato de aluminio que servía para el café de la mañana. Luego, vertían el contenido por las rendijas del piso de madera. El líquido tibio llovía sobre los que dormían debajo, que despertaban ocasionándose el consiguiente griterío de protestas que brotaban por doquier como sarcasmo de la propia miseria común que a todos nos devoraba.

»Desde el Campo de Santana, salí al fin destinado al Batallón de Trabajadores número 159. Partimos y los vagones de mercancías en los que viajábamos sin holgura

alguna, ya no se detuvieron hasta que alcanzamos nuestro nuevo destino como trabajadores.

»Estuvimos en Mérida ocupados en la descarga de vagones que transportaban vino. Comer no comíamos mucho. Pero el vino también, según algunos de sus adeptos, alimenta, y además alegra. Y alegría era lo que nos faltaba para aliviar tan triste existencia en lo que debía haber sido la flor de la vida y se había convertido en algo tan hiriente como un cacto. De Mérida se nos envió a Peñarroya y de aquí a Pueblo Nuevo del Terrible. En este punto, sin que pueda afirmarlo, debido a unas operaciones militares al parecer desfavorables para el ejército nacional, las tropas tuvieron que retirarse y, en consecuencia, lo mismo los prisioneros. Siempre andando, fuimos a parar a Las Viñas, en el pantano de Encinaraje, donde nos cobijaron en barracones que habían servido en otras ocasiones para almacenar cemento. Cerca estaba el río Jandula. Cuando por la mañana nos levantábamos de dormir, el cemento se había impregnado en todo nuestro cuerpo y en las ropas, que quedaban pringosas y polvorientas. Nos destinaron a la reconstrucción de la carretera que conducía al Santuario de la Virgen de la Cabeza que había sido parcialmente destruido por la aviación. La guerra ya llevaba tiempo terminada. En aquellas tierras, el calor era insoportable, hasta el punto de que a las siete de la mañana ya estábamos en el trabajo donde seguíamos hasta el mediodía dando por terminada la jornada debido al calor. Por las tardes se nos permitía bañarnos en el río. El agua era casi transparente, y el paisaje del contorno poblado de encinas que llegaban hasta las orillas era de una gran belleza. Trabajando en la carretera del Santuario, la dejamos terminada y por ella llegamos hasta las mismas ruinas del Santuario que era el más impresionante monumento de la resistencia, ofrecido por el valeroso capitán Cortés y sus hombres. Se nos dedicó al desescombro, que todavía a causa de la guerra sufrida no se había llevado a cabo. Entre los escombros, hallábamos de vez en cuando los restos de algunos de los guardias que habían caído luchando en la heroica resistencia y defensa del Santuario de la Virgen de la Cabeza. De cada víctima que encontrábamos, recogíamos la documentación que llevaba consigo y hacíamos entrega de la misma al oficial, procediendo seguidamente y con respeto, a la recuperación de los restos humanos. La mayoría de los cadáveres se encontraban en un estado de descomposición que les hacía irreconocibles pero sí identificable su identidad por los documentos personales. Echábamos los restos sobre mantas y después se les daba sepultura en el mismo cementerio del santuario. Tal cometido era muy desagradable. Impresionaban los hallazgos pero se cumplía con un deber y al mismo tiempo era un acto de humanidad y respeto a la memoria de los que habían perdido la vida. Para trabajar era preciso llevar pañuelos mojados, cubriendo la nariz y la boca por la pestilencia que emanaba de entre las ruinas. Cuando la tarea de recuperación de víctimas hubo terminado y hubieron recibido sepultura, se celebraron a su debido tiempo unos solemnes funerales en el mismo Santuario, con la asistencia de relevantes personalidades militares y civiles. A los prisioneros que habíamos

colaborado en aquella tarea, se nos hizo asistir formados aparte, pero participando en la ceremonia.

»En aquel entonces, la Compañía de Trabajadores estaba bajo el mando del alférez Luis Borrell, persona excelente que siempre nos trató con respeto y humanidad. Jamás oímos ni una palabra de menosprecio, insultos ni grosería, como en otras ocasiones a causa del ejército en el que habíamos combatido. Gustosamente así quiero hacerlo constar, pues el recuerdo de dicho oficial sin duda permanece en la memoria de cuantos estuvieron bajo su mando, porque nada es más perenne que el afecto y respeto que recibimos en el camino de la vida, de cuantos conocemos, y que el azar nos hace encontrar en el mismo sendero.

»La comida, sin embargo, escaseaba por motivos ajenos al mando. Terminada la contienda, el abastecimiento de la zona ocupada, por el ejército había menguado notablemente el suministro, a causa de la amplificación de su servicio. Observamos que en el río donde nos bañábamos, acudían en la orilla opuesta unos toros para abrevarse. Pertenerían a alguna ganadería mas por los azares de los últimos años de guerra, andaban libres y sin dueño. Se le sugirió al alférez que con el sacrificio de alguno de aquellos animales se podía, con creces, solucionar el problema tan agobiante de la alimentación de toda la Compañía. Al oficial no le pareció mala idea. Pero se necesitaba de un buen tirador para que abatiera al toro elegido al primer disparo, evitando que mal herido, escapara, causándole sufrimiento y no solucionando nuestro problema. Me brindé fiándome de mi puntería ya que había sido tirador de primera clase, pero el oficial opuso que por mi condición de prisionero, no me correspondía el empleo ni manejo de un arma. Le dije que lo que importaba en aquellos momentos era la carne del toro y que, además, cuando yo usara del fusil se colocara a mi lado, encañonándome con su pistola para asegurarse del uso que yo iba a hacer del arma. Por fin, el oficial accedió, no dudando de mi lealtad. Decidimos cobrar una sola pieza. Un toro joven, ya que con su carne quedaríamos abastecidos para varios días. Aquella tarde, marchamos todos al río, y aguardamos a que aparecieran en la ribera opuesta los toros a abrevarse. No se hicieron aguardar los nobles animales. Entonces, yo apunté con el fusil prestando mucha atención a los movimientos del toro elegido. Apunté a la cabeza. Disparé. El toro cayó en redondo como apuntillado. Los demás, al estruendo del disparo, volvieron grupas atropelladamente, y desaparecieron entre las encinas, huyendo asustados. Seguidamente, con gran alborozo por parte de todos, ayudados con cuerdas que ya llevábamos dispuestas, atamos al toro muerto por los cuernos y lo pasamos de una orilla a otra. Estábamos en pleno estiaje y el agua del río transcurría tan baja que las piedras, en aquel punto, sobresalían entre el escaso caudal permitiendo usarlas como puente, andando por ellas. Cuando tuvimos la pieza cobrada, el alférez preguntó si entre nosotros había algún matarife. En seguida, con tal de descuartizar el toro y comerlo sin demoras, salieron dos que aseguraron haberlo sido. Con gran trabajo suspendimos, entre todos, al toro muerto de lo alto de una poderosa rama de árbol,

comenzando a despellejarlo los que se prestaron como matarifes. Después de separar los órganos interiores, procedieron a trocearlo. A partir de aquel día, comíamos toro hasta saciamos. Carne de toro frita, asada y de todas las formas. La vida resultaba más tolerable con el apetito satisfecho. Las pieles y las cabezas de toro de los que íbamos abatiendo a tiro limpio, eran cargadas en el camión del suministro que eran vendidas en Andújar.

»Un triste recuerdo de nuestra permanencia en aquellos gratos parajes, fue cuando tiempo después se ahogó en el río uno de los trabajadores que no sabía nadar. Pisó en punto falso y el agua, envolviéndolo, comenzó a llevárselo en líquidos sudarios. En vano nos arrojamos al agua los más hábiles, tratando de alcanzar al muchacho que se llevaba el agua. Fue del todo imposible. Cuando llegó a los rápidos no hubo manera de meterse en ellos sin correr la misma suerte que el desventurado compañero. El río se llevó el cuerpo sin que fuese posible recuperarlo. Durante varios días, el alférez se obstinó en que no se cesara, en la búsqueda del desventurado desaparecido. Eligió a los que sabían bucear y les encomendó la búsqueda del cadáver. Todo fue inútil. No aparecía, y tuvimos, días después, que abandonar su busca a lo largo del río. A pocos días se presentó un campesino avisando de que a unos cinco kilómetros había encontrado el cuerpo de un hombre ahogado. Inmediatamente, acompañando al oficial y a un grupo de nosotros, nos condujo hasta donde estaba el ahogado. Allí le encontramos entre los ramajes de la orilla. El infortunado apareció totalmente desfigurado. Era casi irreconocible, de no haber sido identificado por el anillo que estrangulaba uno de sus hinchados dedos, lo mismo que todo su cuerpo. Emanaba de sus restos humanos un hedor insoportable, y fue preciso que el oficial nos proporcionara unos cigarros de hoja, muy fuertes de sabor, pero ni con éstos encendidos y su áspero sabor en la boca, era fácil aproximarse al cadáver. Haciendo de tripas corazón, mojamos los pañuelos y con ellos nos amordazamos boca y nariz. El pobre muchacho tenía la cabeza monstruosamente hinchada. A la cara le faltaban los ojos, que habían sido comidos por los peces del río. Todo el cuerpo aparecía mordisqueado. Con grandes dificultades, pusimos el cuerpo sobre una manta y luego se le dio sepultura.

»Más tarde se nos trasladó a unos seis kilómetros de Bujalance, en Córdoba, concretamente a Cortijo Redondo, donde construimos el camino desde el Cortijo hasta la carretera. La comida de nuevo iba mal. Ya no estaba con nosotros el alférez Borrell. Nuestro jefe era un sargento que se llamaba Espejo, era de Málaga y nos maltrataba. Para castigar a cualquiera, le ataba un saco a la espalda, y tenía que llevar la carga durante todo el día. Las cosas habían cambiado desde la partida del alférez al que todos echábamos de menos. Allí, preparando trampas, nos dedicábamos a la caza del topo. Los despellejábamos y nos pagaban sus pieles a dos pesetas cada una.

»Se nos trasladó de nuevo Durante tres días con sus tres noches viajamos en vagones de transporte. En el mismo vagón en que yo iba, viajaba el sargento que necesitaba para él solo tanto espacio como media docena de nosotros. Rebusnaba de

vez en cuando si le venía en gana y había que andar con muchos sobresaltos con las coces. Llegamos hasta Irún, y en Iragui se nos destinó a la construcción de fortificaciones en la frontera.

»Allí tuvimos como jefe de Compañía al alférez Guillermo Ramos Chápuli, de grato recuerdo e inolvidable, por lo bondadoso que se mostró siempre con nosotros. Jamás, anteriormente, a excepción del alférez Luis Borrell, fuimos tan respetuosamente tratados y así quiero hacerlo constar para satisfacción de quienes, en época tan difícil, se comportaron humana y generosamente con los prisioneros de guerra que, al fin, y al cabo también eran españoles.

»Cuando mi padre se desplazó, desde Barcelona, para abrazarme después de tantos meses sin habernos visto, el alférez Chápuli me dejó, sin custodia de ninguna clase, que fuera a reunirme con mi padre en Irún. A su regreso a Barcelona, mi padre escribió al alférez dándole las gracias por el buen trato dado a los prisioneros que estaban bajo su custodia, y en particular, por lo que a mí se refería, a las facilidades que me había dado para poder abrazarle. Por fin, cuando recibidos los avales salí en libertad del Batallón de Trabajadores, el mismo alférez Chápuli escribió de su puño y letra un certificado de buena conducta a mi nombre que he conservado hasta la fecha, en recuerdo y estima a su memoria».

Testimonio de Antonio Quintana, combatiente en la 60 División, 84 Brigada, 4.º Batallón del XVIII Cuerpo de Ejército. Prisionero en el Campo de Concentración de San Juan de Horta (Barcelona), 1939.

«Fui hecho prisionero en Arbucias, y permanecí cautivo del Ejército Nacional desde marzo del año 1939 hasta el mes de mayo del mismo año.

»Me había incorporado en el año 1938 en La Curullada (Lérida) y junto con otros fui destinado a máquinas de acompañamiento. Nos enseñaron instrucción militar, y a manejar el fusil checo. Estas armas estaban recién salidas de las cajas, y todavía lubricadas con una grasa que parecía pasta de caramelo de café con leche. Recuerdo que quienes nos adiestraron fueron los tenientes Ruiz y Reina. Este último había sido herido con anterioridad a nuestra incorporación y una vez restablecido fue destinado al 4.º Batallón. En la Curullada, el comandante era Palomares. Lo fue hasta el pueblo de La Guardia de Tornabous, donde tuvo que ser trasladado y hospitalizado, debido a una dolencia, siendo sustituido en el mando del Batallón por el comandante extranjero Gervasio Pinkus. Este comandante, según referencias fidedignas que posteriormente pude obtener, no murió como algunos habían asegurado, en el frente del Ebro, sino que fue repatriado con 10 000 brigadistas voluntarios en la guerra de España. Según un testimonio, a su subida al tren, lo hizo con lágrimas en los ojos, detalle que hasta cierto punto pongo en duda, si no se concreta si lloraba de pena o de contento, porque yo mismo, en más de una ocasión, le vi muerto de miedo en pleno combate, aunque debo aclarar que, por mi parte, sí él estaba muerto de miedo en tan

graves circunstancias, yo estaba más muerto que él. Queda claro, contrariamente a toda información sobre la muerte de este brigadista, que en el frente del Ebro salió de la batalla con vida. Quien murió en el mismo frente de Villalba de los Arcos, durante los combates habidos en los días 19 y 20 de agosto del año 1938, fue el Comisario de Batallón que compartía el mando del mismo con el citado Pinkus, el comisario José Portal, sastre de Falset (Tarragona), persona de excelente trato y muy buen hombre. Cayó cerca de la posición Targa.

»Fui enlace del comandante Palomares. Desde que me incorporé con otros reclutas del reemplazo del año 1941, durante el mes de mayo, recorrimos con anterioridad a nuestro envío al frente del Ebro, muchos pueblos leridanos, entre éstos, Cubells y Camarasa, desde cuyas posiciones, algunas veces, se descendía y se efectuaban encuentros con los soldados nacionales que mantenían en su poder la Central Eléctrica. Tomé parte en el ataque de L'Asentiu. Después estuve en La Guardia de Tornabous, en Tarrós, donde en la casa natal de Luis Companys —magnífica masía catalana—, se había alojado la tropa, ocupando el grandioso caserón totalmente saqueado en acontecimientos anteriores. Estuve con el Batallón en la Fuliola, y en las proximidades de Ibars de Urgell, en cuyo canal nos bañábamos los soldados. Después del acto de la jura de la bandera, que se celebró en la Fuliola, estando ya el Batallón bajo el mando del comandante Pinkus, se nos envió al Ebro donde fui enlace del comandante Pinkus. Después de los combates, nos retiramos a Torre de Fontaubella, llamada también La Torreta, por los naturales del país. Salí bien librado de la terrible Batalla del Ebro. En la retirada estuvimos en Perelló, cerca del mar, y posteriormente me destinaron a Intendencia de la Brigada, en Cervera, Olesa y Arbucias, donde, en el mes de marzo de 1939 quedé prisionero de las tropas nacionales.

»Los pocos meses que pasé como prisionero, hasta que, mediante “avales” me dejaron en libertad, estuve internado en el Campo de Concentración de San Juan de Horra, en Barcelona, actualmente convertido en “Hogares Mundet” y en cuyo lugar, durante la guerra, estuvieron los cuarteles llamados de “Francisco Maciá”.

»El Campo de San Juan de Horta contenía en su aforo a unos 10 000 prisioneros y disponía como anexo el Campo de San Jorge, distante del primero a pocos metros, y que había sido el antiguo Colegio de los Salesianos. El edificio presentaba claros indicios de no haber sido terminado en su construcción. Carecía del maderamen de puertas y ventanas que fueron arrancados, lo mismo que los antepechos, y utilizada la madera como leña con la que se encendían pequeñas fogatas en las que se calentaban los alimentos enlatados que se entregaban a los prisioneros. Los ventanales carecían de barandillas de protección, abandono o negligencia que causó más de un accidente al precipitarse por ellos involuntariamente más de uno de los internados en el Campo cuando no en otros casos, por propia elección de otros quienes, por desconocidas motivaciones, elegían el suicidio, arrojándose al vacío desde los pisos altos. Dichas ventanas o aberturas fueron frecuentemente utilizadas por los mismos prisioneros

como medio apropiado para comunicarse con sus familiares apostados en el exterior del Campo de Concentración, que estaba aislado por una alambrada colocada a prudencial distancia y con soldados montando la guardia. Frente al mismo edificio había otro, donde estaban almacenados miles de barriles de CAMPSA, procedentes de la estación del Morrot, y que habían sido trasladados hasta aquel almacenaje por las fuerzas republicanas, con objeto de preservarlos de los frecuentes bombardeos aéreos de la aviación nacional. El Campo de Concentración de San Juan de Horta estaba bajo el mando de un capitán, al que recuerdo con sus gafas negras, polainas con espuelas y empuñando siempre una fusta con la que resolvía cualquier cuestión, y tenía a raya la perfecta ordenación de las formaciones. Me parece recordar que estaba aquejado de algún trauma psicológico, ocasionado posiblemente por heridas de guerra.

»Diariamente, los alrededores del Campo se veían concurridos por diversas gentes, hombres y mujeres, que desde la alambrada entablaban diálogos y conversaciones familiares con los internados. Hablaban a voces, debido a la distancia que los separaba. Algunos se habían puesto de acuerdo y se afanaban en ocupar aquellos puntos desde donde la distancia quedaba reducida, y entonces podían entenderse mejor. Recuerdo que durante varios días, vino a visitar a su esposo una mujer joven, bonita y atractiva, con buen gusto en el vestir. El prisionero le preguntaba siempre por los “avales” sin los cuales no podía lograr la libertad, a lo que ella le contestaba que todavía no había podido conseguirlos. El esposo, impaciente e indignado, le gritaba ásperamente: “¿Para qué diablos sirve tener un tipo como el tuyo si no eres capaz de conseguirme un aval?”. Sin embargo, también habíamos escuchado conversaciones muy enternecedoras entre familiares que habían sufrido el dolor de haber perdido algunos de los seres más queridos, en los frentes de guerra.

»Algunas veces, mis familiares acudieron a visitarme y en otra ocasión llegué a conocer personalmente a la que había sido mi madrina de guerra, la cual, cuando estuve en el frente me escribió animosas cartas. Guardaba su nombre y dirección en un papel metido en un bolsillo de mi guerrera de soldado. Se llamaba Anita Miró y residía en la barriada de Sants, en Barcelona. Vino a verme y me obsequió con un bocadillo que comí con extraordinario apetito. En el Campo, la comida era escasa. Los prisioneros esperaban con impaciencia la misa del domingo, porque una vez terminada, el sacerdote, desde el altar, daba lectura a la lista que contenía los nombres de los que se les había concedido la libertad. Los afortunados manifestaban su alegría dando abrazos a sus compañeros de cautiverio.

»Me nombraron responsable de un grupo de treinta y dos hombres, quedando a mi cuidado recoger y distribuir el suministro diario correspondiente al grupo. Consistía en una lata de judías con chorizo para cada dos personas y, además, otra lata de sardinas en escabeche o al aceite, y un pan de doscientos gramos. En algunas ocasiones nos dieron un bote de leche y otro de carne para cada cuatro. En el grupo, cinco de los prisioneros eran de Badalona, Una noche decidieron por su cuenta y

riesgo saltar la tapia del encierro y traspasar la alambrada. Así fue como se produjeron cinco bajas correspondientes a los cinco prisioneros que se habían evadido. Como su fuga pasó inadvertida a causa de los millares de hombres concentrados, de común acuerdo, los restantes del grupo, optamos por repartirnos la ración diaria de los huidos, lo cual nos alivió mucho de tan apremiantes necesidades.

»Por la noche, los soldados que montaban la guardia guarneciendo de día las alambradas, se retiraban de las mismas trasladándose a la entrada principal del edificio.

»Con mis compañeros formamos un grupo coral, en el que ensayaba un buen amigo mío de Capellades, poseedor de una magnífica voz de barítono. Se llamaba José Soteras. Muy pronto, el coro cobró gran popularidad en el Campo, hasta el punto de que fuimos requeridos para cantar durante la celebración de la misa, así como después, y también en el pabellón de oficiales. Para ensayar sin molestias, se nos autorizó a desplazarnos al segundo edificio, cuya construcción estaba sin terminar, permitiéndonos dormir en el mismo. Liberalidad que nos facilitaba mayor libertad de movimientos, ya que al retirarse por la noche la guardia, quedábamos prácticamente fuera del Campo de Concentración. Se nos había extendido un pase especial para ello, ventaja que nos permitió mejorar el sistema de vida, y esperar con más tranquilidad el “aval” que nos facilitara la libertad.

»En el Campo de San Juan de Horta se llegó en algunas fechas a la cifra de 11 000 prisioneros concentrados. Sólo se habían extendido, como medida excepcional, treinta pases, contándose entre éstos el que nuestro grupo disfrutaba.

»Ensayábamos junto a los bidones amontonados de la CAMPSA, y fue entonces cuando trabé amistad con unos camioneros que a diario efectuaban dos viajes de transporte de bidones, que llegaban a la estación del Morrot, en el puerto. Los camioneros, en su segundo viaje, nos facilitaban la comida que les encargábamos y cuyo importe les adelantábamos por la mañana en su primer viaje. La ayuda de aquellos buenos amigos representó mucho para nosotros. Con gran sorpresa, uno de los ayudantes de los camiones me reconoció. Me recordó al punto, debido a que, en una anterior circunstancia, en San Celoni, cuando las tropas republicanas huían a Francia, yo le había dado tabaco del que guardaba en mi macuto, con el propósito de entregárselo a mi padre, si se me presentaba ocasión, pues era muy fumador. Había recogido el tabaco en Sabadell, el 25 de enero de 1939, cuando se me encomendó formar parte de la escolta en un camión “Chevrolet”, requisado en un garaje particular de Sabadell, y nos ordenaron trasladar hasta la frontera a toda la familia del Jefe Superior de Policía de Barcelona. Cargamos con todos sus componentes y cumpliendo las órdenes recibidas, los dejamos satisfactoriamente en la misma frontera. El hombre con el que de nuevo volví a encontrarme en el Campo de Concentración, era aquel al que había dado tabaco en las cercanías de San Celoni. Él, no lo había olvidado. Me correspondió con creces ya que, en adelante, cuando llegaba en el camión, me entregaba una barrita de pan conteniendo una tortilla. Desayuno

que, en algunas ocasiones, compartía con mis compañeros del grupo. Entre los bidones que allí había almacenados, unos estaban vacíos y otros llenos de alcohol y, más de uno, alguna noche, fue trasladado a la farmacia de Horta.

»Gracias a mi feliz encuentro con el hombre del tabaco, al que por su bondad y reconocimiento y simpatía personal, no olvidare mientras viva, pasé mis días de prisionero con menos penuria. Sin embargo, pocos días después me enteré por el chófer del camión, que nuestro común amigo había sido fusilado el día anterior, por haber pertenecido al Comité de Control de la CAMPSA. En mi opinión y por el buen trato recibido, era una excelente persona. De sus actividades supe que había aceptado ser maestro de analfabetos, dando clases a los que eran menos instruidos que él. El chófer que fue quien me refirió lo sucedido, era un hombre alto, fornido, habituado a los duros trabajos de carga y descarga y, sin embargo mientras me lo relataba, las lágrimas asomaban a sus ojos. En la factoría CAMPSA todos sus compañeros le tenían conceptuado como una persona intachable. ¿Se había cometido uno más, de tantos errores? A mí su muerte me produjo la natural consternación, porque perdí un amigo a quien había considerado como un miembro de mi familia y con el que quedaba en deuda, sin la oportunidad ya de agradecerle el bien que me hizo con su generoso proceder. Que Dios lo tenga en la Gloria.

»Una vez hube llevado a cabo hasta la frontera el servicio ordenado, regresé a Arbucias con los demás soldados que habíamos escoltado la conducción.

»Por mi parte, después me dirigí a Joanet, pueblecito formado por una treintena de casas y donde pasé los últimos días de la guerra, socorrido por unas chicas a las que no olvidaré en toda mi vida. Eran las hermanas Broto, hijas de un farmacéutico de Sant Hilario de Sacalm. También estaba con ellas Carmen Doll Casanovas, hija esta última de un fabricante de Blanes, que se encontraban refugiadas en dicho lugar, alejadas cuanto era posible de los dramáticos avatares de la guerra. Al darme a conocer en la casa, me identificó en seguida la señorita Carmen Doll, pues recordó haber leído algunas colaboraciones mías en un pequeño periódico que se editaba en Capellades, titulado “Nou Esclat”, dirigido por don Amadeo Rabasa Mir, y en el que también colaboró con varias poesías, mi tío don Eduardo Torres Rius, obrero de la fábrica de los señores Doll, de Blanes. La simpática jovencita intercedió en mi ayuda con la familia, que no dudaron en acogerme y darme hospitalidad, como lo habían hecho —así lo supe posteriormente— con otros soldados que les habían pedido ayuda, facilitándoles algo de comida y recomendándoles que se escondieran en los montes. A mí me trataron como a otro más de su familia y, por mi parte, con las debidas precauciones, en tanto duró la retirada de las tropas republicanas, aguardé la llegada de las tropas nacionales. Cuando así ocurrió me personé en Arbucias, entregándome a las autoridades militares cuando la citada población, ya estaba ocupada. A la presentación seguía un permiso verbal de continuar a pie hasta Barcelona donde se encontraría un control seguido del ingreso a un Campo de depuración. Se me facilitó pan y, acompañado de otro soldado llamado Miró, que

vivía en el Paseo de Gracia, juntos emprendimos el camino de regreso a la Ciudad Condal.

»Antes de finalizar el mes de mayo del mismo año 1939, llegaron los “avales” que determinaron mi puesta en libertad. Me despedí de mis compañeros y amigos, prometiéndoles toda la ayuda posible para que salieran por la misma puerta. Procedí como les había prometido y, uno después de otro, fueron abandonando el Campo todos, algunos ya en la actualidad fallecidos, pero otros todavía con vida. Prometimos mantener nuestra amistad a lo largo de los años, como así ha sido. Poco tiempo después de abandonar el Campo de San Juan de Horta, ingresé en el ejército con los compañeros del reemplazo del año 1941 al que pertenecía. Fui destinado a la Plana Mayor regimental del Regimiento n.º 62 de la Reserva General de Artillería, de guarnición en Ceuta, pero destinado accidentalmente en Barcelona, para la represión de los “maquis”, y residente en el desaparecido Cuartel de Numancia, en la barcelonesa calle Tarragona, Mi vida de prisionero, lo mismo que la guerra, iba quedando atrás. Se había transformado en una experiencia pretérita más, para mí inolvidable, como para todos los españoles de aquella época».

Testimonio de J. E. Cases (sin más datos personales).

»Me retiré con las tropas republicanas hasta Francia, donde me dieron a escoger la zona española, a que quería ser reembarcado. Escogí la España de Franco, y fui trasladado al Campo de Concentración de “La Rinconada” situado a unos 9 kilómetros de Sevilla. Este Campo había sido instalado en una azucarera y estábamos allí unos 2000 hombres. Se nos facilitó comida suficiente y se nos trató bastante bien».

Testimonio de J. M. R.

»AL ser ocupada la ciudad de Tarragona por las tropas nacionales, hubo una desbandada en el ejército republicano de aquella zona. Con otros más me dirigí a pie a través de los montes, con el propósito de regresar a Manresa donde había dejado familia y hogar. Cuando durante la marcha, efectuamos unas comprobaciones de orientación por los montes, se nos informó que estábamos muy cerca del pueblo de Capellades. Ya, una vez en Manresa, los que residíamos en la ciudad, nos quedamos como aguardando la llegada de las tropas nacionales ya que se consideraba inminente el fin de la guerra. A la ocupación del ejército nacional, salimos a la calle e inmediatamente se nos hizo presentar a diario al cuartel para ensayar los cantos de la España Nacional. Cada día, por la mañana, nos presentábamos y cantábamos el “Cara al Sol” hasta tenerlo aprendido de memoria. Después, a la mayoría de los que nos habíamos escondido hasta la entrada de las tropas nacionales y habíamos pertenecido

al ejército republicano, nos trasladaron a Cervera, donde estuvimos alojados durante varios días en el llamado popularmente “Hotel Ciment” (“Hotel Cemento”) porque estaba en unos almacenes de cemento cercanos a la estación de la RENFE. La comida se echaba de menos. Un día se presentó un hombre con un capazo de algarrobas y lo vació echando el contenido en el suelo, a los pies de los prisioneros que estaban en el lugar. Hubo muchos empujones y bofetadas disputándose el derecho del más fuerte a una algarroba. Del “Hotel Cemento” nos trasladaron a la Universidad de Cervera, desde donde se crearon Batallones de Trabajadores en los que fueron, enrolados unos, y los otros destinados al Ejército. Llegamos a estar concentrados en la Universidad de Cervera, en número que fluctuaba a veces de los 2000 a los 4000 hombres».

Testimonio de L. S. N.

»Una vez hecho prisionero por las fuerzas del ejército nacional se me destinó al Campo de San Marcos, en León, donde pasé los meses de febrero, marzo y abril del último año de la guerra.

»Los Campos de Concentración de León, eran considerados los peores de España. Había el de San Marcos, el de Santa Ana (ubicado en una antigua fábrica abandonada) y el del Picadero, formando un total la población cautiva de unos 30 000 hombres. En todos ellos se pasó frío y escasez de alimentación. En el Campo de San Marcos en tres meses hubo 800 fallecimientos.

»Se me destinó a las oficinas del Campo de San Marcos, como escribiente y a diario se procedía a la clasificación de prisioneros. Cualquier gesto de desacato, rebeldía o palabra contradictoria, era bastante para un golpe. Respecto a los prisioneros sobre los cuales se recibían malos informes, procedentes de sus respectivos alcaldes, eran separados de los demás».

5

Campos de trabajo en la España republicana

Trabaja y no pierdas la esperanza.

Campo de Trabajo republicano de Totana (Murcia).

Los *Campos de Trabajo* de la España republicana fueron creados por Decreto del 28 de diciembre de 1936, siendo ministro de Justicia, el anarquista Juan García Oliver. La continuidad de estos Campos de Concentración fue proseguida por sus sucesores en la cartera de Justicia, Irujo y Ansó, con la colaboración del entonces Director General de Prisiones, señor Sol, dedicándose a los detenidos (prisioneros y presos políticos), a la obra de construcción de un canal de riego en el término de Alcañiz; replanteo y tendido de la línea férrea de Tarancón con objeto de acortar la distancia entre Madrid y el litoral levantino; también en la traída de aguas a los pueblos de San Juan (Alicante) y pistas de aviación en Totana, provincia de Murcia.

El *Campo de Trabajo de Totana* fue el primero que se estableció en la zona republicana, fuera de la región catalana y, en su entrada, se colocó un letrero con la siguiente máxima, no exenta de sarcasmo: «TRABAJA Y NO PIERDAS LA ESPERANZA». En Valmuel, cerca de Alcañiz, existió otro Campo de Trabajo, donde estuvieron concentradas mujeres afectas a la causa nacionalista.

También se encontraron concentrados prisioneros en la Alcazaba de Almería, y se realizaron trabajos de fortificación en aquella zona, así como obras públicas en varias poblaciones, y especialmente en los saladares de la margen izquierda del río Segura.

El *Campo de Trabajo de Albaterra* había sido comparado, por su gran extensión, a la Colonia Penitenciaria de Merplax, en Bélgica. El proyecto señalado para los trabajos que debían realizar los prisioneros, y demás concentrados en Albaterra, consistía en fertilizar aquella zona en una superficie que alcanzaba las 30 000 hectáreas, y en los saladares, que llegaban desde Albaterra hasta Guardamar, empleándose en tales trabajos más de 1500 reclusos dedicándoseles también a los cultivos. Era también conocido dicho recinto concentratorio, por el Campo de los Almendros.

Paradójicamente, el proyecto previsto en su establecimiento, al finalizar la contienda, sirvió para concentrar en él a grandes contingentes de prisioneros del ejército republicano capturados en el desastre de Levante. Más de 15 000 prisioneros republicanos fueron confinados en el Campo de Albaterra, al final de la guerra.

A la caída del Santuario de la Virgen de la Cabeza en manos de las fuerzas republicanas, que habían vencido la heroica resistencia de los sitiados bajo el mando del capitán Cortés, un contingente de 507 prisioneros, formado por mujeres y niños, fue destinado a Viso del Marqués y 147 prisioneros varones conducidos al Penal de San Miguel de los Reyes en Valencia, donde también habían sido confinados el obispo de Teruel y el coronel Rey D'Harcourt.

En el *Penal de San Miguel de los Reyes*, se encontraban prisioneros del ejército nacional, pertenecientes a las fuerzas legionarias italianas capturados en la batalla de Guadalajara, así como también soldados moros.

Este Penal, convertido en *Campo de Concentración* para prisioneros de guerra, fue visitado durante el mes de agosto del año 1937, por una comisión integrada por representantes del *Comité Internacional de Ayuda a la España Republicana*, con

objeto de comprobar la asistencia que recibían los internados. Con dicha comisión fueron a su vez miembros del Frente Popular de la región de París, entre los que figuraba el concejal del Ayuntamiento de París, *Mr. Clément Madnaval*, el cual, en aquella ocasión, dirigió la palabra a los prisioneros con fines propagandísticos. Después fueron interrogados por los representantes de Suiza, Inglaterra, Holanda, Checoslovaquia y Nueva Zelanda comprobando que, entre los oficiales italianos prisioneros, los había que no se retractaban de sus ideas fascistas y demostraban lealtad incondicional a Mussolini. Entre los legionarios italianos, los hubo que se negaron a aceptar la ayuda de sus compatriotas brigadistas del batallón «Garibaldi» voluntarios en la España republicana, que quisieron socorrerlos con ropas en buen estado, prefirieron seguir vistiendo los destrozados uniformes de campaña.

Se encontraban asimismo entre los prisioneros en el Penal de San Miguel de los Reyes, las sacerdotes capturados en la rendición del Santuario de Nuestra Señora la Virgen de la Cabeza, don Rafael Rozas Lechuga, el párroco de Valdepeñas, de Jaén, don José Ortiz, y el teniente de la guardia civil, don Francisco Ruano Beltrán, segundo héroe, después del heroico capitán don Santiago Cortés González, muerto en la defensa del Santuario.

El teniente, don Francisco Ruano Beltrán permaneció prisionero en el penal valenciano hasta el final de la contienda siendo liberado por las tropas de vanguardia del general Aranda. Murió en el año 1945, cuando contaba solamente 35 años de edad y recibió sepultura junto a los caídos en la defensa del Santuario de la Virgen de la Cabeza en la misma cripta donde reposan los restos de los capitanes Cortés y Haya.

Por su parte, José Canales, en su libro titulado *Memorias de un artillero* (G. del Toro, editor, Madrid, 1973), relata en sus páginas sus experiencias como prisionero de las fuerzas gubernamentales, a la caída de Teruel y su confinamiento en el Penal de San Miguel de los Reyes, punto de concentración de prisioneros del ejército nacional, en Valencia:

En esta primera prisión (el mercado de Teruel), llegamos a juntarnos casi mil prisioneros, y fue poco el tiempo que allí nos tuvieron. Poco tiempo después, y ya anochecido salimos con dirección desconocida (pág. 145).

Serian aproximadamente las cuatro de la madrugada cuando llegamos a las inmediaciones de Valencia y los camiones entraron en un edificio grande.

Nos dijeron que el edificio era el famoso penal de San Miguel de los Reyes.

Atravesando un amplio patio con una hermosa fuente en su centro, nos condujeron hacia una galería, en donde ya había muchos hombres durmiendo.

Nos entregaron una colchoneta de las muchas que por allí había diseminadas, e inmediatamente nos echamos a dormir (pág. 147).

El penal de San Miguel de los Reyes era, y creo que seguirá siendo, un edificio grande y espacioso; tiene dos patios, el primero más grande y mejor trazado que el segundo (pág. 149).

Dos días después de ingresar nosotros en el penal, o sea, el día 10 de enero, ingresó otra expedición de prisioneros procedente también de los frentes de Teruel.

En ella venían varios soldados extremeños. Llegamos a juntarnos más de treinta paisanos. De la provincia de Cáceres, los había de Plasencia, Jerte, El Torno y varios pueblos más que no recuerdo. De La Cumbre estaba allí el sargento Zacarías Solano.

También ingresó otro soldado de Cáceres, Juan Sevillano, el cual me dio noticias de mi primo Ángel Canales Mateos (pág. 151).

Allí estaban el coronel Barba y el coronel Rey D'Harcourt, jefes de la resistencia de Teruel. También el obispo de Teruel, que igualmente fue hecho prisionero y les acompañó en el cautiverio hasta que fueron asesinados el obispo y el coronel Rey D'Harcourt cuando eran conducidos hacia Francia, al ser evacuados los presos que se hallaban en Barcelona, cuando nuestras fuerzas se aproximaban a la capital.

Durante una hora aproximadamente paseaban por el patio haciendo una gran circunferencia, de dos en dos. Durante el tiempo que duraba ese paseo nos metían a todos los demás presos en las otras galerías, para que no hablásemos con ellos. Pero los que estábamos en los lavaderos quedábamos asomados a las ventanas (pág. 157).

Demacrados, sin afeitarse ni lavarse debidamente desde que entraron en el penal, sus caras se asemejaban más a una calavera que a un rostro de persona viviente.

¡En realidad estaba allí representada la muerte en vida!

Cuando los veíamos bajar, nos habíamos acostumbrado a decir:

¡Ya baja el «Circulo de la Muerte»! (pág. 158).

Los *Campos de Trabajo* creados en Cataluña, fueron varios y como jefe de los mismos figuró Manuel Astorga, ingeniero industrial, de filiación comunista, asimilado a coronel y despreciado igualmente por anarquistas y trotskistas por su brutalidad. Murió en Francia, después de la derrota, en uno de los Campos franceses, para excombatientes republicanos.

Según Gabriel Avilés autor de *Tribunales rojos* los *Campos de Trabajo* creados fueron seis:

Campo de Trabajo n.º 1: Castillo de Montjuic, prisión y considerado como Campo de Trabajo.

N.º 2.— *Pueblo Español*, de Barcelona.

N.º 3.— Situado en *Olmells de Nagaya*.

N.º 4.— *Campo de Concabella*.

N.º 5.— *Campo de Ogem*.

N.º 6.— *Campos de Falset y Cabacés*.

También existieron los *Campos de Trabajo de la Seu d'Urgell* y otro en *Hospitalet del Infante*, y en Huesca, el de *Torres del Obispo*.

El más conocido por su dureza fue el *Campo de Trabajo de Olmells de Nagaya* (Lérida). Su jefe se llamaba Monroy, «que se había dejado crecer una espesa barba» (José M.^a Fontana: *Los catalanes en la guerra de España*, Samarán, Madrid, 1957). En este campo fue ejecutado un médico llamado Casimiro Torréns, por negarse a certificar la defunción de un prisionero por enfermedad, el cual había muerto a causa de los malos tratos. El mismo Monroy fue jefe también del Campo de Trabajo establecido en Hospitalet del Infante.

También fueron muy duras las condiciones de vida del *Campo de Trabajo de Falset*, uno de cuyos destacamentos se encontraba desplazado en Porrera. Sin embargo, el Campo de Trabajo considerado como peor, fue el de Concabella y en el que, según el testimonio de veinticinco jóvenes desertores internados en este Campo de Trabajo, n.º 4, durante los primeros quince días que llevaban en él, presenciaron treinta y dos fusilamientos de compañeros suyos. Los guardianes de este Campo podían libremente golpear a los prisioneros.

La justicia castrense de la República había comenzado su labor desde el 24 de agosto de 1936, en que empezaron a funcionar los llamados Tribunales Especiales, encargados en todas las Audiencias Provinciales de Cataluña, como juzgados populares para la represión del fascismo, cuidando principalmente de juzgar los calificados como delitos de rebelión militar activa, llevados a cabo por jefes y oficiales levantados en armas el 18 de julio.

Dos decretos posteriores, uno del 28 de agosto del mismo año, otorgaban amplia competencia a los Tribunales Populares, para la represión de aquellos delitos que afectaran a la seguridad exterior del Estado, perpetrados a partir del 17 de julio último, dejando constancia en el «Diari Oficial de la Generalitat» con fecha del 23 de agosto de 1936. El siguiente Decreto lo fue con fecha del 22 de septiembre y también inserto en el mismo «Diari» extendiendo la competencia del Tribunal Popular de Barcelona respecto a los delitos militares y comunes realizados por militares y civiles a partir del 19 de julio, próximo pasado, concerniente a las operaciones de campaña, o en el territorio donde éstas se llevaran a cabo. El día 5 de enero de 1937 un nuevo Decreto equivalía a la refundición de los dos anteriores, estableciéndose las sanciones correspondientes a los actos delictivos que se definían, y concretaban con las penas correspondientes en la siguiente forma:

- 1.º *Medida suprema de defensa social*: Pena de muerte ejecutada por fusilamiento.
- 2.º *Privación de libertad*: a) En Campo de Trabajo correccional; b) En prisiones comunes.
- 3.º *Trabajos en provecho de la colectividad*: Se llevarán a cabo en Campos de Trabajo.
- 4.º *Privación de derechos*.
- 5.º *Destierro*.
- 6.º *Prohibición de actividades profesionales*: De carácter pecuniario.

- 1.º —*Confiscación.*
- 2.º —*Multa.*
- 3.º —*Pago de daños.*

Estas sanciones se aplicaban por actos de rebelión armada contra los organismos político-administrativos, creados por la Revolución; a los que sostuvieron relaciones con países extranjeros con propósitos o fines contrarrevolucionarios; a cuantos realizaran actos de espionaje, transmisión, captación o compilación de noticias de carácter político, económico o militar con objeto de transmitir las al enemigo, gobiernos extranjeros, organizaciones personas de ideología calificada como contrarrevolucionaria; aquellos otros que llevaran a cabo actividades calificadas de derrotistas, se les aplicaría según la gravedad de los casos, la pena de muerte o privación de libertad.

Si en algún caso concurrieran circunstancias atenuantes que disminuyeran la peligrosidad de las mismas, la medida de defensa social podría reducirse a tres años de trabajos en *Campo de Trabajo* como mínimo, y además la confiscación absoluta o parcial de los bienes del condenado.

Asimismo, los actos de sabotaje a la nueva economía se condenaban con un año de privación de libertad y confiscación total o parcial de bienes. Si en tales delitos convergían agravantes, se podía aplicar la pena de muerte o el internamiento en *Campos de Trabajo*. Toda detención quedaría sin efecto o se elevaría a encarcelamiento dentro de las 72 horas de haber sido librado el detenido al Tribunal Popular competente.

El Tribunal Popular Especial juzgó desde el día 19 de julio de 1936 hasta el 19 de febrero de 1937 —siete meses de actuación—, a 228 Jefes y Oficiales, absolviendo a 18, y condenando a penas correccionales inferiores a 6 años a 14 de ellos, y con penas superiores a los 6 años, a 76. Los condenados a muerte fueron 120.

Los Tribunales de Espionaje y Alta traición en Cataluña, fueron creados en el año 1937. Eran dos: el Central, radicado en Valencia primeramente y después en Barcelona. El segundo, de Cataluña, tenía también su sede en Barcelona. Tales Tribunales entendían a cuanto se refería a espionaje, derrotismo y alta traición. El de Cataluña estuvo presidido por don Alfonso Rodríguez Dranget. Los delitos, como se ha indicado, podían ser por sabotajes; como voladuras de puentes, facilitar datos al enemigo sobre la situación de fábricas de material de guerra, depósitos militares, fábricas de energía eléctrica, o de puntos que podían considerarse de importancia militar.

El Tribunal Militar Permanente de la Demarcación Catalana estuvo integrado por un presidente, dos vocales y el fiscal: el auditor-presidente mayor, don José Luis González Mangado; el vocal militar, coronel don César Blanco; el vocal comisario don Francisco Gil Vallejo, y formaban el Tribunal Militar Permanente de Cataluña como administradores de la justicia castrense. El mayor del Cuerpo Jurídico, don José

Luis González Mangado, había ingresado en el Ejército por el año 1932 y al estallar la guerra tenía el grado de capitán. Fue quien mantuvo la acusación contra el general López Varela, y otros militares, en el juicio celebrado en el vapor «Uruguay». Desde el día 5 de abril del año 1937 fue Presidente del Tribunal Permanente de Cataluña, hasta que en 1938 fue ascendido a mayor por el Gobierno republicano, concediéndosele la antigüedad del 19 de julio.

De los dos vocales, el militar pertenecía al arma de artillería y lo fue el coronel don César Blasco Casera, quien con otros cinco o seis jefes militares, se habían presentado la noche del 18 de julio en el Ministerio de la Guerra de Madrid, para servir a la República. Con anterioridad a su cargo en el Tribunal Militar, había permanecido en el frente del combate y ejercido la inspección de las fuerzas de artillería en el Centro, durante varios meses, siendo nombrado posteriormente juez especial por el Gobierno republicano, y concediéndosele la Medalla del Deber.

Era vocal comisario el letrado don Francisco Gil Vallejo. Había operado como comisario del IV Cuerpo de Ejército, participando el 8 de octubre del año 1937 en la batalla de Guadalajara, en la que resultó herido en una de las piernas al ser alcanzado por un casco de metralla. También había tomado parte en las operaciones militares en la conquista de Almadrones y de Algona, antes de que finalizara el año 1936. Formó parte del Ejército de Extremadura, como Comisario de la 36 División, interviniendo en el ataque a La Tórrela, junto al río Algodor y en la carretera de Jadraque a Mira al Río. Su amigo, el Comisario de la 71 División, José del Pozo, fue hecho prisionero por las tropas nacionales.

Fue fiscal del Tribunal Militar Permanente de Cataluña, el capitán jurídico don Eduardo Ayala García Duarte, Había sido ayudante de la cátedra de Derecho Penal que en la Universidad de Madrid había desempeñado don Luis Jiménez Asúa. Desde el mes de enero de 1937 había sido destinado a la Sección de Información del Estado Mayor Central, pasando a serlo posteriormente del Ejército del Este. Fue nombrado teniente auditor y asesor jurídico del Ejército de maniobras, hasta ser destinado al Tribunal Permanente de Cataluña.

Contó asimismo dicho tribunal con cuatro secretarios relatores instructores, pertenecientes al Cuerpo Jurídico Militar, quienes cuidaban de incoar los procedimientos, supliendo con funciones a los antiguos jueces instructores. Fueron relatores del Tribunal Militar Permanente de la demarcación catalana, el teniente coronel, don Manuel del Nido; capitán, don Alfonso Benigno Bernabeu; don Carlos Torres Pérez, capitán del Cuerpo Jurídico militar, así como también el teniente don Salvador Ballesteros Usano. En este Tribunal Militar Permanente funcionaron asimismo las secciones de Secretaría, Archivo y Registro y un negociado de presos con su correspondiente fichero.

Dicho Tribunal efectuó desplazamientos a Gerona, Lérida, Cardona, Tarragona, Cervera y otras plazas. Desde el primero de enero del año 1938 intervino hasta el mes de julio del mismo año, en 2515 causas, y en 2400 procedimientos. Pasaron por este

Tribunal desde comienzos del año 1938 hasta julio del mismo, 536 procesados, resultando que 476 de ellos fueron condenados y los 67 restantes absueltos. La creación del Tribunal Militar Permanente databa del 21 de octubre del año 1937, sustituyendo a los llamados Tribunales Populares de Guerra.

En el mes de agosto de 1937 se creó el C. R. I. M., Inspección General de Reclutamiento, Instrucción y Movilización del que emanaban 19 centros, que vigilaban la organización del ejército republicano. El conjunto de estos 19 centros era conocido por el C. R. I. M. (Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización) de los cuales seis correspondían a la zona catalana. De la Inspección General de Reclutamiento dependían asimismo 50 campos de instrucción militar, donde se formaban e instruían los reclutas de los reemplazos llamados a las armas. La dirección de estos campos de instrucción corría a cargo de jefes y oficiales que, previamente, habían realizado estudios especiales en la Escuela de Instructores.

Para dirigir la compleja organización que debía materializarse en la creación del Ejército Popular Regular de la República se designó al teniente coronel don Servando Moreno Rēja.

Había sido miembro del Comité Revolucionario de Lérida, en el año 1930, y había sostenido relación, personal y directa con Fermín Galán para la instauración de la República en la fallida sublevación de Jaca. El teniente coronel Moreno participó en la defensa de Madrid en los dramáticos días de noviembre de 1936. Fue, durante la guerra, creador y organizador de diversas unidades. Como colaborador del teniente coronel Moreno estuvo el comisario J. Almendros Jiménez, secretario del Comité militar del Partido Socialista Unificado de Cataluña y de la U. G. T. (Unión; General de Trabajadores), el cual ya había actuado en el Secretariado de la Consejería de Defensa de Cataluña y había sido comisario del Estado Mayor del Ejército del Este.

Las desertiones de combatientes eran cada vez más numerosas entre el ejército republicano, que aprovechando un permiso para regresar a la retaguardia se escondían en ella, a veces definitivamente, usando de todos los recursos para no volver al frente; los numerosos prófugos así como también aquellos otros que, por simpatías o identificación ideológica con los ideales del ejército del general Franco, intentaban la huida por la frontera; la evasión de cuantos para no incorporarse a filas se cobijaban en el Montseny, obligaba a los carabineros y guardias de Asalto a frecuentes batidas y rastreo de montes, que se convertían en auténticos viveros de prófugos. Tal situación acabó transformándose en un grave problema para las autoridades militares, que tuvieron que activar las funciones de los Tribunales.

La vigilancia fronteriza se efectuaba conjuntamente por fuerzas de carabineros y de guardias de Asalto, las constantes batidas en las que participaban compañías de carabineros o de guardias, se dirigían contra los importantes núcleos de desertores, prófugos y personas que eludiendo el cumplimiento de sus deberes militares, pretendían pasar a la zona nacional, o esconderse hasta que la guerra finalizara. Los detenidos en tales incursiones eran puestos en manos de los Tribunales Militares

pero, después, debido a la cada vez más apremiante necesidad de combatientes, se les amnistiaba de la pena a que habían sido condenados; en otros casos los procedimientos incoados por deserción eran sobreseídos siendo los detenidos inmediatamente enviados al frente para luchar como soldados.

Por otra parte, con la colaboración del denominado «Socorro Blanco» se organizaron verdaderas expediciones de prófugos, desertores y personas que ansiaban llegar a la España nacional. Estas expediciones, en algunos casos llegaron a sumar cifras tan importantes que ascendían al centenar de huidos. Su formación se debía a una ya poderosa y verdadera organización clandestina que actuaba en el mismo seno de la zona republicana. Algunos de los componentes de tales caravanas de fugitivos se proveían de armas y al verse sorprendidos en los montes por fuerzas de guardias de Asalto o carabineros, se enfrentaban a ellos e intentaban repelerles, abriendo fuego y originándose auténticos combates. Las represiones contra los capturados en ocasiones solían ser draconianas.

En consecuencia, fueron tomadas las medidas que se consideraron más eficientes para impedir que tales fugas del territorio republicano pudieran llevarse a cabo y muchos de los miembros implicados en tales organizaciones clandestinas del paso de fronteras, hombres y mujeres, fueron condenados a muerte por los Tribunales Militares y fusilados.

Las penas de muerte fueron abundantes, pero no se consiguió acabar con las deserciones, los prófugos, ni las evasiones, activándose entonces las funciones del denominado S. I. M, Servicio de Investigación Militar. Los detenidos, después de pasar por el Tribunal de Guardia Permanente, eran conducidos a la fortaleza de Montjuic, donde los sentenciados a la última pena eran fusilados y los otros destinados a los *Campos de Trabajo*.

En el castillo de Montjuic, los presos estaban separados de los prisioneros de guerra, propiamente dichos. Entre éstos se encontraban, entre los varios oficiales nacionales, unos aviadores que habían sido heridos, al ser arrastrados por sus paracaídas cuando su avión fue alcanzado por un casco de metralla de una de las baterías antiaéreas. Algunos de los internados en el castillo aseguraban que, por su uniforme y maneras, los aviadores eran extranjeros, posiblemente alemanes de los pertenecientes a la «Legión Cóndor». A causa de sus heridas se les veía, a diario, asistir a reconocimiento médico.

Hasta fines del año 1937, se permitió las visitas de los familiares a los presos del castillo, una sola vez a la semana. Se les reunía en uno de los patios de la fortaleza, donde podían ver y hablar con los suyos, separados por alta y doble verja metálica. Las visitas se interrumpieron, casi totalmente, cuando el castillo de Montjuic pasó a depender del Servicio de Información Militar (S. I. M.).

Testimonio de Luis San José Lázaro, teniente de complemento. Medalla al Mérito Militar.

Don Luis José Lázaro, licenciado en Derecho y teniente de complemento, encontrándose en Barcelona se incorporó a filas cuando fue llamado su reemplazo por el Gobierno republicano. Fue nombrado oficial instructor, pero denunciado por sus simpatías e ideologías a la España de Franco, fue internado en el castillo de Montjuic, recién iniciada la guerra española y del que consiguió salir con fecha del 21 de noviembre de 1936.

De nuevo incorporado como instructor de milicias decidió pasar a la España nacional. Debido a diversas y secretas gestiones, salió clandestinamente de Barcelona y de acuerdo con instrucciones recibidas entró en contacto con un simpatizante de los nacionales quien una vez fuera de Barcelona le acompañó hasta un bosque y le puso en contacto con un guía que le llevó hasta un grupo de personas que habían decidido escapar de la España republicana. El contingente de fugitivos llegaba hasta 150 personas. Cuando ya habían emprendido la marcha fueron descubiertos en las cercanías del pueblo de Arcabell, por las fuerzas de carabineros, cuando ya estaban casi en la frontera con Andorra. Las tropas de carabineros sumaban una fuerza de 150 hombres, y como fuera que entre los huidos los había que iban provistos de armas de fuego, se desencadenó un tiroteo contra las fuerzas de carabineros del que resultaron muertos ocho de estos así como heridos algunos otros.

El mayor número de carabineros hizo que se entregaran los que habían intentado la fuga. Capturados, fueron trasladados a la Seu d'Urgell, donde la población adicta a la República, enterada de las víctimas habidas entre los carabineros, quería a toda costa exterminar a todo el contingente de fugitivos. (Existe un artículo original del «Tebib Arrumi», aparecido en el periódico *Unidad* dando cuenta de la aventura).

Posteriormente, el detenido Luis San José Lázaro que formaba parte de aquel contingente, fue trasladado al viejo castillo de Gardeny (Lérida), donde se hallaban otros concentrados, en el que permaneció durante un mes en condiciones infrahumanas, hasta que fue trasladado al *Campo de Trabajo de Torres del Obispo*, cuyo jefe era el comandante Marcelino Zapatero. Más tarde se le destinó a un nuevo Campo, el de Sayabes, donde estuvo hasta finales del mes de marzo del año 1938, del que pudo evadirse a pesar de vestir el uniforme de preso de guerra, consistente en un pijama de grandes franjas o listas verticales, blancas y azules. Se presentó a las tropas nacionales que habían tomado Graus. Fue enviado a Valladolid y después de haber sido juzgado por un Consejo de Oficiales Generales de aquella plaza, fue absuelto con todos los pronunciamientos favorables. Poco después, fue puesto a disposición del Jefe de las Fuerzas de Marruecos, siendo destinado al 4.º Escuadrón del Grupo 3 de Regulares de Ceuta; luego a la División de Artillería, en la que se le destinó a la 1.ª Brigada, y de ésta, al Regimiento Táctico de Cazadores de Calatrava y en el

Escuadrón de Armas Automáticas como oficial del mencionado escuadrón, tomando parte en la contraofensiva del Segre de noviembre del año 1938. También estuvo en la campaña de Cataluña en la que durante veinte días fue ayudante del Jefe del 2.º Grupo de Escuadrones de Regimiento y por último, intervino en las operaciones de rotura del frente de Toledo y en las posteriores, hasta el fin de la campaña, concediéndosele la Medalla al Mérito Militar.

Testimonio de M. P., uno de los guardianes del Campo de Trabajo de Torres del Obispo (prefiere pasar anónimo).

«Cuando la guerra española fui destinado a la custodia de prisioneros en el *Campo de Trabajo de Torres del Obispo*.

»Me alisté como voluntario, con poca anticipación a la llamada del reemplazo a que pertenezco. Mi sólo propósito era buscarme un destino que me evitara marchar al frente. Soy catalán y recordando el viejo refrán, en mi fuero interno me dije “Els moros que els mati Déu” (“A los moros que los mate Dios”).

»La idea me surgió después de sostener una conversación sobre este tema con un amigo que pertenecía al F. O. C. C. I., tal como se llamaba al Sindicato de camareros al que él estaba encuadrado. Él fue quien me puso al corriente de la cuestión. Siguiendo sus consejos, pero sin haber sido jamás camarero, ni haber servido en mi vida a una mesa de café de restaurante, me hice del Sindicato. Una vez que me hube ofrecido como voluntario, se me envió al Castillo de Montjuic, donde tuve que presentarme ante el comandante Zapatero, quien en el castillo estaba organizando un Batallón compuesto tanto de presos políticos como de prisioneros de guerra que iban destinados a *Campos de Trabajo*.

»Era el comandante Zapatero un hombre alto, de buena presencia, fuerte y de acusada personalidad. Una vez hube hecho la presentación reglamentaria, me destinó a la guardia del castillo. Me refiero al cuerpo de guardia del mismo, que vigilaba solamente en la parte exterior del recinto o cuerpo de la fortaleza. Me nombró cabo y desempeñé este servicio. Allí éramos todos gente que con nuestras mañas, habíamos conseguido, en principio, libramos de ser mandados al frente. Es decir, una pandilla de vividores. El miedo a las incomodidades y a morir, era lo que nos había reunido allí. En una ocasión, con gran alarma por mi parte, sorprendí en el cuerpo de guardia a uno que estaba jugando a montar y desmontar una pistola. Alarmado, no pude contenerme y le grité, advirtiéndole: “Aquí no hay por qué jugar con las armas. El que se sienta muy valiente que se marche al frente lo antes posible”. Y añadí, para expresar el sentido y razón de por qué nos hallábamos en aquel lugar: “¡A ver si estamos aquí por miedo a perder el pellejo y nos matamos sin haber estado en el frente!”.

»En otra ocasión, resolví cambiar una costumbre establecida hasta entonces. A la entrada del castillo, en el lado derecho, se encontraban encerrados unos sacerdotes y

en el lado opuesto, en otro calabozo, un grupo de homosexuales. La limpieza y barrido del cuerpo de guardia, corría a cargo, a diario, de los sacerdotes. Un día, cambié aquel estado de cosas. No me pareció bien que se humillase a aquellos hombres que habían recibido una notable formación cultural, en faenas que les eran impropias. Así que ordené que, en adelante, no volverían a realizar tales trabajos, a serme posible. Fui al calabozo de los homosexuales y pedí voluntarios para efectuar la limpieza del cuerpo de guardia. Salieron “todas” afanosamente y con gran regocijo, ofreciéndose en envidiable competencia para el trabajo. Pusieron los invertidos sexuales tanta diligencia en su cometido, que dejaron el cuerpo de guardia más aseado y relumbrante que la casa de la Cenicienta. Cuando el oficial que estaba de servicio entró aquel día en el cuerpo de guardia, la limpieza casi le hería las pupilas. Cuando le conté lo ocurrido, me felicitó por la medida adoptada y la felicitación se hizo extensiva en la lectura del orden del día. Por tal motivo, los curas me bendecían con sus agradecidas miradas. Uno de ellos no quiso quedarse sin expresar su felicitación y complacencia y cuando así lo expresó, yo, que no quería compromisos, entre bromas y veras, le advertí con la voz bronca como si fuese un general: “¡Ustedes recen Padrenuestros para que termine cuanto antes la guerra, cojones! ¡Y a mí no me líen!”.

»Cuando el Batallón de presos, prófugos y prisioneros estuvo organizado y a punto de marcha, se me enroló en el mismo y partí en compañía del comandante Zapatero, bajo sus órdenes, como escolta o guardián. Fuimos al *Campo de Trabajadores de Torres del Obispo*, en Huesca. Si se me pregunta cómo se trataba a los concentrados en el Campo, no voy a decir que se les tratara como huéspedes de un hotel de cuatro estrellas, porque jamás un hombre que está cautivo y bajo la voluntad de otros que disponen de su persona —ocurra donde ocurra—, puede ser bien tratado como otro que es libre y, por tanto, no se le ha desposeído de los derechos inherentes a su libertad cívica y humana, de la que puede hacer uso.

»Por lo demás, los prisioneros en el *Campo de Torres del Obispo*, estaban muy vigilados, ya que se habían dado órdenes draconianas respecto a ellos. Por ejemplo: en caso de que en cada grupo de cinco, uno se fugara, se hacía responsables a los restantes del grupo y serían fusilados por supuesta complicidad. Sin embargo, se dio el caso curioso que entre los soldados de vigilancia se encontraban cinco que, cuando la oportunidad les fue propicia, se pasaron al ejército nacional. Resultó que eran cinco falangistas que se habían camuflado prestando servicios como guardianes en el Campo de Trabajo.

»Por lo que a mí respecta, en ninguna ocasión traté mal a los internados, prueba de lo que digo es que una vez que la guerra hubo terminado, no sólo no sufrí corrección de ninguna clase, sino que nadie me causó la menor molestia. En lo que respecta al comandante Zapatero, por lo que a mí se refiere, su trato fue excelente, Supe posteriormente que había sido muerto, cuando la retirada de las tropas republicanas hacia la frontera».

Testimonio de Pablo Garriga de Mercader, teniente de la columna. «Macià-Companys».

«Conocí al comandante Marcelino Zapatero durante las operaciones del frustrado desembarco para la conquista de Mallorca, llevado a cabo por el capitán Bayo y el entonces teniente Gil Cabrero, al que, en adelante, los milicianos apodaron Gil “Cabrón” por haberles dejado, según ellos, abandonados y en la estacada en la isla de Ibiza. Zapatero había sido con anterioridad al Movimiento, suboficial de la Legión y después sargento del cuerpo de guardias de Asalto, Perteneía al P. S. U. C. (Partido Socialista Unificado de Cataluña) y fue puesto al mando de la columna “Macià-Companys” y del Batallón “Stalin”. Por lo que al comandante Marcelino se refiere, debo decir que conmigo, en toda ocasión, se mostró benévolo aunque era hombre de recio carácter, determinado, según su naturaleza y temperamento militar.

»Era un jefe que jamás tenía una negativa para sus soldados pero al mismo tiempo, en lo que concernía al servicio, era inflexible y, con la misma prontitud que se llevaba un cigarrillo a los labios le pegaba, si era necesario e inevitable, un tiro a cualquiera. Estando durante la época de las milicias en el pueblo de Yequeda (Huesca), se enteró de las andanzas e inquietudes de un miliciano que, como jefe, se había establecido en el pueblo de Apies, también en Huesca. Se trataba de uno de los asesinos que desgraciadamente salieron a luz en meses, del principio de la guerra. Elegía a los vecinos a los que se había tachado de fascistas y los hacía ejecutar. En algunas ocasiones, cuando se enteraba que la esposa del condenado a muerte era de buen ver, le ofrecía la salvación del esposo a cambio de pasar la noche en su aborrecible compañía como correspondencia a su generosidad. Se decía que alguna de aquellas desventuradas mujeres, con objeto de salvar a su marido, habían accedido a tan degradadas proposiciones. No se sabía con certeza si se había consumado tan canallesco trato, pero lo único cierto era el resultado que, siempre era el mismo; tanto en caso de aceptación o de negativa, a la mañana del día siguiente el marido de la infortunada mujer había sido asesinado. Las murmuraciones y noticias, así como el comportamiento del jefe de Yepes, llegaron a oídos del comandante Zapatero, con su consiguiente furia, dado su temperamento arrojado y justiciero. Esto prosiguió hasta que, una mañana, el comandante se subió al coche acompañado de sus tres escoltas personales, uno de los cuales era valenciano y se dirigieron rápidamente a Yepes. A su llegada, el que se había erigido en amo y señor del pueblo “con derecho a pernada”, salió al encuentro de Zapatero dando muestras de gran alegría, ya que imaginaba que se trataba de una visita amistosa. “Tenía ganas de verte en mi pueblo, Zapatero” —le saludó iniciando un abrazo. Zapatero, a su vez, ya apeado del coche, sacó rápido la pistola y disparando sobre él a quemarropa, contestó tajante: “Y yo también a ti, por hijo de puta...”. Los mismos disparos de la pistola ahogaron las palabras del comandante. Cuando el otro cayó en tierra, ya estaba muerto. El

comandante volvió a subir al coche con los suyos y sin decir palabra emprendió el viaje de regreso. En Yepes todo el mundo estuvo de acuerdo con el comportamiento del comandante Marcelino Zapatero. Alabaron su espíritu justiciero aunque implacable.

»En otra ocasión, durante un ataque, uno de los combatientes que hasta aquel día en lo único que se había distinguido era en sus bravuconadas y que decía en todo momento ser comunista, cuando el combate era más intenso se sintió dominado por el pánico y, de pronto, volvió la espalda al peligro, emprendiendo la huida, con riesgo de que su conducta desencadenara una retirada general. Capturado posteriormente, se le sometió a un improvisado Consejo de Guerra que el mismo comandante presidía. La pena propuesta por unanimidad fue la de muerte por fusilamiento, a excepción del comandante Zapatero quien argumentó que si el combatiente no tenía “c...” era una debilidad sobre la que nada se podía hacer y que, en tal caso, en vez de fusilarle, era mejor mandarlo a la retaguardia, donde posiblemente sería más útil que en el frente.

»Al ser disuelto el Batallón “Stalin”, el comandante Marcelino Zapatero fue destinado a Barcelona, a los cuarteles del Parque de la Ciudadela, donde estuvieron los Regimientos 57 y 58, llamados de Vergara y Alcántara, Fue comandante en el Cuartel de Intendencia y controló la organización de columnas que partían al frente, Luego se le trasladó al Castillo de Montjuic, donde se encargó de la organización de un Batallón de presos políticos y de prisioneros de guerra, prófugos y desertores, con el que se trasladó a Torres del Obispo, donde estaba establecido el Campo de Trabajo del mismo nombre.

»Finalmente, a la retirada del ejército republicano, ya cerca de la frontera se dio un caso de desertión entre sus hombres. Capturado el desertor y sometido a Consejo de Guerra, fue condenado a muerte y pasado por las armas. El mismo comandante había solicitado la conmutación de la pena, pero cuando ésta llegó a la comandancia, el soldado ya había sido fusilado. Puedo confirmar que el comandante se lamentó de lo tardío de la noticia y de la ineficacia de la conmutación de la pena. Este hecho ocurrió concretamente en Molló y el fusilamiento tuvo lugar en el Serrat de Molló. Pocos días después, encontrábase el comandante Zapatero en la masía de “can Freixada”, situada en el camino de Espinavell, cerca de la frontera con Francia, que se hallaba en las proximidades del Coll Pregó, desde donde partía el camino que conducía a La Farga de la Prestte (Francia). Hallándose pues, como digo, el comandante en la masía de “can Freixada”, se personó inesperadamente el hermano del que había sido fusilado (ambos servían en la misma unidad) y, al mismo tiempo que disparaba sobre el comandante, justificó su asesinato con parecidas palabras: “Tú mataste a mi hermano y yo te mato a ti”. El comandante cayó muerto. Seguidamente de cometer su crimen, el soldado desapareció con la misma prontitud que había aparecido. El comandante fue enterrado en las cercanías de la masía de “can Freixada” sin que quedara de su sepultura indicación alguna.

»Terminada la guerra, y cuando yo estaba encarcelado como preso de guerra, en la prisión me encontré con el que había sido el asesino del comandante Zapatero. Mi repulsión fue tan grande al recordarle, que simulé no haberle visto.

»Cuando la guerra ya llevaba muchos, años terminada, en uno de mis viajes, encontrándome cerca de Molló, decidí determinar el lugar exacto donde el comandante había recibido sepultura. Fui a la masía de “can Freixada” para indagar sobre ello. A mis preguntas, una anciana que fue la que me atendió, me dijo que, en efecto, allí había sido muerto un comandante, pero que ignoraba su nombre y el lugar donde le habían enterrado. Tuve que marcharme sin haberlo averiguado pero mentalmente, en el regreso, recordé mucho al comandante Marcelino Zapatero porque, independientemente de distintas y posibles opiniones, conmigo se comportó como un buen compañero al que yo tuve en gran estima. Esto es lo que yo puedo decir del que fue mi superior, el comandante Marcelino Zapatero».

Los testimonios de cuantos estuvieron concentrados y sobrevivieron a su internamiento en los Campos de Trabajo republicanos y Batallones a los que fueron encuadrados, serían interminables. Así lo atestiguan las listas de excautivos y las «Hermandades» de los mismos. Como consecuencia de la terrible experiencia de la contienda, toda España en guerra entre sí se había transformado, en uno y otro lado, en poblaciones penitenciarias. La desgarrada superficie de nuestro país habíase convertido en campo de batalla, de persecución, de lucha y exterminio de unos y otros.

Las condiciones en el Castillo de Montjuic, considerado como Campo de Trabajo n.º 1, fueron, durante su primer período, comprendido con anterioridad a su dominio y control por el mucho mejores que cuando estuvo bajo control de esta organización represiva.

Testimonio de Luis Amat. Barcelona.

«Fui conducido al Castillo de Montjuic cuando me prendieron en una de las redadas de captura de prófugos llevadas a cabo en la zona republicano durante el año 1938. Hasta entonces, desde el comienzo de la guerra, había desobedecido la orden de incorporarme a filas al ser llamado mi reemplazo para las armas, permaneciendo escondido. Estuve en el campo de trabajo de Montjuic y después internado en el del Pueblo Español de Barcelona. De los dos centros guardo, como todo aquel que pasó por ellos, amargos recuerdos.

»En Montjuic, la comida que se nos daba era tan poca, que en mi mente el deseo de comer en abundancia se convirtió en una verdadera obsesión. No era yo sólo quien siempre tenía hambre sino la mayoría de los que estábamos en el Castillo. La falta de comida todavía iba a agravarse más, pues corrió el rumor de que sería aún más escasa. Nos asustamos ante tales perspectivas y con algunos de mis compañeros

decidimos ahorrar un poco de pan cada día, con objeto de tener siempre un pan adelantado. Con muchos sacrificios conseguí, lo mismo que otros, disponer de ese pan que guardábamos celosamente escondido. Era para cada uno su tesoro. Nos comíamos el correspondiente a la jornada anterior y lo renovábamos por el del día. No sé todavía cómo ni a qué fue debido, pero uno de aquellos días se hizo un registro en la nave en que yo estaba. Todas las pertenencias fueron registradas. Nuestra desesperación fue inmensa cuando se descubrió el pan que teníamos escondido. Las autoridades del Castillo, ante el hallazgo, llegaron a la siguiente conclusión: la pieza de pan demostraba nuestro instinto acumulativo como distintivo de clase especulativa, fascista y reaccionaria. Aquel pan era una clara manifestación de un sobrante en la alimentación, destinado a su venta, o por el contrario, comprado a quienes les sobraba. El resultado fue que nos quedamos sin el pan que tanto espíritu de sacrificio había significado no comerlo.

»En otra ocasión se nos hizo formar en uno de los patios y el jefe de Campo nos aplicó un “paso ligero” como correctivo, a excepción de aquellos que por razones de salud se lo impidiera. Uno de mis compañeros, Andrés Ros, natural de Moya y todavía vivo actualmente, se salió de la formación, presentándose ante el comandante alegando que estaba delicado de los pulmones, como era cierto. El comandante dejó que quedara al margen del correctivo que se nos iba a aplicar. Sin embargo, Andrés Ros fue llamado aparte por los guardianes y le dieron una tanda de palos. Dolido y a la vez asombrado por un trato que no correspondía a motivación alguna, protestó por ello a los mismos que le habían apaleado. Le respondieron que no había obrado disciplinadamente al dirigirse al jefe del Campo sin proceder por orden, reglamentario.

»Se encontraba con nosotros un viejo capitán de la marina mercante que había sido detenido por tener dos hijos aviadores en la zona nacionalista, haciéndosele de ello responsable. El capitán era de Sant Felú de Codinas, hombre alto, delgado, con el pelo plateado. Con frecuencia se quedaba extasiado contemplando el mar por una de las verticales aspilleras del recio muro por la que se veía el Mediterráneo. El capitán, murmuraba con delectación, los ojos fijos en la mar azul y con el ansia frustrada de antemano: “¡Una barcaza...! ¡Con una simple barca me bastaría para alcanzar Mallorca y estar a salvo y con los míos en el otro lado! ¡Una barcaza y os llevaba a Mallorca!”.

»Siempre estaba mirando el mar, con los ojos tristes, enjuto el perfil y el pelo desordenado y caído sobre las sienes, como plumas plateadas. Jamás he olvidado el rostro y la figura seca del capitán de la marina mercante, cautivo, en la mísera limitación del encierro, con los ojos prendidos en la superficie del mar, libre y sin paredones que lo encerrarán.

»Las salas de cautivos dependían de unos “responsables” que paradójicamente eran, a su vez, prisioneros como nosotros. Cuando algún oficial entraba en la sala, corrían presurosos a su encuentro, se cuadraban marcialmente y saludaban

militarmente, erguidos con el puño cerrado. Luego daban las novedades al oficial y le seguían los pasos como perros, pegados a sus botas, mientras el superior recorría la sala observándolo todo. Eran cautivos como todos los demás que estábamos allí y, sin embargo, se mostraban serviles con sus apresores. No daban asco pero la miseria humana es ilimitada y su comportamiento era debido al miedo; no les importaba el desprecio de sus compañeros, espoleados por el deseo de conseguir un poco más de rancho o alguna otra pequeña ventaja, a cambio del desprecio de su propia estimación y dignidad.

»Posteriormente me trasladaron al Campo de Trabajo del “Pueblo Español” en el recinto de los jardines de la Exposición, en Barcelona. En el “Pueblo Español” los parásitos me comían vivo, lo mismo que a los demás que estaban en el Campo de Trabajo, estábamos en una de las plazas y dormíamos bajo los soportales de la misma, cuyos arcos u ojos habían sido cerrados con maderas, de manera que por la noche dormíamos bajo el emporchado y de día nos echaban al patio. Allí estaban, castigados, algunos extranjeros pertenecientes a las Brigadas Internacionales. Uno de aquellos con el que por curiosidad cambié algunas palabras, era canadiense, pero no conseguí averiguar por qué motivos lo habían destinado a un Campo de Concentración.

»Durante mi permanencia en el Campo del Pueblo Español, se dio un caso de evasión. Fue muy comentado por la originalidad y sangre fría demostrada en la realización de la fuga, Dos de los concentrados se fugaron, utilizando una larga escalera de mano. Cargados con ella a hombros, uno en cada extremo de la misma, salieron tranquilamente por la Puerta de Ávila que da al paseo del gran jardín, sin que la guardia les llamara la atención, pues creyeron que se trataba de dos obreros que estaban realizando algún trabajo en el interior del recinto. Los dos fugitivos, una vez se hubieron alejado lo bastante para no ser vistos, abandonaron la escalera entre los espesos arbustos y huyeron lo más rápidamente posible.

»Pude salir del Campo de Trabajo del Pueblo Español, cuando se otorgó una amnistía que perdonaba a los prófugos y desertores, con la condición de que serían alistados en el ejército republicano y destinados al frente. Junto con algunos más, fui conducido a la sede del C. R. I. M., en aquel momento situada en la Bonanova, en cuyas oficinas encontré a un amigo mío que era sobrino del sacerdote don Angel Obiols, recientemente fallecido en Sarriá, donde siempre gozó de gran estima. En seguida, mi amigo me extendió la documentación necesaria, diciéndome que en la misma no figuraba la inicial y al mismo tiempo contraseña correspondiente a la inicial “A”, que indicaba a las autoridades militares de la unidad a que se le destinaba, que era un amnistiado. Algunos de los que estaban en los servicios del C. R. I. M., lo mismo que en otros organismos, eran simpatizantes de Franco, cuando no adictos, y comprometidos con organizaciones clandestinas blancas. Con la nueva documentación, no quedaba ninguna señal de que había sido beneficiado por la amnistía. La ausencia de la inicial ya no indicaría un antecedente que en lo sucesivo

pudiera perjudicarme. Sin embargo, tampoco en esta ocasión acudí a las armas. Volví a esconderme y esperé el final de la guerra española, que ya no estaba muy lejano. Por nada del mundo quisiera volver a revivir aquellas experiencias, que nunca he olvidado».

6

Los prisioneros extranjeros en las dos zonas

Aquí fue la riña.

LARRA.
(Prólogo a *Horas de invierno*).

Tanto en la zona nacional como en la republicana, participaron extranjeros de las más diversas nacionalidades. La colaboración humana, a excepción de los combatientes «profesionales» fue, en ambas partes, generosamente ofrecida por motivos ideológicos y fines idealistas. Quedaron patentes, una vez más, las reflexiones doloridas de Mariano José de Larra: «Aquí fue la riña». «Ventilada la cuestión, aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor, y reclamaron la parte en el despojo». (Prólogo a *Horas de invierno*, de Eugenio Ochoa). Por su parte, Ortega y Gasset comentando este apéndice de «El Espectador» II, «Colección Austral», Espasa Calpe, 1966, Madrid, se lamentaba: «Un escritor español consciente de sus destinos no puede leer estos párrafos sin lágrimas en los ojos y un ardor de iracundia en el corazón».

Mussolini, a partir de la segunda quincena de diciembre de 1936, envió a España militares y «camisas negras», contingentes de tropas legionarias voluntarias, acompañadas de buen material de guerra, con el que colaborar con el ejército español del general Franco. Todos los italianos venidos a España eran voluntarios y, por lo menos, el cincuenta por ciento poseía suficiente experiencia bélica, pues habían combatido en la guerra de Abisinia. El 15 de enero del año 1937, habían llegado a España, tropas con efectivos equivalentes a una División italiana.

Según refiere André Brissaud, en su biografía *Canaris*, Ed. Noguer, Barcelona, 1972:

Hitler está decidido favorablemente a crear este cuerpo aéreo que se llamará «Legión Cóndor», y será mandado por el general Spearle, pero en modo alguno serán enviados «voluntarios» para el ejército de tierra; el mariscal Von Blomberg, contrario a esto ha llegado a convencer a Hitler sobre tal extremo.

El 7 de noviembre de 1936 se constituyó oficialmente la «Legión Cóndor», pero no estuvo realmente formada hasta finales del diciembre del mismo año.

No bastaba con enviar a España la «Legión Cóndor». Con mucha anterioridad, el 27 de julio de 1936, en una prolongada reunión celebrada en el Ministerio del Aire, en la denominada «Oficina del general Wilberg», que tenía a su cuidado la llamada operación «Fuego Mágico», se había dispuesto y planificado el suministro de material bélico a Franco, adjudicándosele 20 «Ju-52», cañones antiaéreos, emisores de onda corta y larga, armas cortas, y todo el material auxiliar y repuestos indispensables. Los cañones antiaéreos, eran de 200 mm; las municiones habían sido previamente embaladas en cajones etiquetados de «mudanzas de mobiliario» y enviados a Hamburgo (*La Legión Cóndor* por Peter Elstob, Ed. San Martín, Madrid, 1974).

Agentes alemanes iban a preocuparse como intermediarios, en lo sucesivo, de adquirir armas en el extranjero, en Checoslovaquia y Estados Unidos. La desgracia de la guerra civil que se debatía sobre España, iba a resultar un lucrativo negocio para

los países extranjeros, que negociarían con la sangre de los españoles, a causa de la falta de sentido de unidad e interés nacional de los mismos, por encima de sus propias diferencias políticas.

La ayuda por parte de la U. R. S. S. y de Francia a los republicanos no iba a ser menos generosa, pero en modo alguno gratuita. A su momento oportuno presentarían la factura, como así lo hicieron. Un torrente interminable de tanques, camiones, ametralladoras y armas de todas clases pasaban a diario la frontera francesa. Los barcos soviéticos partían desde los Dardanelos hacia puertos republicanos, transportando 700 toneladas de municiones, 1500 toneladas de víveres y 100 toneladas de productos farmacéuticos, coches blindados, camiones, aviones y, por otros conductos, especialistas y militares que lo mismo que los italianos y los alemanes en la zona rival, acudían a ejercitarse en vistas a la segunda Guerra Mundial, que se estaba gestando en toda Europa. España iba a servir de banco de pruebas para las nuevas armas, y el cielo espacio donde probar los nuevos modelos de aviones de caza y bombardeo.

Los cargueros alemanes regresaban de España cargados de materias primas: aceite de oliva y naranjas, cobre, mineral de hierro, piritas y metales escasos, como mercurio y volframio, y aunque con este trueque desproporcionado se acumulaba la deuda del lado español, el sistema beneficiaba a Alemania, desesperadamente falta de divisas. Las reservas de oro de España estaban en Madrid, y pronto camino de Rusia. Por tal motivo la moneda extranjera escaseaba en el banco nacional, aunque parece ser que Juan March había aportado al Movimiento una cantidad considerable de libras, al contado, antes de la guerra, a los que había que añadir los 10 millones de dólares que la familia real española sacó, con igual destino, de sus cuentas bancarias en el extranjero. («La Legión Cóndor», por Peter Stolb, pág. 85, Editorial San Martín, Madrid, 1974).

De esto se desprende que, en España, con anterioridad al Movimiento, no se disponía de cartuchos ni de material bélico para una guerra de dos meses de duración, pero sí de oro en el Banco de España de Madrid, y riquezas naturales en el bando nacional para que aquellas naciones extranjeras, que decían ser amigas de su bando, sacaran provecho de nuestro país que tenía un alto porcentaje de analfabetismo, carecía de las escuelas necesarias y sus maestros ejercían un magisterio menospreciado por todos los españoles por sus sueldos de hambre. Donde gobiernos monárquicos, y luego republicanos, no tuvieron jamás la sensatez necesaria para invertir el oro de España en renovarla, mas sí en destruirla, por aquello de siempre de que al español le importa mucho demostrar que tiene «riñones» y es capaz de meter toda «la carne en el asador» como se demostró en la guerra española. Sólo que la carne era la de sus propios compatriotas y la hoguera, alimentada con la leña que proporcionaban atizando el fuego, las naciones extranjeras.

La terrible masacre nacional, tuvo sus simpatizantes, instigadores y participantes, en ambos bandos. El día 16 de octubre del mismo 1936, habían llegado a España 150 aviadores rusos, un tercio de ellos pilotos, y las otras dos terceras partes especialistas en carros de combate. Los días 6 y 7 de noviembre desembarcaron en Cádiz 6500 combatientes germanos. El contingente de tropas auxiliares de tales fuerzas, estaba integrado por varias secciones de proyectores, una unidad de detección tierra-aire, un destacamento de transmisiones, compañías de señales, personal administrativo y una unidad de ambulancias. La paga era de 500 marcos mensuales para los soldados y de 700 para las clases de tropa.

La rivalidad entre la aviación rusa y alemana se pudo comprobar en el cielo de Madrid, durante los dramáticos días que pasaba el pueblo madrileño sufriendo, en su propia carne, las heridas de la guerra. El mismo Hermann Goering, iba a declarar, años más tarde, en el proceso de Nuremberg: «... Con autorización del Führer envié gran parte de nuestra flota de transporte y numerosas unidades de caza y bombardeo, así como algunos cañones antiaéreos. De ese modo tuve ocasión de comprobar en condiciones de combate, si el material era eficiente. Para que el personal adquiriese además experiencia práctica organicé una rotación continua, mandando constantemente unidades nuevas y repatriando las anteriores». Indudablemente, los pilotos alemanes que practicaron en España aplicarían después sus experiencias combatiendo en la segunda Guerra Mundial. Asimismo, los pilotos rusos que actuaron sobre nuestra patria, algunos se enfrentarían todavía contra aquellos que, a su vez, se habían ejercitado en territorio español, aunque algunos de los rusos ya habían desaparecido del escenario bélico debido a las represiones de Stalin.

A finales del año 1938, la «Legión Cóndor» les costaba a los alemanes la elevada suma de 187 millones de marcos, cantidad que tuvo que costear España mediante nuevas concesiones de explotación minera, para Alemania. (Peter Stolb, ob. cit., Ed. San Martín, Madrid, 1947).

Una vez terminada la contienda, se celebró un desfile en León, con motivo de la despedida de la «Legión Cóndor». Era el día 21 de mayo. A finales de mes, 6000 voluntarios alemanes repatriados, eran recibidos con todos los honores por el mariscal Goering, en Hamburgo. El día 6 de junio de 1939, desfilaron ante Hitler, en el mismo Berlín, 14 000 repatriados de la «Legión Cóndor» procedentes de España, donde se habían ejercitado.

En la zona republicana, el día 28 de octubre de 1938, según cita José Manuel Martínez Bande, en su libro *Las Brigadas Internacionales*, con abundante aportación de datos, se había celebrado la despedida de los brigadistas internacionales, desfilando éstos por el Paseo de Pedralbes, en Barcelona, y culminando la ceremonia con una cena en el Casino de la Rabassada, presidida por las más altas autoridades de la República y los más destacados jefes de las Brigadas Internacionales, finalizando con discursos, que fueron cerrados por el del doctor Negrín, que habló a los

brigadistas en francés, alemán, italiano e inglés y cuyas últimas palabras fueron una despedida en español.

Sin embargo, la repatriación de los voluntarios combatientes en la zona republicana fue muy laboriosa por estar sembrada de contratiempos inesperados, ya que varios de los países a que pertenecían, se negaron a costear los gastos de su repatriación y, lo que era más grave para ellos, ofrecían una franca rebeldía a readmitirlos. Por su parte, Bulgaria los consideraba apátridas, basándose en que habían aceptado las condiciones impuestas cuando habían entrado en España, ya que una vez traspasada la frontera francesa se les rompía (teóricamente) el pasaporte y sin el cual ya no podían salir del país legalmente. En vista de ello, algunos adquirieron la nacionalidad española. Las dificultades eran todavía mayores para los italianos y portugueses, que habían luchado al lado de la República, pues sabían que en modo alguno podían regresar a su país. La situación para cuantos se encontraron sin poder abandonar España, fue preocupante, pues como sea que las Brigadas Internacionales se habían disuelto, sus integrantes dejaron de percibir sus pagas.

El 12 de noviembre salió la primera expedición con un contingente formado por 1700 franceses. Seis días después (Martínez Bande), siguió otra expedición con un total de 491 excombatientes franceses, belgas, austríacos y luxemburgueses. En el mes de diciembre habían ya abandonado España 4049 brigadistas. El 12 de enero, según los datos oficiales convenidos, alcanzaban ya un total de 6206. La Comisión Internacional había aceptado la cifra de 14 000 brigadistas, como total existente en la zona republicana que seguían en el país. La cifra de los que habían salido, deducida del total admitido, daba los que se quedaban por distintos motivos en España, donde todavía la lucha proseguía. Cuando la contienda estaba ya prácticamente terminada, todavía jefes y oficiales brigadistas lograron concentrar en La Garriga un total de 2600 voluntarios, formado por hispanoamericanos, checos, alemanes y balcánicos, con los que se formaron veinte Compañías que se opusieron al ejército nacional en Granollers, pero se vieron obligados a retirarse en dirección a Figueras, convergiendo finalmente en la frontera un contingente de unos 4000 brigadistas. La retirada había sido trágica y heroica. El día 7 de febrero, pasaban la frontera por Le Perthus. No eran los últimos, pues, en abandonar España. Los últimos fueron los españoles de la 26 División, mandada por Ricardo Sanz, y lo hizo con dignidad, marchando con disciplina y debidamente formada. Los brigadistas internacionales fueron internados en los campos de Saint Ciprien, Vernet y Gurs, bajo las más rigurosas condiciones. Pero la odisea de los internacionales no había tocado a su fin con el término de la guerra española, y su concentración en los campos de Francia, pues más adelante serían embarcados y confinados en los Campos de muerte de África, donde poco a poco perecerían sometidos a las más infrahumanas condiciones de vida. Al primer intento de deportación de los brigadistas a África, fueron las mujeres españolas las que se amotinaron en el Campo de Concentración francés, peleando para impedirlo a brazo partido con los senegaleses y guardias móviles. En represión por tal actitud,

muchas de las mujeres españolas que intervinieron en el amotinamiento, fueron trasladadas a Campos y fortalezas de castigo.

Este fue el fin de muchos de los extranjeros que acudieron a España para luchar junto al ejército republicano. Sin embargo, los que desde otros países se aprestaron a ayudar al ejército nacionalista, fueron más afortunados por ser vencedores, pero todos ellos, tanto en uno como en otro bando, durante los tres años de guerra, estuvieron sujetos a todos los riesgos que su nacionalidad extranjera presumía, por el carácter de injerencia en nuestro país.

También en la zona nacional hubo voluntarios extranjeros de todas las nacionalidades, mejicanos, irlandeses, rusos blancos, alemanes, italianos, portugueses y hasta el limeño padre jesuita José Panizo Obegorzo perteneciente a una acaudalada familia peruana y en el que recaían diversos títulos nobiliarios y, en el futuro, la seguridad del Episcopado y del Cardenato, pero lo abandonó todo para ofrecer sus servicios de sacerdote a los soldados de Franco.

En la Legión Portuguesa, a cuyos componentes se les denominaba «Viriatos», contaban con otro capellán que se distinguió durante la contienda. Era el Padre Manuel da Silva Ferreiram.

«Los Viriatos» de la legión portuguesa, fueron de entre la participación extranjera en la zona nacional, los que sufrieron proporcionalmente mayor número de bajas. La 15 Bandera que se encontró en la posición Piedras de Aol, en el sector de Tresp, al N. E. de Rialp, rechazó en siete días nada menos que 38 ataques del enemigo. Estaba la Bandera integrada por 800 portugueses perdiendo el cincuenta por ciento de sus efectivos, unas 450 bajas, contándose entre éstas a 15 oficiales de los 18 que la mandaban. El capellán antes citado, Manuel da Silva Ferreiram, fue el autor del «Catecismo do Legionario», famoso entre los voluntarios portugueses.

Entre las fuerzas nacionales, cita Jaime del Burgo en su obra ya nombrada, *Conspiración y guerra civil*, la presencia de rusos blancos entre los requetés. Pero dejemos que nos ilustren las palabras del autor:

Recuerdo también a otro ruso, Paul Rachewsky, capitán de Estado Mayor durante la época zarista. Se decía primo del príncipe Boris de Rusia, que, a su vez lo era del zar. Se estableció en París después de la Revolución y se ganaba la vida en una agencia de decoración y organización de mobiliario en las viviendas. Intentó pasar a España por Errazu pero como no entendía una palabra de español, la policía lo devolvió a Francia. Sin desalentarse por el fracaso hizo una nueva tentativa por Vera, no sin antes proveerse de cartas de presentación. Cuando yo le vi vestía uniforme de sargento de requetés, y ostentaba en el brazo izquierdo un brazalete con los colores de la bandera rusa y el águila imperial y, en el pecho, la bandera imperial de los zares.

Servía en el Tercio de Numancia, en Molina de Aragón, donde había otros muchos compatriotas suyos, y soñaba con la unión de todos los países antisoviéticos,

para arrojar a Stalin de Rusia.

Incidentalmente conocí al titulado coronel Bolín, que era una especie de jefe de todos los rusos blancos que luchaban en España. Solía venir acompañado de un pope que, periódicamente, hacía para sus compatriotas las prácticas de religión ortodoxa.

El primer grupo de rusos blancos procedentes de San Juan de Luz, llegó a Molina de Aragón en un autobús, un día del mes de marzo del año 1937, siendo recibidos por el teniente ayudante del que fue intendente general del Ejército, don Luis Ruiz Hernández, quien después de obsequiarles con una copiosa cena regada con abundante bebida, les dirigió unas calurosas palabras en francés, dándoles la bienvenida a España. El que había sido coronel en el ejército del zar, Nicolás Bolin, posteriormente ascendido a alférez del requeté, correspondió igualmente en francés al discurso de bienvenida, comprometiéndose en nombre de todos a luchar con entusiasmo y ofrecer la vida por los mismos ideales de los requetés.

Algunos de los rusos blancos encuadrados en los tercios de requetés perdieron la vida en la lucha. Jacques Poulokin, muerto en la Iglesia de Belchite; Anatol Fok, de sesenta años de edad, exgeneral de brigada del cuerpo de Artillería, perteneciente al Tercio de Zumalacárregui, quien antes de caer prisionero y al frente de su sección el 27 de agosto de 1937, se quitó la vida en Quito de Ebro; Bronovich, capitán de la guardia del zar, muerto a bayonetazos en el frente de Teruel; Marchenko Sevocot aviador ruso que murió en combate en el frente de Belchite; Constantino Goncliarenko que combatió en el requeté, después de la guerra fue oficial de la Legión, y finalmente murió en el año 1943 en el frente ruso, encuadrado en la División Azul.

En la zona nacional hubo también una bandera de franceses que fue llamada «Juana de Arco».

Entre los rumanos que vinieron a España para combatir en la zona nacionalista, figuraron entre otros, Ion Motza y Vasile Marin, ambos compañeros de lucha en Rumania, de Cornelio Zelea Codreanu que había sido en su país el creador de la «Guardia de Hierro», legión patriótica ultranacionalista. Una vez en España, Ion Motza y Vasile Marin se incorporaron a la Compañía veintiuna de la VI Bandera del Tercio, como simples soldados, lo mismo que otros cinco rumanos de idénticas ideas. Participaron en los combates del 4, 5 y 6 de enero de 1937 en el sector de Majadahonda-Las Rozas-Villanueva del Pardillo. El día 13 de enero de 1937, a las cuatro menos cuarto de la tarde, Motza y Marin, cayeron los dos, sirviendo una ametralladora, cuando el combate de Majadahonda era más feroz. Motza contaba 35 años y era licenciado en leyes. Vasile Marin murió a los 32 años. La tesis con la que se había doctorado se titulaba «El Fascismo». Los otros cinco rumanos que les habían acompañado para luchar en España en la zona nacional, fueron Alecu Cantacuzine, George Clinie, Banica Dobre, Nicola Tute y el pope Dumitrescu. A su regreso de España, en su país, murieron todos ejecutados menos el pope Dumitrescu.

Jacques Delerse, joven francés perteneciente a las «cruces de fuego», combatió encuadrado en el Tercio de Navarra. El día 10 de agosto de 1938 fue hecho prisionero por los republicanos en Extremadura, conducido al penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia y no recobró la libertad hasta finalizada la guerra.

Los combatientes extranjeros raras veces eran ejecutados al ser hechos prisioneros, sin embargo, los casos que se dieron fueron en muchas ocasiones fruto de las circunstancias y de la índole de los opresores. En los combates aéreos librados en el cielo de Madrid, durante los meses aciagos de noviembre en los que la capital corría el peligro de caer en poder de las tropas nacionales, los aviadores del sector nacional sufrían el riesgo de ser muertos en el aire, si llegaba el caso de verse obligados a saltar de su aparato alcanzado, usando el paracaídas. H. Edward Knoblaugh, en su obra *Corresponsal en España*, Fermín Uriarte, editor, Madrid, 1967, refiere su testimonio en las págs. 120-121:

Con los prismáticos, podíamos distinguir con toda claridad las caras de los aviadores que, habiendo conseguido saltar del avión sobre Madrid, tiraban desesperadamente de las cuerdas de los paracaídas intentando caer en sus propias líneas. A veces disparaban contra ellos desde el suelo, antes de darles tiempo a tomar tierra. Eran los milicianos que no podían resistir la tentación de disparar contra un blanco móvil. Con propósito de poner fin a estas prácticas, el Gobierno hizo circular la siguiente orden: «No disparéis contra paracaidistas. Pueden ser de los nuestros y, aunque no lo fuesen, no debéis hacer fuego contra ellos en el aire. Muchas veces se obtienen valiosas informaciones de los pilotos capturados». Pero los milicianos hacían caso omiso de tal orden.

Corroborando lo antedicho, en la obra del periodista norteamericano, el jesuita J. A. Delgado Iribarren en su libro *Jesuitas en campaña*, Ed. Studium, Madrid-Buenos Aires, 1956, concuerda con la siguiente anécdota sobre el peligro de los pilotos extranjeros al caer en tierra del enemigo:

Diez, veinte trimotores vuelan sobre Madrid, con su cohorte de cazas. Después, unas nubecillas blancas alrededor, y unos manchones de humo en el conglomerado de la ciudad.

De pronto, uno de los aparatos se separa de la formación. El reguero de humo que va dejando, denota que está herido de muerte. A motor parado, y descendiendo siempre, se dirige hacia la explanada de Getafe y toca tierra, muy cerca de donde está el padre Ascunce con un grupo de oficiales. Salta el aviador de la carlinga; mozo rubio y apuesto. Todos acuden para ayudarlo, pero se detienen al ver que saca del cinto una pistola-ametralladora y se dispone a hacer fuego. El capellán comprende el drama en seguida. Aquel infeliz se cree que ha aterrizado en territorio enemigo. Va corriendo hacia él con los brazos abiertos y gritando:

—¡No tire, camarada, no tire!

El aviador mete el arma en la funda, se santigua y exclama:

—¡Oh, Madonna, bella Madonna...!

... el italiano supo que estaba entre amigos por la «casquetta scarlatta» del capellán. La boina roja había hecho las veces de bandera de España.

Alvha Bessie, en su libro *Hombres en guerra*, pág. 262 (Ed. Era, 1969, México), describe la captura de un piloto del ejército nacional hecho prisionero en la batalla del Ebro, por brigadistas del Batallón —compuesto por norteamericanos— «Lincoln»:

Trajeron al piloto fascista. Se trataba de un joven español, vestido con un hermoso traje de vuelo italiano, con una herida de bala en el brazo, y la cara rota. El comandante español de Compañía, en el sector que el prisionero había llegado a tierra, le había quebrado la mandíbula en un arranque de rabia (y todos estábamos de acuerdo en que, si humanamente eso podría comprenderse, políticamente era incorrecto). Evidentemente estaba aterrorizado. Temblaba como una hoja de la cabeza a los pies, y esperaba ser fusilado inmediatamente. Valledor le interrogó y también Smyrka, nuestro jefe de inteligencia checo; era muy cortés. Nativo de Mallorca, había sido piloto antes de la guerra. Cuando los fascistas tomaron Mallorca, le pidieron que volara para ellos y, dado que no hay nada que un piloto puede hacer sino volar, aceptó. Había bombardeado Barcelona muchas veces. Como muchos pilotos, en todas partes, no tenía ninguna clase de convicciones políticas, y resulta relativamente fácil dejar caer explosivos sobre gente que uno no ve. (A menudo había pensado yo en ello, volando sobre Flatbush Avenue, en Brooklyn). Estaba totalmente asombrado y lloroso cuando le tomaron una fotografía, incluso más, cuando Smyrka le dio su nombre y dirección y le dijo: «Escríbame en cosa de un mes, y hágame saber cómo se encuentra».

El mismo escritor norteamericano, voluntario y combatiente en el «Batallón Lincoln», refiere en la página 186 de *Hombres en guerra*, la captura de unos soldados nacionales en las proximidades de La Fatarella, cuando el paso del Ebro por las Brigadas Internacionales:

Llegó la voz de que habíamos hecho algunos prisioneros, y corrimos colina abajo hasta el camino.

Allí encontramos una compañía de fascistas, que había sido capturada después de una breve escaramuza con la Compañía 1.^a del capitán Lamb; ya estaban bajo guardia. Nos sorprendió comprobar que se parecían mucho a nosotros; eran españoles y estaban vestidos con uniformes heterogéneos, sucios, despeinados, sin afeitar, exhaustos y evidentemente aterrorizados. Mantuvieron los brazos por encima de las cabezas, incluso después de que se les ordenó que los bajaran. Tímidamente, nos ofrecieron cigarrillos, de los cuales tenían gran reserva. Vaciaron sus bolsillos de todo lo que pudiera llamarse armas, incluso de navajas de bolsillo, que

inmediatamente se les devolvían. Esperaban ser fusilados por los «Rojos» en el mismo lugar, y sus oficiales, evidentemente, se habían quitado las insignias que llevaban. En lugar de ser fusilados tuvieron que permanecer en ese sitio aproximadamente durante dos horas, mientras sus aviones, aeroplanos de observación y pesados bombarderos, maniobraban y viraban e inspeccionaban el terreno.

A nosotros no nos gustaba mucho más que a ellos, pero ya sea que las fuerzas no parecieran importantes desde el aire, o los observadores enemigos supieran lo que estaba pasando, el hecho es que nos dejaron en paz. A su regreso al cuartel general, después de haber llevado a aquellos jóvenes prisioneros, Yale Stuart, comandante del Estado Mayor del Batallón, fue sorprendido en una emboscada, y alcanzado por una bala dum-dum, por lo que hubo de amputársele el brazo.

Testimonio de don Fernando Lope de Castro F. Alvarado. Teniente ayudante del teniente coronel Lázaro. (55 División, 1.ª Brigada), 1938.

«En los primeros tiempos de la contienda, la vida era difícilmente respetada, tanto por unos como por otros. En cuanto a los prisioneros de las Brigadas Internacionales, ¿qué quiere usted...?, se les liquidaba. Eso sí, se dejaba a alguno, por aquello de que con un botón de muestra ya basta. En una ocasión, después de unos combates, estando yo en el pueblo de Bechí (Castellón), iba de pareja con un alférez, cuando por la riera seca, próxima al pueblo, llegaron hasta nosotros unos lamentos. Al advertirlo, nos volvimos buscando en los alrededores. Entonces hallamos caído y echado de lado a un brigadista que yacía en tierra gravemente herido en el vientre. Tenía casi todo el intestino fuera. Al vernos, con gestos y entrecortados lamentos se llevaba la mano abierta a la boca repetidamente, indicándonos que quería agua. Para estas heridas del vientre, los líquidos suelen ser mortales pero el combatiente extranjero estaba irremediablemente herido de muerte y sin esperanzas de salvación. Le dije al alférez que diesen agua al de las Brigadas Internacionales. Era polaco. Le acercó la cantimplora llevándole a la boca el gollete de la misma dejando que se saciara en sus ansias. Luego nos fuimos, reanudando nuestro camino. Todavía no nos habíamos alejado unos diez pasos cuando estalló junto a nosotros una granada de mano. Yo salté en el aire por efecto de la explosión. El alférez, que caminaba a mi lado, fue alcanzado y ligeramente herido en un costado. Casi nada. Inmediatamente nos dimos cuenta que aquel al que habíamos dado de beber, había ocultado una bomba de mano, y al vernos alejarnos, aprovechó sus últimas fuerzas para arrojárnosla. El alférez entonces se volvió hacia él, sacó su pistola y disparó hasta rematarlo. Hay que tener en cuenta que no acabó con nosotros de puro milagro».

El corresponsal norteamericano, destacado en Madrid, H. E. Knoblauch, en el libro ya mencionado anteriormente *Corresponsal en España* relata lo siguiente (págs.

108-109):

En el frente de Peguerinos, al Noroeste de El Escorial, presencié cómo quemaban a ochenta moros muertos, o heridos, en el transcurso de un ataque en el día anterior. Derramaron gasolina sobre ellos, y les aplicaron una tea hecha con un periódico enrollado. Algunos de los moros que no estaban muertos, cuando les prendieron fuego, intentaron arrastrarse por el suelo, pero su amplio ropaje ya estaba empapado de combustible, y pronto se convirtieron en negros bultos carbonizados.

Una ligera brisa trajo hasta nosotros el hedor de los cadáveres en llamas, pese a estar a varios metros de distancia, produciéndonos terribles náuseas y quitándonos el apetito.

Uno de los oficiales me contó que los moros hablan bajado por la falda de una colina con los brazos en alto y gritando: «¡Camaradas! ¡U. H. P.!». Los milicianos, pensando que desertaban no hicieron fuego. Pero cuando los moros llegaron a la altura de los emplazamientos de las ametralladoras, bajaron de improviso los brazos y, con movimientos circulares, lanzaron granadas de mano. Luego dieron media vuelta y echaron a correr, pero no llegaron a alcanzar la protección de la loma.

Siempre he preferido pensar que los que llevaron a cabo la «cremación» estaban convencidos de que los moros estaban muertos. Pero cuando me viene a la memoria las historias que me contaron médicos y enfermeras de la Cruz Roja, sobre la forma en que mataban a los moros cuando salían del hospital, me asaltaba la duda.

En efecto, los moros en la zona republicana no eran vistos con buenos ojos. Los combatientes republicanos temían en sumo grado enfrentarse a los moros o caer prisioneros de los mismos, a causa de su salvajismo y codicia.

José Colam, voluntario en el requeté del Tercio de Montserrat, refiere su testimonio sobre los combates librados por el Tercio catalán en Valsequillo (Extremadura) y la intervención de moros solitarios que aprovechaban, sin escrúpulos, cuanto podía significar para ellos oportunidad de botín, procurando que sus acciones quedaran impunes:

«El Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, operó también en Valsequillo. La caballería republicana se lanzó a un ataque impresionante, desencadenando una carga en el llano. La escena era alucinante. Lanzada la caballería al galope por la llanura, avanzó furiosamente sobre las líneas nacionales. No sonó ni un tiro, hasta que se dio la orden de entrar en fuego las ametralladoras, cuando sus ráfagas podían barrer al enemigo. Durante aquellos minutos, sólo se veían los caballos lanzados, espoleados por sus jinetes, formando una barrera o rodillo que avanzaba ensordecedor. La tierra parecía un tambor sobre el que el galope de los caballos repicaba atronador y creciente. De pronto, las ametralladoras comenzaron a tablear incesantes. La barrera de caballos pareció chocar contra un muro. Los caballos que iban en primera fila, rodaban por el suelo, interrumpían la carrera de los que les seguían, que al tropezar

con los primeros rodaban en tierra, en una horrible confusión de animales y jinetes mezclados. EL clamor era confuso. En el aire se levantaba un ruido extraño, bronco, en el que se agudizaban los relinchos de las monturas heridas y espantadas. La barrera de carne se convertía en polvo y griterío confuso y estremecedor, en tanto que las ametralladoras proseguían disparando y abatiendo bestias y hombres. Por fin, las ametralladoras se fueron acallando y también el fuego de fusilería. En el llano sólo quedaba una larga mancha oscura revuelta con polvo denso. Luego siguió la quietud. El aire se fue aclarando y aparecieron bestias y hombres derribados por doquier en el suelo en una amplia área. La tierra parecía muerta. Un silencio sepulcral se había extendido por doquier. El aire parecía detenido. Nadie se movió de las trincheras. El ataque de la caballería republicana había fracasado sin alcanzar las líneas a las que pretendíase arrollar en la furiosa carga. Los pocos supervivientes habían desaparecido volviendo grupas a sus monturas pero nosotros no salimos de las posiciones. Así permanecimos todavía algunos días más, hasta que se recibió la orden de avance, ya totalmente seguros de no encontrarnos sorprendidos por un nuevo ataque estando en descubierto y sin donde parapetarnos.

»Cuando se llevó a cabo el avance, una de las escuadras llegó hasta un cortijo donde, anteriormente, se había apostado el enemigo. Irrumpieron en el interior, después de la prudencial cautela, por temor de encontrar alguna inesperada resistencia. Pero los tiradores que habían estado apostados en aquel punto estaban todos muertos en el interior a los pies de las ventanas, y junto a las puertas. Entre los cadáveres se encontró a uno de ellos totalmente desnudo, despojado de todas sus ropas y a otro que tenía un dedo segado por un corte de cuchillo.

»Era indudable que, anticipándose al avance de las tropas, alguno de los moros que por doquier acompañaban a las fuerzas nacionales, merodeando por las trincheras y segundas líneas de los frentes, ofreciendo a los combatientes las mercancías que ocultaban en un misterioso saco o talega, de la que siempre se acompañaban vendiendo leche, chocolate, tabaco, hilo y las más inverosímiles mercancías, había llegado hasta el cortijo alguna de las noches anteriores, despreciando todo riesgo.

»Esos moros encubrían a veces, con sus actividades de charamileros, algunas otras más turbias y siniestras, como era el robo en los cadáveres del enemigo, a los que despojaban de cuanto consideraban para ellos de valor. Seguían como aves de rapiña a las tropas, cuando no combatían enrolados en las mismas. Eran algunos de ellos, como siempre ocurrió en todas las guerras, las ratas humanas que merodeaban entre los cadáveres de los campos de batalla, hurgando con sus dedos sucios y largas uñas, en los cuerpos yertos por la muerte. Eran los miserables ladrones de los muertos; los que, con sus gumías alunadas y de afilada hoja, mutilaban las manos de los muertos para arrebatárles una sortija; los que con sus dedos engarfiados hurgaban y revolvían en los fondos de los bolsillos; los que se apoderaban de los relojes y manoseaban en los uniformes, donde las heridas eran las condecoraciones del valor, el heroísmo y el sacrificio personal. Amparados en la oscuridad de la noche, se

deslizaban, tropezaban y se revolvían por el interior de los canales de las trincheras, abandonadas con sus muertos. Las recorrían como ratas en una cloaca de la muerte, empuñando en una mano la gumiá, y sujetando con la otra el saco tirado a la espalda, o el siniestro talego donde guardar su terrible y estremecedor botín, a veces un paquete de tabaco, un anillo manchado de sangre del dedo segado, un reloj, una pluma, una cadenilla.

»Estos moros no eran combatientes pero merodeaban astutamente por las cercanías de los campos de combate, siempre ojo avizor, alertados, escurridizos y serviles. Eran las ratas de la guerra.

»El cadáver desnudo hallado por los requetés dentro del cortijo de Valsequillo, pertenecía probablemente a algún oficial republicano, vestido con uniforme de buen paño, y que el moro que se lo había arrebatado revendería a algún sargento del ejército nacional, engañándole al ofrecérselo como comprado por él a un oficial prisionero. Debía de ser así, ya que todos los demás soldados muertos conservaban su uniforme de tela corriente. Pero el asombro llegó al estopor, cuando al entrar en la habitación que servía de cocina del cortijo, hallaron en la misma tirado en el suelo un caballo muerto encharcado en su propia sangre. El pobre animal tenía los ojos abiertos desmesuradamente, encristalados con la pupila dilatada de asombro y espanto. Sus manos delanteras aparecían tiasas como remos, y los ojos intensamente blancos mostraban las pupilas color de avellana con destellos azules. El pobre animal, herido y sin jinete, empavorecido por el incesante fuego de las ametralladoras barriendo la carga de la caballería republicana, al derrumbarse el jinete de su silla corrió alocado a refugiarse en el interior del cortijo, con el solo propósito de guarecerse en el acogedor espacio de una cuadra. Se desmoronó con la piel transpirando sudor, derrumbándose en el pavimento de la cocina, hasta que el último borbotón de sangre como una rosa que se abre encharcó el suelo, al mismo tiempo que tensaba los remos delanteros, abriendo los hermosos ojos encristalados y cuajados de su asombro tan irracional como la sinrazón humana».

El corresponsal norteamericano en la España republicana, Knoblaugh, aseguraba haber conocido y tratado en Valencia a pilotos extranjeros mercenarios, citando entre otros a Eddie Semens, Gordon Barray, Freddy Lord y Eddie Schneider, así como a numerosos pilotos norteamericanos que no acudieron a la lucha en España por motivaciones ideológicas ni religiosas, sino cautivados por los salarios de 1500 dólares mensuales y las primas de 1000 dólares por cada avión enemigo derribado.

Al mismo tiempo, el gobierno republicano pagaba las pólizas de sus seguros de vida y accidentes. Un piloto australiano que quedó imposibilitado después de un combate aéreo, aseguró que había recibido una indemnización de 10 000 dólares y otro que debido a un balazo quedó con uno de los brazos parcialmente mutilado, cobró la cifra de 5000 dólares en concepto de indemnización.

Las únicas que no cobraban indemnización de ninguna clase por la pérdida o mutilación de sus hijos, fueron las madres españolas. Una vez más, parecía evidente que los 700 millones en oro guardados en el Banco de España, en Madrid, y que situaban a nuestra patria como la cuarta potencia del mundo en reservas de oro, este metal no se había guardado jamás para el bienestar de nuestro pueblo, sino para lucro y apetencia de otras naciones. Ese oro que eran los residuos de lo que fue un gran imperio, considerado «la quinta del Rey», estipulado diezmo de las riquezas del Nuevo Mundo era, al fin, arrebatado por la codicia extranjera, y malgastado a causa de la falta de un profundo sentido de amor a la Nación, por encima, de banderías y egoísmos de clases.

El autor anteriormente citado, refiere en las págs. 48 y 49:

A medida que el avance de los insurgentes, desde el Oeste al Sudoeste, iba ganando más terreno para Franco —a veces un promedio de veinte kilómetros diarios—, el Gobierno de Madrid iba adquiriendo aviones extranjeros y contratando pilotos de diversas nacionalidades. Pero casi todos los aviones pertenecían a material de desecho, y los primeros pilotos que vinieron a España, contratados por el Gobierno, eran incompetentes o con muy poca experiencia bélica. Los aparatos que les entregaron no podían ni compararse con los veloces aviones de los insurgentes, y ellos mismos estaban muy poco capacitados para la labor. De un grupo de nueve pilotos ingleses que conocí, tres murieron, cinco resultaron heridos, y el noveno que tenía alguna experiencia bélica por haber participado en la guerra de El Chaco, decidió largarse antes de que le sucediese algo. Me decía: «En El Chaco nunca nos disparábamos uno contra otro. Despegábamos y sobrevolábamos los bosques como simple rutina, y cuando nos topábamos con un avión enemigo, le saludábamos al pasar y ellos nos devolvían el saludo. Pero ¡caray!, en esta guerra, esos tíos de enfrente disparan en cuanto te ven. Por mucho dinero que le saquemos a esto, de nada nos va a servir si nos matan».

Un día ayudé a sacar de la cabina de su avión a uno de los pilotos, cuando consiguió aterrizar en Getafe, después de un combate. Iba herido. Tenía tres balazos en la espalda. Por los agujeros de su chaquetón de vuelo, forrado de piel manaba la sangre abundantemente. Yo, al ver su cara lívida mientras le llevábamos al hospital de urgencia, estuve de acuerdo con el muchacho de «El Chaco».

Sin embargo, los aviones rusos y de otras procedencias que obtuvo más tarde el gobierno, eran magníficos. A los pilotos les atrajo la paga mensual —mil quinientos dólares más gratificaciones—, y eran hombres que en el aire se las tenían tiesas a cualquiera.

Es preciso indicar, a pesar de las afirmaciones de dicho autor, corresponsal en zona republicana pero simpatizante de la España nacional, motivo por el cual tuvo que abandonar el país, que no todo fueron pilotos extranjeros mercenarios en uno y

otro lado. Tanto en la zona nacional como en la republicana, hubo sus pilotos españoles y que, en la republicana, muchos de ellos, dado que la mayoría de pilotos profesionales estaban al lado de Franco, tuvieron que aprender muchas veces a un alto precio todo lo concerniente a la aviación, ya que estos hombres, hasta que llegó la guerra no habían conocido otra cosa que las naves de los talleres o de las fábricas. Pero entre ellos hubo muchos que supieron demostrar un indudable talento y arrojo, como fueron Alfonso García Martín, «El madrileño», aviador en el frente de Madrid y luego instructor en Rusia, que ascendió a capitán de aviación y contó con un centenar de vuelos hasta alcanzar el grado de comandante, muriendo en combate el 8 de mayo de 1945; Antonio Arizona que tomó parte en más de 150 combates aéreos; fue desmovilizado en el año 1948, con el grado de capitán en la Brigada Aérea de la región de Moscú, y con quien estuvieron a su vez, los españoles Díaz Nájera, Francisco Blanco, José Luis Barco y tantos más que siguieron por la senda del valor y el sacrificio, como José Peral, muerto a palos en un Campo de Concentración, en Crimea. Y también Jesús García Erguido, apodado por sus compañeros de vuelo «El demonio rojo», quien herido en Madrid en una rodilla fue trasladado al Hospital de Aviación del Prat de Llobregat. Veinte días después, conseguía de nuevo el alta, y marchaba otra vez a Madrid donde murió al abatir un «Heinkel» con su caza «800» y fue a empotrarse en el suelo de Madrid, sobre otro aparato germano.

Entre los voluntarios extranjeros enrolados en la zona republicana, figuró un cadete mexicano de 18 años que en unión de otros compañeros se trasladó desde los comienzos de la contienda a España, siendo al poco tiempo hecho prisionero de las tropas nacionales. Se llamaba Roberto Vega González, era de nacionalidad mexicana y cadete en el Colegio Militar, Fue destinado a la 66 División, 212 Brigada, 847 Batallón, 3.^a Compañía, con el grado de capitán. Recibió instrucción previa en el pueblo de Manzanares, cerca de Daimiel, en La Mancha. Sus elogios de los españoles fueron entusiastas. Hecho prisionero de los nacionales y considerado por su condición de extranjero y voluntario como internacional, fue confinado junto a otros prisioneros de las Brigadas Internacionales. Estuvo en el Campo de Concentración de Miranda de Ebro, declarando posteriormente que los soldados de la Legión le habían tratado con mucha, generosidad. No así los moros, de los que opinó ser gentes de rapiña y autores de actos reprobables. Estuvo preso en Pamplona, en la prisión de la Merced, en la Provincial de Zaragoza, en la de Burgos y también en el Seminario de Belchite. En el año 1941 regresó a México. Posteriormente se alistó voluntario en el ejército norteamericano, combatiendo durante la Segunda Guerra Mundial, en el Japón. Regresó a los Estados Unidos en el año 1947 y, considerado veterano del ejército norteamericano y siendo poseedor de varias condecoraciones, Norteamérica le costeó la continuación de sus interrumpidos estudios en una de las prestigiosas escuelas de la capital de México. También, lo mismo que R. Vega González, el famoso pintor David Alfaro Siqueiros, fue voluntario en el ejército republicano cuando la Guerra Española.

En la prisión de Zaragoza, durante el año 1938 había 24 internacionales que habían sido hechos prisioneros, y también en la de Burgos hubo combatientes de las Brigadas Internacionales.

Uno de los puntos de confinamiento más duros durante los tres atroces años de la guerra de España, fue el de Valdenoceda, en la provincia de Burgos, a unos kilómetros del pueblo de Villarcayo. Estaba rodeado de montañas. Un grupo de internacionales fue destinado a Valdenoceda y estaba compuesto por distintas nacionalidades: Harry Kleiman (norteamericano), Lluven Zankoff Dicolf (búlgaro), Federico M. Hacosta (corso-francés), Randulf Dallan, (de nacionalidad noruega y capitán efectivo en el ejército de dicho país), Robert Tin (francés), Peter Popocópulus (griego), Albert Tim (canadiense), James Cameron (canadiense).

En este confinamiento se dieron casos realmente dramáticos. Uno de los internados, condenado a treinta años de cárcel, al recibir noticias de su familia, en la que su esposa le comunicaba que ella y su hija pasaban hambre, el condenado, en un arrebato de desesperación, se suicidó con un trozo de vidrio seccionándose la yugular. Ocurrió a las cuatro de la mañana. El griterío ocasionado por los demás prisioneros, como consecuencia de lo sucedido, obligó a la guardia a disparar al aire para que se callaran. La protesta que siguió fue de un silencio impresionante, pues hasta uno de los presos que había enloquecido, y que se pasaba todo el día gritando, se calló como turbado por tanta quietud.

Peter Popocópulus (griego) fue salvado de la muerte por sus compañeros. Su estado de debilidad era tan agudo, que cada uno de sus compañeros sacrificaba una pequeña parte de su ración para alimentar y recobrar a su amigo. La comida se reducía a unas patatas hervidas con agua caliente. El llamado café de la mañana consistía en un agua negra, sin dulce pero que saboreaban con gran delectación porque su calor les reconfortaba. La alimentación se agravó, cuando se les sirvió a diario bacalao procedente de las costas africanas y que era trasladado a España en barricas. Esta clase de bacalao se llamaba «corvina» y sin embargo, era el mismo que se daba a la tropa en los cuarteles españoles, y también a las clases populares durante la época más dura de la posguerra. A pesar de la necesidad y de las difíciles circunstancias, el pueblo consumidor no acostumbró su paladar a aquella clase de bacalao que, lo mismo que el pan moreno, sólo era comido por las clases más humildes, ya que tanto los pequeños comerciantes como la clase media adquirían, a precio llamado de «estraperlo» el pan blanco, reservándose en muchas casas el pan de racionamiento para exclusivo consumo de las muchachas de servicio.

Gran número de excombatientes de las Brigadas Internacionales, fueron destinados al Seminario de Belchite, donde se encontraba destacado un Batallón Disciplinario de Trabajadores.

En la toma de Belchite, la artillería había desportillado y abierto brechas en los recios muros del Seminario. Su fábrica consistía en tres pisos semiderruidos con una sola puerta de entrada y salida. Los pisos, debido a los cruentos combates, estaban

quemados. Paradójicamente, entre los «internacionales» prisioneros se encontraban también muchos españoles, lo que se comprende, teniendo en cuenta de que en las Brigadas Internacionales hubo muchos españoles, destinados a tales unidades de choque.

Este Batallón Disciplinario de Trabajadores siguió en Belchite trabajando en una cantera hasta el año 1941. Posteriormente fue destinado a unos cinco kilómetros de Palencia, a un polvorín en construcción. Los trabajadores dormían bajo las bóvedas a unos veinticinco metros de profundidad. Iban a cargar arena del río Magaz. De las largas galerías se desprendía un polvillo de cemento que enrarecía, todavía mucho más, el aire falto de oxígeno del exterior. Debido a estas condiciones de trabajo las enfermedades del aparato respiratorio eran muy frecuentes. De vez en cuando, alguno de los prisioneros vomitaba sangre y era relevado. La alimentación era escasa y la higiene desconocida, pero no olvidada. El agua era un artículo de lujo. Se encontraba distante, y un grupo de prisioneros custodiado por escolta iba a por ella, cargados con cantimploras. Luego, el agua era distribuida y racionada entre cuantos trabajaban en el laberinto subterráneo del polvorín en construcción.

En las dos zonas de la España en guerra, los que estaban cautivos sufrían por su condición de confinados. La noche no reportaba descanso alguno para los que estaban privados de libertad. La noche estaba extendida, no sólo en el espacio, sino en el corazón de los hombres, llenos de amargura, de crispación o de desaliento, sin esperanza de una noche mejor, porque todas las noches, los días, eran iguales en todos los Campos de Concentración y de Trabajo de la España enfrentada.

El frío de la madrugada helaba a los desventurados, que dormían tendidos a lo largo de los corredores por no quedar sitio para ellos en las salas repletas. Las celdas de los condenados a muerte eran reducidas, ocupadas por diez o doce hombres, que las iban desalojando, siendo sustituidos por otros, cuando eran despertados para ser ejecutados. Se despedían de sus compañeros de infortunio que también estaban destinados a correr la misma suerte. Se abrazaban o se despedían con un breve saludo. Otros gritaban su ira, maldecían o, en silencio, todavía más expresivo que las palabras, salían entregando a sus compañeros sus escasas pertenencias personales. Tanto en una como en otra España, la noche era el único testimonio de la Muerte y, sabedora de la crueldad de los ejecutores, reconocía en cada uno de ellos a los que han nacido bajo el mismo signo astrológico, que alumbra satírica y sanguinariamente el destino de los verdugos.

Los que oían su nombre en la lista de los que iban a ser fusilados, palidecían intensamente al impacto, lo mismo que si hubieran recibido un terrible mazazo; pero no se derrumbaban. Luego, tan pronto como se dirigían hacia la puerta, la mayoría tomaban conciencia de su hombría y seguían adelante. Algunos gritaban y daban vivas por lo que iban a morir.

En la España nacional, iban a la muerte dando vivas a la Libertad; en la España republicana, iban a la muerte dando vivas a la Patria. Eran distintas las ideologías y

los ideales; los únicos que en ambas zonas eran idénticos, eran los hombres.

7

Batallón de trabajadores n.º 69

Cada obstáculo en la naturaleza es una reminiscencia de una más elevada patria.

NOVALIS

Antón estaba sentado al sol, sobre una piedra, arrimado al muro de la casa. Era en invierno pero el sol calentaba el paredón como si fuese una tostada de pan caliente, y Antón se pegaba a ella recogiendo en la espalda todo el calor reconfortante, como una caricia, mientras sentía, en la cabeza descubierta, en su pelo cortado al rape y en la cara de piel curtida por el viento, la dorada caricia vivificante del sol amigo. El sol era, para Antón, un gratuito festín en su miseria. Antón pasaba los ojos por las cosas inmediatas, en las que antes de la guerra jamás había parado atención por ser demasiado pequeñas y estar cercanas. Ahora se entretenía, durante aquel ocio en que carecía de todo, lo mismo que un anciano desamparado, mirando la tierra desmigajada, reseca y áspera por el helor de la pasada noche y que, también, con el sol perdía su dureza enterneciéndose. Y, mientras pensaba en todo esto, Antón pisaba la tierra con el tacón de las botas viejas, que todavía conservaban alrededor del borde de la suela y en las punteras, el barro seco, arcilloso de los días anteriores, pegado a ellas por haber andado por la tierra enfangada, en los días de lluvia y de nieve.

Antón, días antes, había enfermado de un soplo de aire helado que se le había atravesado en los pulmones, como un cristal de hielo al que el calor interior no había bastado para derretir y disolver.

El sanitario de la Compañía, que también, era otro prisionero, al ver que Antón no se levantaba del suelo, donde se encontraba tendido sobre el jergón relleno de paja, había observado las profundas ojeras azuladas y oscuras en el pálido semblante desencajado, y le había dado de baja para el trabajo. Para Antón, era casi una suerte estar de baja y solamente a ración de leche, en un invierno tan duro como lo suelen ser los de la provincia de Soria.

Por las mañanas, cuando con la herramienta al hombro y abrigados con la manta, se dirigían al tajo por el pasillo lateral de la vía del tren, al llegar a la explanada que estaban abriendo para colocar los carriles en los durmientes de madera para la vía Barcelona Madrid, los prisioneros se quedaban plantados como ramas secas de frío, en el amplio descampado.

La tierra de Soria aparecía horizontal, sin salientes, libre de pedruscos y de hierbajos, en la explanada, donde el camino del ferrocarril extendía los durmientes colocados simétricamente sobre la interminable almohadilla de balasto. Cuando estaban en el trabajo, Antón a veces se frotaba las manos entumecidas por el frío que resbalaban sobre el mango de la herramienta, se escupía en las palmas y luego agarraba el astil del pico o de la pala, sin que resbalara. Levantaba la herramienta y la descargaba con fuerza, para hundirla en la tierra abriendo brecha, y al mismo tiempo entrar en calor. La tierra, helada durante la noche, estaba como un metal, más endurecida por el frío, compacta e impenetrable en cerrada fortaleza. El viento de la noche había corrido libremente y cada una de sus bocanadas había sido como el acero

cortante de una invisible guadaña, segando a ras de tierra piedras y hierbajos, convertidos en púas por helada nocturna. El pico rebotaba en la tierra.

Al lado de Antón, su compañero de pareja aguardaba con la pala para echar a un lado la tierra que Antón desmigajara con el pico. Negaba con la cabeza, y se reía en silencio mostrando la dentadura mojada entre los labios tirantes y sin color, cortados por el frío. Tenía la piel de la cara contraída, las mejillas, ásperas y sin afeitar. Daba pequeños saltos para evitar así que se le helaran los dedos de los pies.

El centenar de prisioneros, cubiertos los hombros con las mantas, las puntas bajas al aire, cada uno con su herramienta en las manos, formaban un largo rosario humano junto a la vía del tren.

Antón miraba las interminables paralelas que formaban los carriles de acero: dos líneas de hierro cinceladas y pulidas, como si alguien, por las noches, cuando los hombres y la tierra a oscuras dormían, se entretuviera en lijarlas y sacarles brillo con hojas de papel esmeril, para que, al día siguiente, aparecieran rutilantes y las ruedas de los trenes se deslizaran por los carriles suaves y veloces, con la potencia y majestad, como siempre lo hicieron todos los trenes del mundo.

Antón se decía que la vía, con sus incontables durmientes de madera calafateada y oscura, era como un largo xilofón, por el que fueran andando, mañana y tarde, hacia el trabajo, los prisioneros, los esclavos de la guerra. Andaban con cansancio de una traviesa a otra, con la tristeza en el gesto, la herramienta al hombro, que era el símbolo, el emblema y el escudo genealógico, de todos los pobres de la tierra. De esos pobres ignorantes siempre en mayoría, que formaban otro ejército en la paz: el ejército del trabajo de España. La herramienta era su única arma, y las manos de todos los nacidos en el mismo país, el oro de la Patria.

Aquella mañana, Antón se sentía más desolado y triste que otros días, La enfermedad de las jornadas anteriores había debilitado sus escasas energías. Toda su vida quedaba resumida en aquellos momentos en que recibía el sol humildemente, como si fuera una ardilla moribunda, una lagartija panza al sol, un caracol o una hormiga. Todo su ser parecía haberse convertido en una esponja que absorbiera aquella energía solar, y que le penetraba por todos los poros de la piel de la cara, en las raíces del pelo, en los dedos y manos, en los párpados y en la boca. El pobre Antón era como una batería eléctrica agotada, que lenta y amorosamente, el sol le fuera restituyendo las energías vitales que le proporcionarían renovados bríos. Con humildad de bestezuela agradecida, el prisionero Antón, con los restos de su uniforme guiñaposo, la raída manta echada sobre los hombros, cerró los ojos y, como un buey fatigado, recibió la caricia del sol, que éste, generosamente, regala a todos aquellos que acuden a recoger su gran limosna, sin distinguir entre los que son lobos, calderos, ancianos o niños.

Batallón de Trabajadores, n.º 69.

CANTERA DE PUIGMORENO (Alcañiz), 1938

Clavero era combativo por temperamento. Cuando en su grupo comentaba aventuras vividas en su experiencia de combatiente, los ojos pequeños, de azul claro, cobraban una dureza acerada. Fruncía el ceño y parecía que se le encrespaba la pelambre pelirroja, como las cerdas rojizas de un cepillo, mientras relataba la forma en que le hicieron prisionero los soldados nacionales: «A mí me atraparon en la tanqueta —decía sentado alrededor de la pequeña hoguera, mientras los compañeros le escuchaban—. Corríamos con la tanqueta, carretera adelante de regreso al pueblo, donde pensábamos reunimos con las fuerzas republicanas. Creíamos que éstas, seguían todavía allí. Íbamos tres: Fuertes atento a todo, ojeando por la mirilla; García conduciendo el vehículo, y yo en la ametralladora. Era el mes de agosto, y la tanqueta ardía como una lata de sardinas recalentada. Las sardinas éramos nosotros pero sin aceite. Estábamos secos. García apretaba la marcha, porque queríamos llegar cuanto antes al pueblo, y ponernos en remojo por fuera y por dentro. Al enfilear la primera calle del pueblo que desembocaba en la plaza mayor, una extraña quietud como si las casas estuvieran vacías, o el pueblo abandonado, nos sobresaltó. Era demasiado tarde para echarse atrás. Sin damos cuenta, nos habíamos metido en la boca del lobo y estábamos a punto de ser asados a tiros. Cuando lo advertimos ya no había nada que hacer. Aquel pueblo era una mierda seca: sólo su iglesia valía veinte veces más que el centenar de sucias casas y viejos caserones que la rodeaban. Había más y mejor piedra de cantería en la iglesia, que en todo el pueblo junto. Yo tenía la culata de la ametralladora engrapada y miraba con atención por la mirilla. Eché un vistazo a lo alto del campanario, que remataba la torre de la iglesia. Me pareció ver, fugazmente, algo que se movía en el ojo de la espadaña. Lo primero que habían hecho los de aquel pueblo, cuando se apoderaron de él, fue echar abajo la campana para que enmudeciera su voz y, después se llevaron la sonaja para fundir el bronce y hacer balas. La torre, sin su campana, era lo mismo que una cuenca sin ojo. El bulto que había vislumbrado como una sombra chinesca y oscura, me pareció de muy mal augurio.

»Iba a prevenir a García, ordenándole que volviera para atrás, pero ya era demasiado tarde para volver el culo. La tanqueta se metía Tapida en la plaza del pueblo. No había nadie. Ni una mosca. Solamente aquel sol que ardía, dando en el pavimento, como si la tierra fuese el parche de un gran tambor. El silencio era total cuando la tanqueta se detuvo. Desde dentro del carro de combate los tres mirábamos al exterior, con recelo. Fue entonces, cuando oímos el sonido del chorro de la fuente. La plaza era espaciosa, rodeada por los arcos de los soportales que cobijaban sombras que nos parecían más agotadoras por frescas. En el centro de la plaza estaba la fuente de piedra, de la que manaba un continuo chorro de agua que caía en su pileta. La fuente tenía una columna, rematada por la imagen de un santo, al que le habían borrado la cara a balazos. Tenía un brazo en alto que, en oíros tiempos menos

turbulentos, habría sostenido una cruz o algún símbolo religioso. Como se lo habían arrebatado, el santo, sin cara, ya no parecía santo ni diablo, pero quedaba con el puño en alto sin sostener nada más que su gesto de amenaza. Todos los detalles ambientales, en aquellos momentos, a los tres nos importaban un bledo, pero me quedaron en la memoria, registrados al vuelo, porque los ojos, cuando ven más y mejor es precisamente cuando uno presiente que el pellejo está en peligro.

»En la plaza todo era silencio, sol, y el alegre y continuado caer del agua de la fuente, que borboteaba en la taza de piedra, y era recogida por ésta como el cuenco de una mano.

»La tanqueta se había parado, lo mismo que un toro que sale disparado a la arena, y de repente se encuentra solo y desconcertado en el centro del ruedo. Aquello parecía una plaza de toros sin diestros ni picadores. Por lo menos no se veían. Mas no iba a tardar en sonar música de pasodoble. Los espectadores de la fiesta, sí es que estaban, se encontrarían en el tendido de sombra, dentro de las casas, con el ojo atento a aquel toro metálico que acababa de irrumpir en el coso. Recuerdo que García dijo chasqueando: “¡No queda nadie! Los nuestros se han largado”. Fuertes, añadió: “Lo que temo, no es que se fueran los nuestros sino que mientras tanto, hayan llegado los otros”. García, que era muy impulsivo, levantó la trampilla superior de la tanqueta, como si ésta fuera una olla, donde nos estábamos cocinando, y chilló con potente vozarrón: “¡Viva la República!”. Siguió un silencio que me pareció fúnebre. García, dijo precipitadamente: “No hay nadie. Esto es un cementerio”. Fuertes, replicó, rápido y reticente: “Pues yo no quiero que me entierren en este lugar”. García se dispuso a salir y lo hizo como un águila, por arriba del agujero.

»Fuertes le gritó demasiado tarde; “¡No salgas!”. En aquel mismo instante sonaron unos tiros y el cuerpo de García, alcanzado en uno de hombros, cayó como un fardo otra vez por el agujero. Sobre la plancha de la tanqueta, picoteaban los balazos que empezaban a dispararnos. Una voz fuerte, perentoria, gritó muy segura del mandato: “¡Rendíos, rojillos!”. Otra voz llegó hasta nosotros, con tono de burla: “¡Salid con las manos en las orejas!”.

»Fuertes soltó un taco. García comenzó a quejarse de su herida: “¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme!”. Fuertes dijo lo que yo me sabía de memoria: “Tenemos que entregarnos, Clavero. Van a reventarnos a bombazos si no lo hacemos”. En aquel momento, como un aviso en el exterior, estalló una bomba de mano. Saqué el pañuelo moquero, arrugado y sucio y lo agité sacando el brazo por el agujero de la torreta. El primero en salir fui yo. Antes, me había arrancado el galón de sargento y, más tarde, cuando me preguntaron por la sombra que había quedado en la tela dije que había sido cabo provisional. Ayudado por Fuertes, saqué el cuerpo herido de García, y lo dejamos tendido y gimiendo en el suelo de la plaza. Me dolía tanto la mala suerte de García al ser herido, que no me moví de su lado hasta que se acercaron dos sanitarios para curarlo, y me vi rodeado de algunos soldados nacionales con los fusiles a punto. Nos miraban a los tres con expresiones que iban desde la sorna hasta la indiferencia.

Cuando los camilleros se llevaron a García herido, Fuertes le deseó todavía: “¡Adiós y suerte, García!”. El teniente nacional no estaba malhumorado. El haber capturado la tanqueta, lo consideraba más importante y valioso que haber hecho tres prisioneros. Ordenó a unos soldados: “¡Lleváoslos!”. Acompañados por los escoltas pasamos frente a la fuente y, separándome, me dirigí al caño que manaba el agua clara y fresca y bebí hasta saciarme. Luego metí la cabeza, remojándola. El soldado que nos escoltaba perdió la paciencia y mandó: “¡Termina!”. Me uní a mi compañero, y seguí hasta la comandancia donde nos tomaron la filiación. Así fue como me hicieron prisionero en aquel pueblo, en el que lo mejor que tenía era el agua fresca de su fuente. Nunca he vuelto a saber de Fuertes. En Miranda de Ebro, quedamos separados al formarse el Batallón de Trabajadores».

Entre ellos hablaban muy poco de su pasado como combatientes, de su comportamiento como soldados y tampoco de sus experiencias bélicas. Existía un común pacto de silencio, sin haber sido ni siquiera premeditado. Sin embargo, en ocasiones, evocaban sus recuerdos de guerra y, al recordarlos, formaban como un círculo cerrado y confidencial cada uno en su grupo, según sus ideas e ideologías. Aunque hablaban en voz baja, las palabras, de vez en cuando, brotaban en el corro como chispas de un fuego interior no extinguido totalmente. Eran como llamaradas de oculto y fugitivo entusiasmo y, en algunos, de frustrado orgullo combativo. Sentados en los bordes de los jergones de saco, con las prendas andrajosas de lo que fueron uniformes, parecían, cuando se hallaban en corro alrededor de la fogata encendida, dentro de las parideras, los aislados y trashumantes fantasmas de un ejército derrotado. Soldados rendidos, que se habían dejado someter a la humillación del cautiverio y en los que el fulgor combatiente que aparecía en sus facciones era sólo el pálido reflejo de la auténtica gloria de aquellos otros que la habían conseguido. Los que, honesta, valerosa e inocentemente, habían perdido su vida, cumpliendo con su deber al defender la bandera que el destino o el ideal les había asignado.

No merecíamos lamentarnos como excombatientes rendidos. Podríamos hacerlo como seres humanos reducidos a la mísera condición de servidumbre, como siempre fueron tratados, en todas las guerras, los soldados que estimaron mejor su supervivencia, que el orgullo y el alto honor de morir por lo que decían que amaban. Al dejarnos convertir en soldados desarmados y en cautivos, habíamos renegado de la propia estimación, y renunciado a la hombría, a cambio de un plato de lentejas que, en la balanza de la justicia del más fuerte, era todo el peso de nuestro valor. Ninguno de cuantos nos habíamos dejado reducir a la condición de prisioneros, habíamos hecho honor al pensamiento de que el ideal vale más que la vida, ni al sentido de camaradería con los otros compañeros que habían muerto cumpliendo con su deber, que consistía en obedecer firmemente las órdenes recibidas y éstas eran defender la trinchera.

Allí estábamos, pues, viviendo miserablemente, formando Compañías, no de luchadores, sino de prisioneros de guerra lo mismo que puntas dispersas de un rebaño en marcha, sin pastor ni guía. Lo mismo que exhombres, pordioseros de la guerra, con los uniformes desgarrados o llenos de remiendos; sucios de polvo, no de las trincheras, ni con rotos hechos en las esquirlas de las rocas de las Sierras de Cavalls y Pandols. Cementerios libres de los que fueron héroes en uno y otro bando en lucha, sino de dormir en el mísero suelo del cautiverio y en la fatiga diaria de los combatientes transformados en caballos ciegos de noria, de los triunfadores. Mientras se es soldado o se milita bajo cualquier bandera o ideal, se pertenece a un grupo que combate, por algo tan elevado como lo es el corazón del que combate. Mientras se lucha, se sigue siendo hombre; cuando se deja de combatir y se rinde el cuerpo, éste puede seguir viviendo pero el alma del hombre ha muerto.

Y en esto se convierten los prisioneros de todas las guerras: almas muertas que, a veces, revivían fugitivamente, como fuegos fatuos que eran la expresión de la nostalgia, de cuando todavía el alma no se había dado por vencida y era, al mismo tiempo, el sostén de la hombría.

—Si la Democracia pierde la guerra —se lamentaba José, con la voz quebrada—, jamás me consolaré de no haber sabido defenderla mucho mejor. Llevaré en mi corazón y para toda la vida, la tristeza de haber malogrado la victoria. Llevaré la marca hasta el fin de mis días y sentiré la misma nostalgia del primer amor que jamás se borra del corazón.

—¡No, no! —objetó entonces Francisco con emoción incontinida—: La Democracia no puede morir definitivamente. Moriremos nosotros, los que fuimos sus soldados, los cautivos, los jefes y mandos, las mujeres y los hombres del pueblo que creyeron en ella; serán manchadas y rotas sus banderas, aniquiladas las instituciones democráticas, ¡todo! Todo, menos el espíritu de libertad que anida en el corazón de todos los seres humanos, hasta en el pecho de los que alcancen la victoria y de los que, honestamente, también creen, a su manera, luchar por la libertad de la Patria. Todo lo nuestro perecerá por largos años pero la Democracia, cuando todos la crean muerta para siempre, proseguirá vivienda encerrada, emparedada, para que nadie la vea y todos la olviden. Mas un día, cuando ya no existan apenas vencedores ni vencidos, cuando la muerte más piadosa que los hombres, se haya llevada al mismo seno de la tierra de nuestra Patria a unos y a otros; cuando ya no queden el odio ni el rencor de cuantos nos ha tocado, por desgracia y gloria, vivir nuestra guerra, entonces, los que nos sucedan, aprenderán a respetar la libertad, la vida propia, y la de los demás. Entonces comprenderán que es preciso aprender a vivir y conllevarse sin intolerancias ni despotismos, y sin llegar al ineficaz recurso de exterminarse los españoles unos a los otros, y a no convertir a España en juguete y víctima de las ambiciones de países extranjeros.

Hizo una pausa. Las llamas en la hoguera se iban muriendo agotadas las escasas ramas que la habían alimentado. Se reducían a carboncillos enrojecidos, con brillos

de rubíes, que se iban cubriendo de una suave capa cenicienta. José prosiguió, suavemente:

—La otra noche soñé con una mujer de gran hermosura. Su rostro era de expresión grave y, al mismo tiempo, serena. Los párpados cerrados y sus labios recogidos con ternura y sin el menor asomo de rencor. Se hallaba en lo más profundo de una cueva subterránea a la que se llegaba descendiendo por un complicado laberinto. La encontré tendida, con el cuerpo lleno de heridas. Parecía muerta. Y, sin embargo, a pesar de las múltiples heridas que se le habían infligido, su rostro no reflejaba odio, dolor ni sufrimiento alguno. Su frente era noble y tersa. Entonces, con gran emoción, la reconocí: era el cadáver de la Democracia por la que tantos españoles han dado su vida. El respeto se apoderó de mí. Me quité el gorro; poco a poco, fui acercándome a ella, lo mismo que si fuera mi madre espiritual. No me cabía duda de que estaba muerta porque su cara tenía el color del mármol, el color roto y detenido de la muerte y, sin embargo, al mismo tiempo, irradiaba la placidez del sueño y del reposo. Adelanté la mano derecha sobre su pecho y noté el latir de su corazón. ¡Estaba viva! ¡No había muerto! La Democracia seguía viva en las entrañas de la tierra patria. Un día, no se sabe cuándo, ni en qué tiempo, pero será cuando los hombres no se tengan miedo los unos a los otros, cuando las ofensas se hayan olvidado y desvanecido, la Democracia abrirá los ojos despertando de tanto dolor sufrido en España y, entonces, toda la Patria resplandecerá de gozo.

Cuando José hubo callado, los demás prisioneros quedáronse pensativos fijas las pupilas en las llamas moribundas de la fogata, y en las ramas quemadas, convertidas en cenizas, y en el epílogo de la última esperanza.

8

Campos de Francia y África para los españoles

España es lo que está sangrando dentro de mi desde hace veinte años; España es esta bolsa de sangre que noto siempre en mi costado izquierdo...

CELESTINO MARCILLA en *El caos y la noche* de HENRY MONTHERLANT

Al finalizar la guerra, medio millón de españoles emprendieron el camino del destierro.

Al llegar a la frontera francesa, la nación que les había vendido las armas para la guerra, recibió a sus exclientes con la frontera cerrada, y los puntos de mira de los fusiles apuntando a los que habían sido derrotados. Los vendedores de cuchillos no reconocían a los que habían sido sus compradores.

La inmensa oleada de compatriotas —familias enteras fugitivas, mujeres, ancianos, niños y combatientes del ejército republicano— se detuvo desconcertada y enfurecida ante los soldados senegaleses que, formando línea, encañonaban con las ametralladoras, cerrando el paso a los que, después de pelear heroicamente durante tres épicos años en España por la Libertad, esperaban a su entrada en Francia el abrazo fraterno de la patria de la Revolución Francesa.

Desde el 27 de enero hasta el 13 de febrero de 1939, el éxodo formado por las interminables caravanas de los fugitivos, fue traspasando la frontera pirenaica.

Los pasos eran abiertos y cerrados a intervalos, pues la avalancha de los huidos cobraba espectaculares e incontrolables proporciones físicas y emocionales. Ya que se tenían noticias de que las tropas del ejército nacional estaban alcanzando, en su avance, los límites de la zona fronteriza, como así lo anunciaba el tronar cada vez más próximo de la artillería.

Cuando las autoridades francesas dejaban el paso abierto, una multitud vociferante, aterrada, dolorida y exhausta por la larga y dramática huida se dirigía en incontenible torrente hacia la que ya era tierra francesa. Cuando se tenían noticias de que la proximidad de las tropas del Generalísimo Franco no era cierta, al momento los franceses cerraban inmediatamente la frontera.

Aquellos que habían logrado traspasarla se creían seguros, a salvo, y alejados de todo sinsabor y peligro. Los demás, la ingente oleada que todavía no lo había conseguido, maldecía iracunda, y gemía despechada.

Durante doce días consecutivos, millares de fugitivos, desde el Valle de Arán a Cerbère, se fueron concentrando en la frontera. Se trataba de hombres sumidos en la desesperación, que se negaban a reconocer, como definitiva, la derrota del ejército republicano. Muchos de ellos habían combatido valerosamente durante toda la guerra, defendiendo, sin regateos de sacrificios personales, aquello que eligieron como ideal y justificación de su existencia. Perseguidos, acorralados en la total desorganización final del ejército, habían seguido luchando, al mismo tiempo que retrocedían, hasta verse enfrentados a los muros ciclópeos y nevados de las altivas crestas pirenaicas. Otros consideraron deshonroso abandonar la trinchera que defendían y consideraron más digno morir luchando que abandonar el puesto que, en el parapeto, se les había confiado, protegiendo, con su desesperada y heroica

resistencia, la retirada de sus compañeros de armas, con objeto de que salvaran la vida.

Durante días, las carreteras que conducen a Francia se vieron pobladas por el incesante transcurrir de ese caudal humano de la gran tragedia española, que era equivalente a la simbólica manifestación de la extraordinaria vitalidad racial, que manaba como sangre del cuerpo mortalmente herido de la II República Española.

Interminables filas de hombres con destino desconocido, y para muchos hacia la antesala de la muerte, estaban en marcha. Los caminos y las carreteras estaban repletas de los más dispares vehículos y medios de transporte. Camiones atestados de soldados, con los uniformes desgarrados; carros atiborrados con los más diversos enseres, mujeres y enfermos, ancianos o niños, y también heridos de guerra. Todos juntos, en una cabalgata impresionante, retrocedían hacia el ostracismo y quizás el alejamiento definitivo, físico —y aunque no espiritual—, de la madre patria. El cortejo trágico de los vencidos afluía de todas partes hacia la frontera.

Una alucinante columna de heridos, protegidas las heridas supurantes con sucios vendajes, había sido evacuada de Camprodón en un dantesco cortejo de 1500 excombatientes. Los heridos en las piernas avanzaban, se apoyaban lenta y dolorosamente en improvisadas muletas que eran ramas desgajadas de los árboles. Otros iban con la cabeza envuelta en vendajes, o el brazo en cabestrillo. Algunos, sostenían con abnegada solidaridad a quienes apenas podían sostenerse por sí mismos, otros eran transportados en angarillas. Todos, en conjunto, soportando la dolorosa marcha, aguantaban los rigores del invierno, el cierzo helado soplando desde las más elevadas cumbres de los Pirineos. Con increíble resistencia física, soportaban los zarpazos del subimiento en su carne herida, mientras la sangre se filtraba goteando entre las hilachas de algodón de los vendajes que no habían sido renovados. El pus amarillo coagulado por el frío formaba costras, debajo de las cuales aumentaba el dolor de la carne corrompida.

Los rostros estaban descompuestos de dolor, de fiebre y frío. Tensas y ansiosas las caras, febriles los ojos, los semblantes desencajados, anhelantes de ser acogidos piadosamente en tierra extraña, como seres humanos, víctimas de la adversidad de la guerra.

El deseo les empujaba adelante. Soñaban con la vana esperanza de que, ya que habían perdido el hogar en el solar patrio, quizá lo hallarían en ese país, de antigua tradición democrática: quizás bailarían un rescoldo de calor hospitalario en esa nación que ellos creían que iba a socorrerlos como a hermanos o hijos adoptivos en su infortunio.

Sin embargo, en la frontera, les esperaban solamente los negros del Senegal y la guardia móvil, unos empuñando porras y los otros con las culatas de los fusiles dispuestas para repelerles a golpes. Arremetían contra aquella multitud, salvajemente, apaleándola, mientras la desventurada masa aullaba de ira, los heridos atropellados

gemían y el gentío maldecía de estupor e indignación, al sentirse maltratado por los africanos y la gendarmería, al servicio de las autoridades del país.

Durante los días 6 y 7, un alud incontenible se había proyectado por las brechas que la frontera dejaba abiertas. A la vez que pasaban los refugiados, se iba procediendo por las diversas unidades a la entrega inmediata del armamento y de todo el material móvil de guerra.

Entre los diversos puntos de concentración, los primeros fueron Tour de Carol, Bourg-Madame y El Perthús. Todos esos sitios carecían de la menor condición de habitabilidad.

Las mujeres y los niños fueron conducidos a campos que se improvisaron en terrenos cercados. Estos campos no eran apropiados para cobijar a seres humanos, desvalidos y en tan lamentable situación.

Los combatientes y civiles, fueron indistintamente concentrados en inhóspitos arenales de la costa francesa, quedando allí abandonados, a la intemperie, frente al mar, sin que se les hubiese dispuesto servicios de clase alguna, ni barracones o tiendas de campaña donde guarecerse.

Es cierto que la irrupción de medio millón de personas en la misma Francia, creaba un problema de incalculables proporciones para poder socorrerles adecuadamente. Pero aparte de lo que tal avalancha humana significaba, se sumaba el desconocimiento de la calidad de unas gentes, con el trauma del desastre que acababan de sufrir y que, debido a influencias de propagandas de desprestigio, habían despertado el recelo de algunos sectores franceses, más identificados con los objetivos de las tropas del Generalísimo Franco.

Los españoles encontraron muchas dificultades en recibir ayuda; sin embargo, en lo que no hubo retrasos fue en las humillaciones, en el maltrato, y en los más inhumanos vejámenes que fueron, llevados a cabo sin demora.

La tragedia de los españoles refugiados en Francia, supera en dolor, sacrificios, resistencia moral y física a todo cuanto los prisioneros soportaron, tanto en una zona como en otra de España, durante la guerra.

Aun existiendo una copiosa bibliografía sobre el valor y la capacidad de sufrimiento soportados por los españoles en los Campos de Concentración de Francia y África, todavía no se ha cantado la grandeza épica y racial de nuestros compatriotas que, aparte de sus ideologías —españoles siempre y por encima de todo—, aguantaron y, en ocasiones, se rebelaron con magnífica entereza, cuando no con heroísmo, no solamente en los Campos y Compañías de Trabajadores y en la Resistencia, sino además, en los Campos de Concentración nazis, como el de Mathausen, donde en testimonio del indomable valor de nuestros compatriotas, se levanta su famoso monumento con la leyenda siguiente en alemán, ruso, francés y español; «*Homenaje a los siete mil republicanos españoles muertos por la Libertad*».

Mucho se ha hablado de los pobres niños judíos exterminados en los campos de internamiento alemanes, pero no se ha cantado todavía la tragedia de los niños

españoles que murieron, en su terrible éxodo, lejos de la Patria, en tierras de idioma extraño y en las que compartieron el destino de sus padres, teniendo a veces que soportar el desamor y la hostilidad.

Los 1500 heridos procedentes de la evacuación del hospital Camprodón, habían alcanzado la frontera, avanzando por bosques y montañas cubiertas de nieve, en las que les sorprendió una noche infernal, en el curso de la cual perecieron muchos de ellos. Una vez en Francia, se hizo formar a los heridos. Se les contó y, después de darles algo de comer, reemprendieron la interminable caminata hasta Prats de Molló, donde habían creído que serían hospitalizados y atendidos según su lamentable estado. Sin embargo, fueron encerrados en una fábrica abandonada, y descansaron tendidos sobre el piso de cemento. Horas más tarde, se les trasladó a unos corrales donde quedaron recluidos y bajo vigilancia armada, con bayoneta calada. Al día siguiente, prosiguió la odisea y martirio de los heridos que fueron trasladados otra vez, poniéndose en marcha la columna formando una caravana de caminantes, acompañada de sus propios lamentos e imposibilidades físicas, llegaron hasta el *Campo de Arles-sur-Tech*, cuya superficie era un extenso prado, empapado por el agua procedente de las nieves de aquel crudo invierno. El Campo carecía de todo cobijo. No había ni una sola barraca, ni un destartalado cobertizo bajo el cual guarecerse alguno de los que tanto lo necesitaban. En tan inhumanas condiciones permanecieron todo el día, abandonados a su triste suerte, sin tener los más elementales servicios y asistencia sanitaria. Todos ellos se veían acometidos por los escalofríos constantes de la fiebre que los devoraba a causa de sus heridas sin tratamiento alguno. Por fortuna, para muchos que no hubieran sobrevivido a una noche a la intemperie en el desamparo de aquel prado, casi sumergidos en agua, a las once de la noche se les puso de nuevo en camino y les condujeron hasta la estación de Prats de Molló, desde la que fueron trasladados al *Campo de Concentración de Argelès-sur-Mer*, donde, por fin, quedaron definitivamente confinados. Unos para sobrevivir a sus males, y otros para morir después de tantos sufrimientos.

Las condiciones del Campo de Concentración de Argelès-sur-Mer, eran infernales a causa de su total desolación. El helado viento del Mistral barría y azotaba continuamente la arena de la playa en la que no se levantaba ni un miserable barracón para poder protegerse. No se habían dispuesto aljibes, depósitos ni suministro alguno de agua potable. Además, los víveres eran, escasos. Tampoco se habían preparado retretes ni zanjias para las necesarias evacuaciones. Las malas condiciones del agua de que pudieron disponer ocasionó una colitis que después de generalizarse se transformó en disentería. Empezaron a darse los primeros casos de tifus. Se improvisó precipitadamente una enfermería, del todo incapaz de asistir a tantos aquejados de enfermedades, así como a los heridos. Los enfermos, debido a la insuficiencia de la enfermería para acogerlos en gran número, estaban hacinados a la intemperie en el exterior de la misma. Como consecuencia de la suciedad reinante, la

inevitable plaga de parásitos se fue extendiendo, y devoraba lo mismo a sanos, heridos y enfermos.

Al fin, las autoridades francesas decidieron la evacuación de toda la población internada en el Campo de Concentración, el desalojo se efectuó con salvajes cargas de caballería lanzada contra los cautivos, arremetiendo sobre ellos a golpes de sable, por los brutales senegaleses. Los alcanzados rodaban entre las patas de los caballos que los pisoteaban. Las voces desgarradas, las maldiciones y ayes de dolor, clamaban más alto que los relinchos de las cabalgaduras. Muchos de ellos fueron conducidos a la Plaza de Toros, donde varios centenares descansaron al fin, cuando murieron incapaces ya de soportar los malos tratos, el dolor de sus heridas o la fiebre que les había devorado.

La temperatura era glacial y, a su llegada a Francia, muchos de los fugitivos de la Guerra de España carecían de ropas de abrigo. En algunos puntos de la frontera, los habitantes de los pueblos, apiadados de la desventura de aquellos hombres, sin pensar en su pasado y al ejército al que habían pertenecido, les abrían las puertas de las casas para ofrecerles humana hospitalidad y ayuda. Se esforzaban en servirles un poco de café caliente para reanimarles. Cuando esto sucedía, los guardias, sin contemplaciones, apartaban brutalmente al prisionero sin darle tiempo a recibir ayuda.

Adolfo Doménech, del pueblo de Vandellós (Tarragona), refiere que, hallándose entre la masa de refugiados, dos amigos suyos convecinos se detuvieron en una de las casas y, una mujer, al ver a ambos, ya hombres de edad y sin uniforme, les preguntó en catalán; «Però què heu fet per veure-vos així?» («Pero ¿qué es la que habéis hecho para veros en esta situación?»). A lo que uno de ellos, respondió claramente: «Nosaltres, res. Som republicanas» («Nosotros no hemos hecho nada. ¡Somos republicanos!»). A lo que entonces, la mujer indicando a su esposo que había guardado silencio, asombrada, replicó ratificando las palabras de los refugiados: «També nosaltres som republicans». («También nosotros —los franceses, se refería —, somos republicanos»). Y les ofreció algo para comer.

La sanidad comenzó a organizarse a los veinte días de hallarse establecido el Campo de Argelès. Largas colas de más de un millar de personas se presentaban a reconocimiento facultativo, que era atendido por un solo médico, incapacitado, por tanto, para poder satisfacer el gran número de enfermos y heridos. Después, se fueron instalando dependencias sanitarias en los mismos Campos. Los primeros barracones que se construyeron fueron los destinados para enfermerías. Fue entonces cuando se permitió a los médicos españoles que visitaran a los enfermos. El reconocimiento se efectuaba al aire libre. Toda la asistencia práctica quedaba reducida al botiquín, cuya cabida estaba dentro de un macuto de campaña. El hospital era una barraca con techumbre de lona. Se daba el caso de que enfermos de gravedad, su estado se acentuaba durante los días que tenían que esperar turno para su hospitalización. Ante la imposibilidad de poder ser atendidos, fueron trasladados al Hospital Militar de

Perpiñán o evacuados al hospital flotante del barco «Sinaí», anclado en Port-Vendres. Algunos de aquellos desventurados, cuando fueron evacuados, presentaban claros signos de gangrena, por lo que muchos sufrieron amputaciones, tan pronto pudieron ser intervenidos quirúrgicamente.

Los datos antecedentes, en cuanto a la vida en los Campos de Concentración franceses, para excombatientes y civiles españoles, son solamente un pálido reflejo de la cruel realidad vivida por cuantos sufrieron la desdicha de los internamientos.

Los parásitos, sobre todo el llamado «piojo verde», causante y propagador del tifus exantemático, fue el terror de los campos, al que se logró extirpar en constante lucha, desinfectando cada cual sus ropas sumergidas en agua hirviendo, y empleando como recipientes los cachivaches más inverosímiles. Asimismo la suciedad, la carencia de agua para el aseo personal, y el uso sin intercambio de las mismas ropas ocasionó una auténtica epidemia de sarna que se generalizó. Finalmente se consiguió extirpar de los campos esta clase de parásitos, con frecuentes baños de agua del mar, resistiendo las bajas temperaturas. Por fin, gracias a la ayuda de donativos españoles republicanos, durante el mes de mayo se inauguró un hospital de campaña, el cual fue llamado «Hospital Central de Argelès».

En el mismo mes de mayo, se procedió a seleccionar de entre los confinados en los campos, a las personas de más avanzada edad, que fueron trasladadas al *Campo de Concentración de Bram*, considerado posteriormente como el mejor de entre todos, y donde los refugiados más viejos podrían ser mejor atendidos. Cuando se llegó a esa resolución, desgraciadamente muchos de los confinados ya habían fallecido de hambre o de frío en los campos.

En el Campo de Concentración de Bram, se creó más tarde la organización y clasificación de hombres especializados, que formaron las *Compañías de Trabajadores*, con destino a las industrias de guerra durante el año 1940. Una vez que hubo terminado la ocupación alemana, y de haber sido utilizadas dichas *Compañías de Trabajadores*, sus componentes supervivientes fueron internados de nuevo en los campos de Argelès y de Bram.

La comida, en el *Campo de Concentración de Bram*, considerado en relación con los demás «el mejor organizado», era mala y deficiente. El médico del campo se llamaba Lebof, y jamás demostró la menor simpatía ni interés alguno por los españoles. Los medicamentos escaseaban. Lebof ordenó la vacunación antitífica de todos los internados pero con tal falta de prevención que ocasionó en aquellos que ya estaban infectados por el microbio que se acentuara la enfermedad, y esto ocasionó en breves días cuarenta muertos de tifus.

Según testimonio escrito por Miguel Giménez Igualada, en su conmovedora e impresionante obra *Más allá del dolor*, México, 1949, en la que relata sus recuerdos como internado en el Campo de Concentración de Bram, hace constar, en carta dirigida a su amigo, Alfonso González, a su vez recluido en el Campo de

Concentración de Septfonds, en el cual se encontraban, también, confinadas mujeres españolas.

La barraca 251, en donde antes vivía, y que fue «convertida» en hospital sin que en ella se cambiase más que la carne humana, que allí sigue pudriéndose, es la primera a la derecha, en cuanto se traspone la puerta del «Quartier», lo que quiere decir que está junto al cuerpo de guardia de la gendarmería, que nos vigila constantemente y nos escarnece. Por ser la primera, pagaba el mayor tributo de servidumbre, pues por ella empezaba la leva de hombres, para cuidar las viñas del Comandante; por ella, el nombramiento de obligados sepultureros, para enterrar a centenares de compatriotas que se iban muriendo de frío y de angustia; por ella a descargarse del mal humor y la brutalidad, de estas tropas que día y noche se lo pasan borrachas, y por ella, en fin, se comenzaban registros, gritos soeces, y hasta malos tratos.

Al frente de estas tropas había un capitán de gendarmes, sarmentoso, endurecido, de ojos fríos que pinchaban, de afiladas manos, que esgrimían constantemente un látigo, y de intenciones aviesas. Sin duda alguna experimentaba un sádico placer en maltratar a los viejos, en nombrarles a la madre de los jóvenes, y en llamarles a todos «perros sarnosos». Cuando llegaba al Campo, y gritaba el centinela: «Monsieur le capitain» temblaban las alambradas y se sacudían las barracas, pues hasta lo inerte sentía pavor.

Tres días hacía que sólo oíamos al centinela «Monsieur le lieutenant», «Monsieur le sargent», cuando al cuarto, volvimos a oír: «Monsieur le capitain». En la barraca 151 se apagaron las palabras, y en silencio, cada uno se dirigió a su sitio. Este recogió dos o tres pajas que asomaban sus puntas por debajo de las mantas; aquél colocó las latas de agua en perfecto orden; el de más allá dispersó el humillo delator de una colilla, y todos guardaron la obligatoria compostura como si «Monsieur le capitain» estuviese haciendo una inspección.

«Le chef de barraque», un andaluz de Osuna que husmeaba curioso desde la puerta, entrando presuroso, nos dio el grito de prevención; «¡Agua!» preparándonos todos a recibir la embestida del tigre. A poco apareció no la cuadrilla que acompañaba siempre a «Monsieur le capitain» sino un hombre solo, vestido con uniforme del ejército. Sin hablar nos fue mirando a unos y a otros. Su vista iba desde los camastros a nuestras personas, del suelo a nuestros ojos, mientras avanzaban lentamente, muy lentamente, mirándolo todo despacio, muy despacio, como si quisiera grabar en su alma el cuadro de miseria. En el centro de la barraca se paró. Volvió su mirada hacia la puerta, necesitando, sin duda, claridad de la luz. Todos vimos, con gran sorpresa, que por aquellos ojos que nos miraban —sí, yo lo vi—, corrían abundantes y silenciosas lágrimas. Despacio, muy despacio, sin mirarnos, desanduvo el corto camino, que debió ser para él largo camino de calvario, y en

puerta ya, se volvió para mirarnos por última vez, diciendo entre sollozos: «Courage!»... Y desapareció.

Estos dos capitanes simbólicos e históricos, te hablan de que hay dos Francias y dos humanidades. O mejor todavía; la verdad es que la especie, la nuestra, no ha evolucionado toda por igual. Algunas unidades, elevándose, dignificándose, han llegado hasta la hombría, mientras otras siguen pegadas a la animalidad. (Campo de Concentración de Bram «Aude», Quartier Y, Barraque 152. 8 de diciembre de 1939).

El mismo Miguel Giménez Igualada, había dirigido el día 18 de mayo de 1939, la siguiente carta al Excmo. señor Ministro del Interior, Albert Serraut, exponiéndole la grave situación en que se encontraban los internados en el *Campo de Concentración de Bram*, considerado como unos de los mejor organizados:

... En las barracas de madera con piso de tierra, que tienen una superficie de 123 metros cuadrados, y donde nos albergamos 110 hombres no hay luz, señor Ministro. Y la luz, por ser alegría es vida. Y la oscuridad por ser tristeza es muerte. Ni una pulgada de terreno que no estuviera ocupado por un cuerpo humano, había nunca disponible para poner un pie; ni un rayito de luz que alumbrase la triste existencia del viejo enfermo, se filtraba por las juntas de las tablas. El huracán que ha durado dos meses, sacudía la frágil vivienda, y sólo pensar que pudiera ser arrancada —¡tan débiles son!—, producía un escalofrío de terror en los prisioneros. De cuando en cuando —y en la oscuridad más completa—, como para romper la monotonía del vendaval, se escuchaba un lamento, se percibía cual vagido de niño, un débil suspiro, y otras veces, como si se hubiera abierto una válvula que permitiera el escape de las penas, cortaba el aire un triste sollozo.

Los enfermos —que éramos todos—, después de desliar las sucias mantas de los cuerpos que arropaban, pisaban a sus hermanos para salir a las afueras, donde soplaba un viento frío que, después de lamer los blancos picos de las blancas sierras, acuchillaban los rostros que curtió el dolor. La nieve como por simpatía hacia las enmarañadas cabelleras de plata, cuyos poseedores corrían por las callejas que conducen a los mingitorios, caía en copos espesos que besaban las heladas carnes de los refugiados.

De vuelta ya, la entrada a la barraca daba lugar a escenas que por lo crudas, no pudo soñar Dante, En el interior, los hombres tendidos, mojados y fríos, cubrían el suelo. Ni una luz que indicase el camino que conducía al agujero donde había estado antes enroscado como un reptil. Ni un centímetro de suelo libre donde apoyar el pie. A rastras y a tientas, palpando con los pies y con las manos; pasando la manta y las ropas mojadas sobre las caras de los que dormían, pisando a todos y tropezándose con los que salían, el desgraciado avanzaba lentamente, con temor, porque a cada paso suyo, escuchaba palabras de ira que rebotaban en sus oídos. Y estas escenas

duraban hasta que las primeras luces del alba traían claror de vida a la barraca y a las almas.

Pero, escuche, señor Ministro, que por oscuras que sean las tinieblas y dolores, no ha alcanzado todavía la escena su completa negror. Es medianoche. El vendaval de las almas que rugieron un momento, se ha aplacado. Como si fueran estertores del malestar que se muere, se escuchaban respiraciones fatigosas, que son jadeos, y toses secas que son pulmones rotos. Afuera, sigue soplando, desesperadamente, el huracán; adentro, en las tinieblas impera la quietud. Mas nadie duerme. Siete largas horas sobre la tierra han ahuyentado el sueño. En silencio, unos musitan, para adentro, sus plegarias. Otros piensan en la madre o en la esposa; muchos sueñan con los hijos. El silencio se parece a la muerte y sólo es acurrucamiento de la vida triste. Lo rasga un suspiro que, poco a poco, se trueca en sollozo, y, más tarde, en hipar lento que preludia el llanto y que estalla en lloro. Y un, «¡madre mía!» lamento hecho verbo, que es sollozo y quejido de un corazón al que ahoga la angustia, ilumina las tinieblas de las almas a las que rodean la miseria y el dolor.

Como movidos por un resorte —que esa fuerza tiene el llamado de un hombre que llora y se queja—, unos se incorporan, otros se levantan y, pisándose, todos tratan de prestar su ayuda al que demanda auxilio. Los más próximos, una barrera de hombres sentados o de pie, prohíbe que se acerquen los que se hallan lejos, dirigen al enfermo palabras de aliento y consuelo, y cuando por la fiebre pide agua con que aplacar la sed, muchas manos buscan, afanosas, por entre los rincones, las sucias latas que contienen el precioso líquido. La escena es horrible, fantasmal. Sin gritos ni rugidos, en silencio, porque la muerte acecha y la pena pone en las gargantas nudos que aprietan. Los afortunados que, palpando en la oscuridad hallaron la lata de agua, al tropezar con los que están sentados o de pie, derraman el agua sobre las mantas, hombres y paja, Y el frío muerde, y la angustia oprime, y el dolor agarrota y el enfermo reclama. Por fin todo se aplaca, Y con la congoja en el corazón, poco a poco, palpando, arrastrándose, tropezando los hombres van hallando los montoncitos de paja donde extender sus cuerpos doloridos y sus almas desilusionadas.

El huracán sigue rugiendo en el exterior. La tormenta de agua, de viento, de hielo, azota la débil barraca. Los hombres, en un interminable ir y venir entran y salen arrastrándose. Y las tinieblas, negras, horribles, dejan heces de dolor en los corazones.

Por las rendijas de las tablas, que permitieron durante la noche la entrada del agua y del viento, penetra, como avergonzada, la luz mañanera. Y a la luz triste, de un nublado amanecer, contemplamos, mudos, la faz cadavérica del que fue nuestro hermano.

Algunos, descubiertos, se hincan de rodillas, otros pocos rezan. Y uno, adelantándose, silencioso, con los ojos llenos de lágrimas, deposita en la frente del muerto un beso sonoro humano.

¡Luz, Señor Ministro! ¡Luz en las barracas! ¡Luz, para que los hombres no nos arrastremos como reptiles que buscan su agujero! ¡Luz, para que podamos extender la paja que es nuestro colchón! ¡Luz, para que no nos pisemos y atropellemos como alimañas! ¡Luz, en fin, Señor Ministro, para que nos veamos morir! ¡Luz, Señor Ministro! ¡Luz en las barracas...! Por mi intermedio hablan millares de criaturas humanas que, todas las noches —¡desde hace cuatro meses!—, dicen, en las barracas oscuras y tristes: ¡Luz, Señor Ministro! ¡Luz, señor Serraut!

Cuando un español lee las anteriores palabras, escritas y vividas por otro español en el exilio y en hogar extraño, no puede por menos que sentirse conmovido en lo más profundo de sus sentimientos humanos. No puede por menos que pensar, que lo vivido por sus compatriotas en los Campos de Concentración franceses, es mucho más lacerante por su crueldad y dramatismo humano que lo que describiera Dostoievski, en *La casa de los muertos*, relatando la vida de los desterrados a Siberia, e incluso mucho más que lo que narra actualmente el mismo Alejandro Isaievich Soljenitsin, (Premio Nobel de Literatura 1970) con su obra *Un día en la vida de Iván Denisovich*.

La carta que hemos insertado como muestra viva de cuál fue la situación de los españoles en los Campos de Concentración de Francia, fue escrita en el Campo de Concentración de Bram, en el Quartier I, Barraca n.º 152, y traducida al francés por Benjamín Cano Ruiz, entregada por él mismo a un diputado francés quien aseguró haberla dado en mano al Ministro del Interior, señor Albert Serraut. Sin embargo, el autor de la carta abandonó el Campo de Bram en marzo del año 1940, sin que la luz hubiese sido instalada en los barracones. Fue trasladado al *Campo de Concentración de Argelès-sur-Mer* (Pirineos Orientales) donde permaneció confinado hasta el mes de octubre del año 1941. Mientras tanto, en las miserables barracas de Bram por las noches el viento seguía cubriéndolas por la misma arena de la playa en que estaban levantadas, cuando el viento huracanado no las arrancaba de cuajo. Sus desgraciados ocupantes seguían falleciendo, en el más inhumano e implacable abandono, y en la más triste oscuridad. El alba, día a día, seguía saludando a los supervivientes, mostrándoles la yerta presencia de los que habían muerto durante la noche.

La tragedia de los españoles refugiados en Francia, acogidos en campos de castigo de África, castillos, y en las mazmorras de fortalezas medievales, supera en dolor, escarnio y dureza de trato, a todo cuanto tuvieron que sufrir los prisioneros de la guerra española, tanto en una zona como en otra, de esa España dividida y dolorosamente enfrentada.

Las mujeres que habían sido clasificadas como elementos activistas, o resueltamente republicanas, por sus actividades durante la guerra en España, así como también cuantas no quisieran someterse pasivamente a intolerables humillaciones, fueron confinadas en el *Campo de Concentración de Rieucros*.

Gran número de ellas se habían opuesto contra la promiscuidad de sexos, y a las vejatorias condiciones a que se vieron obligadas a tolerar en su aseo y recato femenino. Ya que, sin consideración ni respeto a su sexo, se veían precisadas a realizar sus necesidades en la orilla de la playa y en presencia de los hombres. Esto que era del todo inadmisibles, fue motivo de resuelta protesta y rebeldía. Todas las mujeres que persistieron en su actitud de abierta insubordinación sin dejarse someter a tales tratos, fueron encerradas en la *Fortaleza de Collière* y en el *Castillo de Mont-Louis* calificados ambos como reductos de castigo.

La disciplina de hierro de aquellos antros, en los que muchos españoles se vieron encerrados, era de una dureza implacable, y en los calabozos subterráneos del *Castillo de Collière*, centenares de compatriotas, que no se resignaron a dejar de comportarse como hombres, murieron en el más triste e inhumano abandono.

Durante el mes de enero del año 1941, el *Campo de Concentración de Argelès* se vio azotado por una de las más fuertes tormentas que en ninguna ocasión anterior habían castigado las costas francesas.

Si los dos inviernos anteriores de 1939 y 1940, habían sido atroces para todos los que tuvieron que resistir la fatalidad de haber sido concentrados en el Campo de Argelès, el invierno del año 1941 superó a los pasados en calamidades, cuando se abatió sobre él la tempestad, asolando el viento, la lluvia y el mar, la indefensa población de cautivos. La terrible tormenta duró tres días, durante los cuales los internados tuvieron que batirse en total desventaja y desesperación, y contra el oleaje que azotaba a los miles de refugiados abandonados en la arena de la playa.

Los socorros de las autoridades no llegaron hasta el tercer día. El mayor número de víctimas figuró entre las mujeres y los niños, que perecieron ahogados. Parecía del todo increíble que aquellos seres humanos que habían sobrevivido a tres años de guerra y luego a dos más de internamiento en campos de concentración, pudieran sobrevivir todavía. Sin embargo, a pesar de aquellos tres días dantescos en los que el mar causó tan numerosas víctimas, y se llevó de la playa todo cuanto había en ella, los españoles siguieron resistiendo contra los elementos de la naturaleza desencadenada sobre ellos. Por fin, en el mes de junio del mismo año, los españoles del Campo de Argelès fueron trasladados al *Campo de Concentración de Gurs*.

El *Campo de Concentración de Rivesaltes*, estaba considerada como un modelo de limpieza y el que disponía de mejor instalación, ya que había sido un antiguo campamento militar. En cada uno de sus barracones se disponía de hileras de camastros superpuestos, lo que permitía, en cada uno de ellos, la ubicación de varios centenares de personas. Uno de sus peores inconvenientes era que las maderas de las literas estaban comidas por las chinches que causaban indecibles sufrimientos y despeluznos de asco. Los refugiados no podían dormir, y se pasaban la noche exterminando a los repugnantes bichos.

Los barracones estaban distribuidos y clasificados por orden alfabético. La comida era angustiosamente escasa. Los niños, que convivían con los internados en el

Campo de Concentración de Rivesaltes, robaban zanahorias para comérselas crudas, empujados por el hambre que atenazaba sus tristes vidas infantiles. Su poca edad y lo justificado de sus hurtos, no impedía que, si se les descubría, se les aplicara inhumanamente los castigos que se consideraban adecuados. ¿Por qué no se ha descrito y clamado con indignación contra el sufrimiento de los niños españoles en los campos de refugiados franceses y alemanes, donde hubo también su Ana Frank aunque no escribiera su «Diario» pero que, de haberlo hecho hubiese podido describir en él que África empezaba para aquellos españoles más arriba de los Pirineos? Todos aquellos niños quedaron marcados por las vicisitudes sufridas y por el estigma del hambre. Cuando aquellos niños caían enfermos, eran arrebatados a sus padres para trasladarles al Hospital de Perpiñán. Muchos fallecían, sin que aquellos que los amaban pudieran estar en la cabecera de sus camas para cerrarles los ojos.

En el año 1941, las mujeres españolas del *Campo de Concentración de Rivesaltes*, fueron llamadas para que participaran en las tareas de la vendimia. Colocadas ante los viñadores, que las examinaban una por una, elegían a las que les parecían más fuertes y algunas veces a las más agraciadas, a pesar de su miseria, para que trabajaran en sus viñas. La humildad que a veces somete la miseria a sus víctimas, fue motivo de atrevimiento para algunos de aquellos patronos, suponiendo que aquellas desgraciadas les harían fáciles concesiones, En más de una ocasión, ante las tentativas groseras de sus «patronos», aquellas intrépidas mujeres tuvieron que reaccionar violentamente, a bofetadas y golpes, para defenderse de algunos que ya anticipadamente las habían elegido, por su apostura y no precisamente para un trabajo honrado.

Con su actitud, las mujeres españolas les demostraron que, aunque sumidas en la adversidad, eran tan buenas madres y esposas como las francesas pudieran serlo. Las que se rebelaban contra sus dueños o escapaban, eran denunciadas y entregadas a los gendarmes. De nuevo eran devueltas al *Campo de Concentración de Rivesaltes* y, como corrección, se las humillaba cortándoseles el pelo a rape. En el Campo de Rivesaltes, la población estaba formada en su mayoría por mujeres y niños.

A pesar de lo dicho anteriormente, es necesario indicar que hubo muchas familias francesas que trataron con solicitud y afecto a las mujeres españolas. Que las ayudaron en las faenas del campo y que, tanto hombres como mujeres, las respetaron en el infortunio, tratándolas con humanidad y justicia, guardando de ellas un agradecido recuerdo.

Aquel mismo año de 1941, las comisiones alemanas empezaron a recorrer los Campos de Concentración franceses, en busca de mano de obra española. Como entre los españoles no había voluntarios que quisieran colaborar con los que habían ametrallado al ejército derrotado al que habían pertenecido, bombardearon Guernica y las ciudades y pueblos españoles, ninguno de los confinados se presentó para trabajar con los alentases, por lo que éstos acabaron enrolando por la fuerza a cuantos obreros necesitaban.

A continuación, insertamos el testimonio de uno de los miles de españoles que atravesaron la frontera francesa y que también podría aquí ratificar su dolorosa experiencia:

Alfonso Doménech Margalef, soldado de la que fue 27 División, conocida por «La Bruja», la cual, junto con la 60 y 72, formaban el XVIII Cuerpo de Ejército. Perteneció a la 123 Brigada Mixta, 492 Batallón, correspondiente al 4.º de dicha Brigada, y encuadrado en la 3.ª Compañía.

«Mi quinta, correspondiente al reemplazo del año 1928, fue movilizada al mismo tiempo que la quinta más joven del 41, en mes de abril del año 1938. Fue cuando en el frente de Cataluña ya se presagiaba el fin de la contienda. Son pocas, por tanto, de las batallas que puedo hablar. No obstante, y por desgracia, tuve que participar en dos de ellas. En la última sufrí una grave herida de la que todavía en la actualidad, a pesar de los muchos años transcurridos desde la guerra, no estoy totalmente restablecido. Herido como estaba, ya en el fin de la guerra, y hospitalizado en Figueras, fue cuando pasé la frontera francesa.

»En el ataque llevado a cabo por las fuerzas gubernamentales a la cabeza de puente en el río Segre, de Balaguer, en el mes de mayo de 1938 —cuatro o cinco espléndidos días de aquel mes de mayo—, mi compañía fue una de las que participaron en los ataques. Carecía de experiencia bélica, pues jamás había entrado en fuego, hasta tal punto que mi pánico y desconcierto fueron tan grandes que durante lo peor de aquel jaleo, no fui capaz de introducir el peine en la recámara del fusil y no pude disparar un solo tiro, hasta que me hube sobrepuesto a la brutal impresión de aquél combate tan cruel. Una vez que la batalla hubo terminado, al contemplar el campo donde ésta se había desarrollado, me produjo una terrible e imborrable sensación. Lo mismo que el estado demencial que se había desatado en un pobre muchacho, perteneciente a la inexperta y jovencísima quinta del 41, cuando presenciaba el enterramiento de un compañero de su pueblo, muerto en el combate.

»En cuanto a la Batalla del Ebro, la Compañía, durante los días a los que yo me refiero, estuvo emplazada en la ocupación de unas posiciones de primera línea que, prolongándose por su izquierda, llegaban a la altura de la posición llamada «Puig de l’Aguila», hoy conocida con el nombre de «El pico de la Muerte». Una de aquellas noches, un contingente de nuestras fuerzas, procedentes de la segunda línea (no recuerdo a la unidad que pertenecían), dieron un golpe de mano por sorpresa y conquistaron la cota. Nuestro capitán, Juan Guardia, catalán, creo que de Tarrasa, colaboró con su ayuda enviando municiones a la posición ocupada, mediante dos acemileros con un mulo cargado de cajas. Transcurridas unas horas, dos o tres, no puedo asegurarlo con precisión, llegó hasta nosotros el canto del himno de la Legión, con su conocido grito de “Viva la Muerte”, que ya había proferido el general Millán Astray en la celebración de la Fiesta de la Raza, en la Universidad de Salamanca, siendo todavía rector de la misma don Miguel de Unamuno, Los vítores de la Legión

nos dieron a entender, sin ningún género de dudas, que las fuerzas de choque legionarias habían recuperado la cota. De los acemileros y el mulo, no se supo nada más.

»El día 4 de septiembre, durante uno de los fuertes combates en el Ebro de muchas horas de duración, caí gravemente herido. Urgentemente se me trasladó en una ambulancia desde el puesto de socorro a un quirófano de campaña donde fui intervenido. Desde entonces, sucesivamente, recibí hospitalización en diferentes centros asistenciales, hasta llegar a la ciudad de Figueras.

»Fueron unos meses de lenta recuperación. Mientras, la guerra proseguía su curso y el avance de las fuerzas nacionales se iba aproximando a lo que iba a ser el fin de la contienda.

»En la capital ampurdanesa se respiraba una atmósfera de gran agitación, inquietud y nerviosismo. En los puntos más visibles de las calles de Figueras se pegaron unos Bandos firmados por el general Hernández Sarabia, recomendando a toda la población, y fuerzas militares serenidad, firmeza y confianza. Para inspirar seguridad y fortalecer los ánimos, hizo desfilar por las calles a un Batallón de guardias de Asalto, con la banda republicana marchando en cabeza de la formación. Un ciudadano de los que se encontraban a mi lado, viendo el desfile, cuando pasaba la fuerza con la bandera desplegada, gritó: “¡Viva la República!”. Al volver el rostro para mirarle vi que tenía sus ojos anegados de lágrimas. Pensé que debía ser muy grande su ideal a pesar de que ya la derrota era innegable.

»En los días que siguieron se desencadenó el caos final, precipitado por el éxodo multitudinario de los restos del ejército, y de millares de familias que seguían a los combatientes.

»Durante los primeros días de febrero, la frontera francesa permaneció cerrada para los combatientes. Solamente la circunstancia de estar herido, era un aval suficiente para trasponerla. Así fue como, a causa de mi herida, pasé a Francia con otros muchos heridos, entre los que reconocí a un muchacho de la quinta del 41, de mi pueblo, e hijo único de una buena mujer, viuda.

»En adelante, considerando en mi fuero interno que yo, por ser mayor, debía protegerle en lo posible, ya no me separé jamás de él, siendo ésta la causa de que mis huesos fueran con los suyos destinados en su momento al terrible *Campo de Concentración de Argelès*, de tan nefasta memoria.

»Una vez en tierra francesa, a los heridos se nos condujo al pueblo de Bañuls, donde se nos ofreció un plato de fideos caliente y se nos dio cobijo en el suelo de una sala de espectáculos. Al día siguiente, me sometieron a un reconocimiento médico para comprobar si realmente todos éramos heridos de guerra. Esta medida, en adelante se convirtió en una obsesión para las autoridades francesas, debido a que gran número de refugiados se escapaban del Campo de Argelès a causa de las inhumanas condiciones a que estaban sometidos en dicho campo, procurando filtrarse entre los heridos para no ser reenviados al Campo.

»En camiones se nos trasladó a Port-Vendres, alojándonos en un hangar del muelle, sobre cuyo pavimento se había extendido un poco de paja para que descansáramos en ella. Así fuimos acomodados los heridos. Horas más tarde se nos acompañó a un puesto de socorro, para practicamos algunas curas. Sin embargo, allí pudimos disfrutar de cierta libertad, dejándonos que anduviéramos por las calles, satisfaciendo así nuestra natural curiosidad de forasteros.

»Cada vez que me encontraba con un gendarme era indispensable que mostrara mi herida. No así mi paisano que no tenía necesidad de ello, ya que llevaba el brazo en cabestrillo, por tenerlo atravesado por una bala. Mi compañero de armas presentaba una lamentable estampa, todavía peor que la mía. Su uniforme era el mismo con el que había sido sacado de la última trinchera herido. Todo estaba sucio y pringoso, con las grandes manchas de su sangre vertida ya incrustada, y tela caqui. Fue así cuando yendo los dos, nos dimos cara a cara con un señor, el cual, al vemos, nos miró con una profunda y conmovida mirada. Sin mediar palabra alguna, se adelantó hacia mi amigo y con gesto apiadado, generoso, le entregó diez francos y, en silencio, prosiguió su camino.

»Diez francos en aquella situación equivalía para nosotros a una pequeña fortuna.

»En una casa vieja que había sido habilitada recubriendo el suelo con paja, convivíamos los refugiados españoles en la más completa promiscuidad: heridos, enfermos, ancianos, mujeres y niños. Con el fin de acoger a heridos y enfermos, estaban anclados dos barcos. Uno era de gran tonelaje y se llamaba “Marechal Lantey”; el otro más pequeño, llamábase “Ami”. Muy pronto, ambos se vieron repletos de heridos y enfermos. Por este motivo, los que fuimos destinados a uno de los hangares o cobertizos del puerto, no pudiendo ser alojados en ninguno de ellos, seguimos en las mismas condiciones.

»Para evitar que se mezclara entre los heridos algún posible fugitivo del Campo de Argelès, se nos colocó a cada uno una etiqueta en el ojal de la guerrera. Se trataba de las mismas etiquetas usadas en las facturaciones. La mía la he conservado hasta la fecha, y se la remito para que la reproduzca fotográficamente como curiosidad. Como verá, en tales etiquetas se anotaba el nombre y los apellidos del herido, así como el diagnóstico de la herida. Se nos trasladó a una colonia infantil situada en las afueras del pueblo, desde la cual por las noches, podíamos divisar el impresionante espectáculo que ofrecía el Campo de refugiados de Argeles, en cuya superficie encendían numerosas fogatas para protegerse del frío.

»Las hogueras eran alimentadas con los viñedos de las cercanías de dicho campo que fueron arrancados, justificando tan enorme destrozo y perjuicio a los viñaderos, propietarios de los mismos, el derecho que los confinados en el Campo de Concentración de Argelès tenían, como seres humanos, a sobrevivir a toda costa, al ser sometidos a tan inhumanas condiciones. Posteriormente, tal como fue publicado en periódicos de Perpiñán, o en el “Dépêche” de Toulouse, apareció la noticia de que

el gobierno francés indemnizaba a los agricultores por los daños sufridos en sus propiedades, “causados por la entrada en masa de los refugiados”.

»En la colonia infantil fuimos distribuidos en distintos pabellones, los cuales llevaban el nombre de destacados políticos franceses de la época. Aquel establecimiento había sido concebido y realizado para los niños que debía acoger. Por ello, todo en su interior era de proporciones reducidas, hasta las camas, que por sus medidas, eran las apropiadas para los niños. Todos los que estuvimos refugiados en aquel agradable recinto dormíamos encogidos. Sin embargo, los pocos días que pasamos en aquel establecimiento, fueron mucho mejores que los que permanecemos en ningún otro sitio. Pocos días más tarde, fuimos de nuevo trasladados con las etiquetas de facturación, hasta una estación. Al anochecer emprendimos, en tren, viaje con rumbo desconocido. Durante aquel viaje nocturno el convoy se detuvo solamente en la estación de Beziers. Soldados franceses, con el emblema del cuerpo de Sanidad, nos distribuyeron un vaso de leche por persona y un pedazo de pan blanco. Alboreaba el día cuando divisamos el mar y el puerto al que se nos conducía. Era el puerto de Marsella. En uno de los muelles estaban anclados dos trasatlánticos, los cuales iban absorbiendo en su interior a una gran masa humana, doliente y lacerada. Eran el *Patria* y el *Providence*. Se me destinó al *Patria*, a un camarote de 3.^a clase, donde tuve por compañeros, además de mi inseparable convecino del pueblo, a un aviador catalán y a un teniente vasco. Los camarotes de 1.^a clase habían sido reservados, con toda justicia, a los heridos y enfermos de más gravedad. Respecto al *Patria*, años después leí un artículo aparecido en *La Vanguardia Española*, en el que se refería que el almirante Doenitz, durante los últimos días de la segunda Guerra Mundial, había instalado su Cuartel General en el *Patria*, anclado por aquel entonces en el puerto de Flesburg. Lo mismo aparece confirmado en las *Memorias* del que fue ministro de Armamento alemán, Albert Spee (págs. 574-577). ¿Era posible que fuese el mismo barco que en los aciagos días del fin de la guerra española, sirvió como hospital a los heridos y enfermos españoles? Es muy posible, pues desde mis experiencias hasta la lectura de la noticia, habían transcurrido solamente unos seis años.

»La herida de mi amigo se había curado rápidamente ya que la bala no había interesado el hueso y ya se encontraba casi repuesto del balazo que le había perforado el brazo.

»Poco después de nuestro ingreso en el barco hospital, fue dado de alta. No quise abandonarle y pedí al médico que me extendiera a mí también el alta, a lo que encogiéndose de hombros, accedió a mi deseo. Me dolía separarme de mi paisano porque se trataba de un muchacho de 18 años y, en mi conciencia, me había responsabilizado de su seguridad. Así fue cómo compartí su suerte. De nuevo, y con otros más, fuimos embarcados en el tren y en esta ocasión, nuestro destino fue el del fatídico *Campo de Concentración de Argelès*.

»Narrar las indescriptibles escenas de millares y millares de españoles sumidos en condiciones infrahumanas, en el célebre Campo de Argelès, superaría las posibilidades literarias de un Tolstoi.

»Los infortunados que permanecieron internados en aquel campo, en el tiempo en que yo estuve, no disponían de otro cobijo que la protección de una simple manta colocada a manera de tienda de campaña. Por aquel entonces, empezaban a construirse barracones pero, mientras tanto, los cautivos lo pasaban muy mal, viviendo a la intemperie junto al mar. Había una terrible escasez de agua potable, lo que obligaba a hacerse con ella, practicando agujeros en la playa, con la idea de que la misma arena la filtrase y quitara inmundicias de las orillas del mar. El agua salada así obtenida, desencadenó una diarrea general. No existiendo todavía letrinas apropiadas para tan inconmesurable contingente de personas allí recluidas, las evacuaciones se practicaban a la orilla del agua del mar, ofreciendo el espectáculo de centenares de seres humanos de ambos sexos, sometidos a tal humillación.

»Cuando regresé a España, mi amigo pudo reunirse con su madre, una hermana viuda y dos sobrinos, hijos, de la misma, ya en edad escolar.

»Encontré bien a todos los míos, pero yo regresaba con el alma marcada por los Sinsabores sufridos y, en mi cuerpo y sin yo saberlo, quedaron partículas de la metralla que la explosión de un artefacto me había causado la herida sufrida en el frente del Ebro. Años más tarde, y a causa de la metralla que quedó escondida en mi carne, me acometieron insoportables dolores, que no había sospechado. Era la secuela de la guerra, ¡baldón de la raza humana!».

El *Campo de Concentración de Saint-Ciprien* fue formado reuniendo a todos los concentrados en la arena de la playa. Los confinados fueron cercados por alambradas y vigilados por senegaleses y una harka mora que, a caballo y gumía en mano, rodeaban a los prisioneros vociferando, salvajes y amenazadores.

El Campo de Concentración de Saint-Ciprien, consistía simplemente en la extensión de la arena a lo largo de la playa comida por el mar. Los prisioneros de guerra alemanes, que lo fueron durante la guerra del 1914 al año 1918, habían sido en su época concentrados en aquel lugar y perecieron por centenares. Con los españoles no ocurrió lo mismo porque en esto se agudizó el instinto de supervivencia y también sus recursos e inventiva. Cuando la guardia, un poco perpleja, se dio cuenta de las tretas de los españoles acorralados en la desolada playa, ya en la extensa superficie se habían construido los más inverosímiles cobijos con los desechos de los coches amontonados cerca del campo. Eran los mismos coches que los españoles habían entregado cuando habían entrado en Francia. Cabinas, puertas y planchas, habían sido introducidos en el campo de arena, sin que la guardia lo hubiese advertido. El recurso era desesperado pero insuficiente. Sin embargo, evitaba, por lo menos, pasar la noche bajo las estrellas, aunque no los libraba del intenso frío.

Poco después, las autoridades francesas facilitaron la construcción de barracones, gratificando a los que colaborasen en el levantamiento de éstos con una ración de rancho extra.

En pocos días, creció en la playa una pequeña e improvisada ciudad de madera. Más tarde, se formaron en el campo de Saint-Ciprien las *Compañías de Trabajadores*, que empezó siendo, voluntario el encuadramiento en las mismas, pero que terminó siendo obligado el alistamiento.

Las dificultades derivadas de la guerra que había estallado, abogaron a Francia a restringir su ayuda alimenticia a los Campos de Concentración. Cada día fueron más difíciles las posibilidades de supervivir, ya que la comida era cada vez más escasa.

En el año 1941, las condiciones de vida se fueron endureciendo para los refugiados, al descender a un nivel todavía más inferior, pues su trabajo ya no era una prestación laboral, obligada por las circunstancias. Disueltas las *Compañías de Trabajadores*, sus componentes eran facilitados, casi como esclavos, a las casas de Campo francesas, pagándoseles sueldos irrisorios con los que compraban su mísera comida. Hacían jornadas de trabajo de 15 y 17 horas, ya que no pudieron negarse a aceptar los «contratos de trabajo» a cuyo cumplimiento quedaban obligados.

Campos de Concentración de África Francesa.

CAMPO DE DJELA Y EL CASTILLO DE CAFARELL

El día 10 de julio del año 1941, los componentes de la famosa «Columna Durrutí», transformada en «División 26» a su militarización y mandada en tanto fue «Columna» como cuando División, por su jefe Ricardo Sanz, fueron formados y se les hizo entrega de un certificado de buena conducta, para seguidamente, maniatados uno a uno, fueron trasladados con gran número de fuerza armada, hasta Port-Vendres, donde, embarcados como bestias en un barco viejo, se les condujo hasta Argel.

A su llegada les esperaban numerosas fuerzas armadas, tanto para servicio de vigilancia como de custodia hasta su destino, de todos aquellos a los que se había clasificado como elementos de un elevado índice de peligrosidad por sus ideas ácratas.

Figuraban en la misma expedición Ricardo Sanz, jefe de la «División 26»; Germinal de Souza, Francisco Iglesias, Antonio Ortiz y Roa. En un tren de mercancías se les trasladó directamente al desierto con destino al terrible Campo de Concentración africano de Djela.

El viaje duró un día y una noche completa. A los ojos de los españoles, cuyo temple era indomable, aparecían la desolación y la aridez interminable del desierto. Atrás, habían quedado poblados y grupos de tiendas de lona, de los trashumantes habitantes de los arenales. El futuro no podía presentirse más dramático. Cada uno de aquellos hombres, por experiencias vividas anteriormente, sabía con indudable

certeza que eran enviados a un lejano y desolado cementerio, donde nadie sería testimonio de los sufrimientos que les estaban reservados hasta su total exterminio.

De pronto, aquellos antiguos luchadores, de recia fibra hispánica, comenzaron a cantar todos a coro. El canto fue transmitiéndose de un vagón a otro, en aquella oruga oscura que se deslizaba por el camino de hierro, corriendo hacia la muerte, por ese mar de arena del desierto. Las voces habían comenzado como un murmullo, como una afirmación contenida, profunda y grave, proferida primero por un prisionero que halló eco en el siguiente, hasta convertirse en un grupo de voces desgarradas, en un poderoso coro retador y vibrante, gritándole al silencioso desierto, que iba a ser tumba del valor anónimo de muchos de ellos, el himno de la Confederación: «¡A las barricadas!», mientras tanto, el tren seguía avanzando hacia el Campo cementerio de Djela. Por fin el pequeño convoy llegó al final del duro viaje. Allí estaba Djela, con su Campo emplazado al pie de una ladera arenosa y, encima de la ladera, el siniestro castillo de Cafarelli.

Las primeras expediciones que llegaron, no hallaron más que las alambradas que se habían colocado para tenerlos cercados. Tuvieron que irse construyendo ellos mismos los barracones. La disciplina, en el africano campo de concentración de Djela, estaba bajo un mando implacable. El jefe del mismo era un hombre sin entrañas, el comandante Caboche, secundado por una guardia armada hasta los dientes. Cuando los españoles llegaron al campo de Djela, vestidos con los harapos de lo que habían sido sus uniformes durante la guerra de España, el comandante los hizo formar y la guardia con las armas prontas, apuntándolas, les saludó, áspera y duramente: «¡Españoles: habéis llegado al campo de Djela, situado en pleno desierto! ¡Aquí, la libertad sólo la concede la muerte!».

Sin embargo, a pesar de ello, algunos de los confinados españoles intentaron la fuga. Era inútil, pues todos los intentos resultaban fallidos. Alrededor del campo de concentración, merodeaban los moros. Cuando se daba el caso de la fuga de algún prisionero que soñaba con la libertad, adentrándose en el fuego del desierto, en seguida salían los moros tras él persiguiéndole, espoleados por la miserable propina con la que se iba a premiar la captura del fugitivo. Sólo alguno consiguió la libertad. Lo corriente era que unas horas más tarde de la huida, el desgraciado fuese devuelto al campo de concentración atado a la cola del caballo del moro que lo había capturado. Una vez de nuevo dentro del recinto, era salvajemente apaleado y tirado como un fardo de huesos entro de un calabozo. De este calabozo era muy raro salir con vida, ya que generalmente el desventurado no solía sobrevivir.

El infernal campo de Djela, destinado a los excombatientes de la guerra de España, fue un campo de exterminio de los rebeldes españoles. Un auténtico cementerio de muertos vivientes en el desierto africano. La escasa comida, era a base de trigo codo y carne de camello. Y a pesar del trato salvaje, de la rudeza de los trabajos forzados a que se vieron sometidos, todavía la indomable energía, la resistencia y el valor, consiguieron que muchos de aquellos valientes sobrevivieran y

participaran, posteriormente, en la segunda Guerra Mundial, dando testimonio de su extraordinario e inagotable valor, combatiendo en las filas de los ejércitos aliados y en la División del general Leclerc, participando en la liberación de la capital francesa y entrando en París en tanques que llevaban nombres netamente españoles: «Ebro», «Madrid», «Belchite», «Guadalajara».

La lista de los campos de confinamiento africanos, en los que los españoles fueron destinados por los franceses, sería interminable. Como también serían interminables los sufrimientos que sobrellevaron los confinados a ellos. Campos de Gafsa, El Guettar, en Túnez y el de Bien-Saf, o los de Tandara, Setat, Bou-Arfa y otros muchos más.

Sin embargo, merece especial mención el de Hadjerat-M'Guil, donde los castigos físicos estaban al orden del día, hasta el apaleamiento mortal, como así ocurrió con el español Francisco Pozas, el cual consiguió librarse de las ataduras y, en su propia defensa, hirió en la cara a uno de sus verdugos, con una hoja de afeitar que guardaba escondida.

La muerte del español Francisco Pozas, en el campo de Hadjerat-M'Guil, fue horrible. Tanto el comandante de dicho campo llamado Santucci, como uno de los verdugos, de nombre Riepp, que fue herido con la hoja de afeitar de Pozas, al que infligió una muerte terrible, fueron ambos condenados a muerte y fusilados en el año 1944, al ser culpables de los incontables crímenes cometidos en dicho campo de concentración. En ese campo donde estaban confinados lo mismo españoles considerados peligrosos, como combatientes de las Brigadas Internacionales, destinados a ese confinamiento de exterminio, por el gobierno de Vichy.

En dicho campo, cuando se daba el caso de alguna fuga, al ser capturado el fugitivo, era apaleado hasta la muerte y arrojado a un hoyo que se había excavado, tan pronto como su fuga había sido advertida. Muchos fueron los españoles que, en su afán de independencia y libertad, murieron a palos y luego tirados dentro de su misma fosa.

Derrotados, lejos de la patria, lanzados a los confinamientos más crueles y despiadados, sin otro bagaje que el recuerdo imperecedero de su amor a España, nuestros compatriotas sufrieron en el exilio la más extraordinaria de las odiseas, sostenida con entereza de carácter e indomable valor. Muchos de ellos perecieron en el martirio, fieles hasta el fin a la entrega generosa de la vida, por lo que creyeron y amaron.

Otros, después de los años transcurridos, sobreviven, y quedan, como testimonios del valor y gloria de los que perecieron, siempre honrando con su sacrificio, independientemente de sus ideologías, el nombre de España, a la que dedicaron su postrer aliento en la nostalgia imborrable de la lejanía.

EPÍLOGO

Al finalizar la contienda española, la suerte de los prisioneros de guerra hechos por el ejército republicano, fue esa ansiada libertad que la victoria del ejército nacional les ofrecía.

Los prisioneros del ejército republicano tardaron mucho más en verse libres, siguiendo encuadrados en Compañías de Batallones de Trabajadores, hasta su completa identificación personal. Sin embargo, el general Yagüe había sido de la opinión de conceder la libertad a los prisioneros de los Batallones de Trabajadores ya que, al regreso a su punto de procedencia, en la localidad correspondiente se efectuaría la depuración de los que regresaran de los Batallones de Trabajo.

Al parecer, este criterio no lo compartía el Coronel Inspector Jefe de «Batallones Disciplinarios de Trabajadores y Campos de Concentración», don Luis de Martín de Pinillos y Blanco de Bustamante, el cual creía más conveniente que los Batallones siguieran sin disolverse. Al ofrecer su punto de vista a consideración del general Varela, éste estuvo de acuerdo y los Batallones de Trabajadores continuaron existiendo, una vez terminada la guerra, eliminándose paulatinamente hasta su total disolución.

A medida que los Batallones de Trabajadores se fueron disolviendo y sus componentes licenciados de los mismos, los exprisioneros de guerra una vez que hubieron regresado a sus hogares, inmediatamente debían presentar a la Comisión Depuradora los avales que se les habían extendido. En el mismo lugar de la Comisión Depuradora estaba instalada la correspondiente Caja de Reclutamiento. Como resultado del examen de los avales, de cada uno que se presentaba, la Comisión decidía si debía incorporarse al Ejército, si estaba comprendido dentro de alguno de los reemplazos en servicio de armas o, por el contrario, debía ser enviado a los Batallones de Desafectos, constituidos éstos para dar acogida a cuantos según las referencias dadas en los avales expedidos, no eran considerados como afectos al Movimiento Nacional (1939-1940).

El extraordinario auge que tomó la Justicia Militar durante la contienda y una vez terminada ésta, en el desempeño de una labor que comprendía nada menos que la

depuración y clasificación a nivel nacional de cuantos varones y hembras habían pertenecido a la zona republicana, obligó en consecuencia a la militarización de un crecido número de abogados a los que se les asignó la graduación de oficiales.

Los servicios jurídicos de la Justicia Militar, tuvieron qué prolongarse hasta bastante tiempo después de terminada la guerra.

El Ejército Nacional, al término de la contienda, estaba compuesto por fuerzas que sumaban aproximadamente el número de unos 800 000 hombres sobre las armas, comprendiendo a 12 reemplazos que habían sido llamados a filas, entre edades que oscilaban desde los 19 años hasta los 33. Aquellos reemplazos que estaban integrados por hombres de mayor edad, no fueron enviados a los frentes, desempeñando sus servicios como fuerzas de guarnición y también en Batallones de Orden Público. De éstos, por motivos de edad, muchos de sus oficiales fueron los que se destinaron al mando de Batallones de Trabajadores. Sin embargo, una vez terminada la guerra, y existiendo un elevado sobrante de alféreces provisionales, éstos fueron enviados a sustituir a los primeros, que pasaron a la situación de reserva y disponibilidad.

La apremiante necesidad de proceder al licenciamiento de reemplazos, una vez terminada la guerra, fue llevado a cabo, tanto por el cuantioso gasto que suponía el mantenimiento de tantos hombres sobre las armas, como por la exigencia de poner en marcha la normalización de la vida, en la nueva paz iniciada. Y también al desenvolvimiento del trabajo, creador de riquezas, en una nación en la que los vencedores habían heredado todos los problemas de la bancarrota económica, originada por tres años de destrucción.

El licenciamiento de los reemplazos, se fue llevando a cabo ordenada y cronológicamente, según las distintas órdenes que se fueron dictando, aparecidas en los Boletines Oficiales en las fechas correspondientes a que se fueron dando cumplimiento:

Órdenes correspondientes a los días 6, 15 y 26 de mayo de 1939. (B. O. núms. 127, 136, 147). Licenciamiento de los reemplazos de 1927, 1928, 1929, 1930, 1931.

Órdenes correspondientes a los días 3, 13, 18 y 27 de junio de 1939 aparecidas en B. O. núms. 155, 165, 170, 179, comprendiendo el licenciamiento de los reemplazos respectivos de 1932, 1933, 1934, 1935.

Órdenes del 27 de julio de 1939: 27 de septiembre de 1939 y 14 de diciembre de 1939 (B. O. núms. 209, 270, 353), para el licenciamiento de los reemplazos de 1936, 1937 y primer semestre del reemplazo de 1938.

Al mismo tiempo, el Ministerio del Ejército dictó una disposición a fin de que a su vez, los oficiales provisionales y de complemento pudieran solicitar su licenciamiento, asimismo que fuera licenciado el reemplazo al que pertenecían.

Una vez terminada la contienda, y licenciados aquellos reemplazos que habían tomado parte en la guerra, la secuela derivada de aquellos tres años trágicos, fue

múltiple y pesada para quienes habían, alcanzado una victoria que entrañaba enormes responsabilidades por la ingente tarea de la paz que heredaban.

Entre 1939 y 1945, se llegaron a controlar más de 600 000 enfermos tuberculosos, con un índice de mortalidad anual entre los 35 000 y 40 000 enfermos, al mismo tiempo que se producían cada año entre los 150 000 y 200 000 enfermos tuberculosos.

Según declaraciones del doctor Zurita, secretario general del Patronato Nacional Antituberculoso, la enfermedad no comenzó a descender concretamente hasta el año 1953. En la actualidad (1975) no se alcanza a las 3000 defunciones anuales por tuberculosis, y el Patronato no detecta cifra superior a los 16 000 casos nuevos de tuberculosis al año.

La guerra dejó, pues, una pesada carga a todos los españoles que tardaron largos años en recuperarse de los males económicos heredados de la contienda. Al fin de la guerra, la situación era casi pavorosa, tanto para todo el pueblo como para los que iban a gobernar el país. Más de setecientos mil soldados prisioneros, se encontraban en Campos de Concentración o Batallones de Trabajadores, sin contar a cuantos por responsabilidades políticas se encontraban en las cárceles. Otros ochocientos mil hombres que habían integrado el Ejército Nacional durante los tres años de guerra, habían vuelto a la vida civil. Medio millón de combatientes, paisanos, mujeres, niños y ancianos estaban en el exilio. Habían abandonado España 1800 médicos, más de un millar de abogados, 431 ingenieros, técnicos y arquitectos, 276 profesores de segunda enseñanza, 156 catedráticos de los 550 con los que había contado el país en el año 1936, 243 escritores y periodistas y aproximadamente unos 5000 funcionarios.

Entre las 500 000 personas que marcharon de España, había unos 75 000, que sufrieron en su carne y en su alma la tragedia de la derrota que arrastró a sus padres. También marcharon unas 105 000 mujeres y aproximadamente unos 15 000 combatientes heridos.

En la lista de los perjudicados y daños materiales sufridos por la nación, figuraban 250 000 casas inhabitables por daños de guerra, y otras tantas parcialmente destruidas. El país había perdido, además, el tercio de toda su riqueza ganadera. El 60 por ciento de los vagones de viajeros había sido destruido, así como el 22 por ciento de los de transportes de mercancías, y el 27 por ciento de las locomotoras de todos los ferrocarriles de España.

Por añadidura, la mayor parte de las reservas en oro del Banco de España (700 millones de dólares) se habían dispersado en el extranjero y una considerable cifra, concretamente en Rusia. La deuda exterior contraída con Italia y Alemania y con compañías petrolíferas norteamericanas, además de que el coste de la guerra en moneda de la época había costado 30 000 000 de pesetas. También había que añadir todas las desgracias morales y materiales de nuestra nación, arruinada por la guerra.

Si bajo era el nivel de vida de los españoles antes del año 1936, la cruda realidad que surgió por las pérdidas de vidas humanas y los sacrificios y esfuerzos de los que tomaron parte en la contienda, tanto en los frentes como en las retaguardias, puede

imaginarse fácilmente, que el año de la Victoria 1939 comprometía a todo un pueblo a unos trabajos y heroísmos que los españoles sabemos el alto precio que ha costado.

BIBLIOGRAFÍA

- M. Casanova: *Se prologa el estado de alarma*, Ed. Católica Toledana, 1941.
- Jaime del Burgo: *Conspiración y guerra civil*, Ed. Alfaguara, S. A., Madrid, 1970.
- Tomás Roig Llop: *Estampas de muerte y resurrección* (prólogo de Víctor Catalá), Barcelona, 1941.
- José M.^a Iribarren (secretario del general): *Con el general Mola*, Zaragoza, 1937.
- Eduardo de Guzmán: *La muerte de la esperanza*, Ed. G. del Toro, Madrid, 1973.
- General Luís Redondo y comandante Juan de Zavala: *El Requeté*, Ed. AHR, Barcelona, 1957.
- José M.^a Fontana: *Los catalanes en la guerra de España*, Samarán, Madrid, 1951.
- Almirante Juan Cerrera Valderrama: *Memorias de guerra*, Editora Nacional, Madrid, 1968.
- J. A. Delgado Iribarren, S. J.: *Jesuitas en campaña*, Ed. Studium, Madrid, 1956.
- André Brissaud: *Canaris*, Ed. Noguer, Barcelona, 1972.
- Roberto Vega González: *Cadetes mexicanos en la guerra de España*, Cía. General de Ediciones, S. A., México, 1954.
- J. M. Martínez Bande: *Los últimos cien días de la República*, Ed. Caralt, Barcelona, 1973.
- José Carrasco Cabales: *Memorias de un artillero*, Ed. G. del Toro, Madrid, 1973.
- José Ortega y Gasset: *El espectador*, tomo II, Espasa Calpe, Madrid, 1966.
- J. Anglada: *Más allá del dolor*, México, 1949.
- Gabriel Avilés: *Tribunales rojos*, Ed. Destino, Barcelona, 1939.
- Nemesio Raposo: *Memorias de un español en el exilio*. Ediciones Aura, Barcelona.
- E. Pons Prades: *Los que si hicimos la guerra*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1973.
- F. Montseny: *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, Ed. Espoir, Toulouse, 1969.
- Marià Rubió i Tuduri: *La justicia a Catalunya* (Antecedents i documents, núm. 10), Barcelona, 1937.
- José Manuel Martínez Bande: *Brigadas Internacionales*, Editorial Caralt, Barcelona, 1972.

Josep Plá: *Madrid (L'adveniment de la República)*, B. Catalònia, 1933.

Ramón de Tamames: *La República. La era de Franco*, Alianza Editorial, Alfaguara, Madrid, 1973.

Crónica (Revista), 2 de mayo de 1937, núm. 390, Madrid.

Crónica (Revista), 22 de agosto de 1937, núm. 406, Madrid.

Mi revista, núms. 44-45, 15 de julio de 1938, Barcelona.

Pons Prades: «*Exodus, 1939*», «*Historia y Vida*», núm. 43, Barcelona.